

69

Habitación

69

Dulceida Justin



Habitación 69

Dulceida Justin

Habitación 69

Primera edición: octubre 2018

© 2018, Dulceida Justin

Autor: Dulceida Justin

Maquetación / portada / corrección: KatMG

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito del propietario y titular del copyright.

”El truco es encontrar el equilibrio en tu mente.
No se puede dejar a la suerte un futuro que planeamos en nuestra imaginación,
siempre mirando al frente con perseverancia y dedicación”.

Dulceida Justin

Habitación 69

A causa de los desengaños en el amor, el mundo ya no es lo que era, en los tiempos que corren, las mujeres desconfían a causa de sus terribles relaciones de pareja, se han tomado el mundo por montera, dispuestas muchas de ellas a vivir en plenitud, estando solas. No quieren aguantar a hombres que les den más problemas que sexo, ni pasar la vida con lamentos.

Alma es una mujer de treinta y cinco años, de figura esbelta, ojos verdes rasgados, con el cabello liso, largo y voluminoso.

Es propietaria y directora de un Salón de belleza, en un importante balneario de la ciudad de Valencia, en España. Es una mujer inteligente extrovertida y con carácter entre otras cualidades.

Se encuentra en ese punto de su vida donde ha forjado un candado al amor, solo está dispuesta a ser amada en el lecho, una, tal vez dos noches, como si de un breve cuento de amor se tratara.

Apasionada a la literatura y enamorada de la prosa, decide comprar un cuaderno para crear su propio libro erótico, contando sus experiencias sexuales. Ella es consciente de que es una persona enamoradiza, pero está dispuesta a luchar contra sentimientos que la puedan lastimar.

Así comienza su diario...

Prólogo

Soy Alma y me he hecho el ánimo de tener un diario. Así como cuando era una adolescente, pero con la diferencia de que este sin duda será mucho más interesante. Mi propio libro erótico donde pienso narrar tal cual, con pelos y señales, todo acto sexual que tenga.

No quiero un novio, tampoco lo tengo. Me gusta tener sexo perverso, nada convencional y menos aburrido, también perderme en un amor inventado, ¿por qué no? Si desea mi sexo, tendrá que amar mi cuerpo también.

Quiero sentir complicidad, no quiero un simple polvo, y por ello seré selecta. Quiero solo hombres, o mujeres, ya que los dichos son muy sabios y no se puede decir: *“De esta agua no beberé.”* Lo importante será que logre fusionar su mente con la mía y así nuestros cuerpos fluyan en pasión, perversión y lujuria. Para que, en plena excitación, desbordados de placer, lleguemos a una gloriosa satisfacción.

Si estás leyendo mi libro, puede que lo hayas encontrado en algún lugar prohibido de tu mente. Si eres un hombre atrevido o mujer abierta al placer, no dudes en mandarme un email, quien sabe si descubres que te gusta la protagonista de mi historia, yo.

Almaperv@hotmail.com

Y si no, pues te agradecería que por favor no sigas leyendo. Si sois recatados, mojigatos y no os atrevéis a ver mi sesión de sexo bajo vuestra imaginación, no leáis, pero por favor devolverlo, gracias.

Me he alquilado una casa en la playa cerca del puerto, me gusta el ambiente en verano en ese lugar, glamuroso y precioso. Ese será mi escenario, lo llamaré habitación 69. Puesto que es el número de la calle donde está mi casa, y porque es mi número del kamasutra preferido. No hallo mejor placer

que disfrutar en la lujuria de devorar y ser devorado, ¡vamos que me encanta!
Tú que estás leyendo ahora, apuesto que te perdiste en fantasías sexuales con un placentero 69, te gusta igual que a mí. Poneros cómodos, disfrutad, vais a sentir mi excitación en vuestra imaginación y vais a caer presos y perdidos en el goce de la vuestra propia. ¿Te atreves? Disfrutaréis desde el primer capítulo. Vamos a conocer al apuesto Armando, un escritor que enamora con su perversidad versada. Un pervertido encantador en la cama.



SUSURRADOR
DEL
PLACER

Armando es un hombre recién entrado en los cuarenta, aunque su semblante aparenta un rostro de un alocado veinteañero, media melena alborotada de rizo roto y sus ojos son de un marrón claro rasgados, sus pestañas largas y pobladas, es la envidia de cualquier mujer que se encuentre con su mirada. Disfruta de la vida conforme le complace, es un hombre emprendedor e inteligente en los negocios. Se dedica a comprar casas a bajo precio en lugares bien situados. Pero la vida le sonrió cuando adquirió en un negocio redondo una casa de ensueño. Una familia adinerada, tras fallecer el padre, la herencia pasó a manos de sus hijos. El hombre no acumuló grandes riquezas a lo que se refiere a dinero físico, pero tenía lujosas casas repartidas por toda España. Sus cuatro hijos heredaron dos cada uno. Gracias a las prisas de vender de uno de ellos, Armando compró sus casas por la mitad del valor que tenían. Él agradeció aquella oportunidad al universo, sabiendo que era un regalazo. Se sentía encantado de poder instalarse en ese país para escribir sus versos en la piel de aquellas españolas que tanto le gustaba. Pero Armando guardaba un secreto obsesivo, un vicio confesable sin ningún tipo de vergüenza, el trasero de las damas.

Su residencia actual está en Marbella, vive en una casa de las que compró, la anterior estaba ubicada en Ibiza. Una residencia que restauró a su gusto y resultó ser la más lujosa de toda la Isla, así lo demostró un programa de televisión donde filmaban casas lujosas. Hacían un reportaje donde propietarios de aquellos lujos contaban su vida mientras la enseñaban. Él pensó que aquello animaría a poder subir aún más el alto precio del alquiler. Su negocio actual es alquilar la casa por un corto período de tiempo, una semana, fines de semanas, y a altos precios. Futbolistas, empresarios, actores, entre otros clientes adinerados.

Viajó desde Argentina, su país natal, dejando a sus parientes en un

pueblo llamado San Juan, dispuesto a amasar fortuna y resultó ser afortunado su plan. Llegó a España recién cumplidos los veintiocho, su pasión por la literatura ha hecho de él un gran soñador, eso le abrió el camino al éxito. A los veinticinco años ganó un importante premio en un certamen de literatura, y a pesar de su atrevida propuesta, participó en un libro donde plasmó poemas y relatos escritos con alto grado de voltaje, en lo que se refiere a erótica explícita, pero versada y sin perder ese toque de sensibilidad.

Fue obsequiado con una suma alto de dinero, la cual decidió guardar, estaba convencido de que aquel extra le daría sentimientos en abundancia y ello le recordaría el agradecimiento que sentía. Sabía que solo tenía que esperar a multiplicar esa cantidad, y así disponer de él.

Su libro fue editado con ilustraciones, traducido en siete idiomas y vendido en diez países. Cuando cuadruplicó las ganancias de lo que mantenía guardado, encontró la oferta de aquellas casas en venta en una página de inmobiliaria donde solía entrar. Le gustaba ver aquellas lujosas casas, deseando y fantaseando que algún día, una de esas sería suya. Ese día, su intención de visitar aquella página era con otro fin, comprar una de ellas. Su sorpresa fue encontrar por el mismo precio dos.

Armando es todo un maestro de la narración, con maestría enlaza las letras, escuchando a su intranquila mente lo que susurran las voces de sus pensamientos. Tiene una sensibilidad innata para relatar, involucrado en la historia que cuenta queda el lector. Viaja por emociones plasmadas en palabras, versa sentimientos, excita mentes con su imaginación. Todo un maestro del arte.

Le encanta tomar mate mientras escribe, cuando relata fantasías acaba muy excitado, mientras sus dedos teclean rápido el ordenador y sin poder evitarlo la calentura sube por todo su cuerpo. En ocasiones pierde la concentración y necesita un respiro para aliviar toda aquella excitación.

Armando sabe cómo gozar de su cuerpo estando solo, pero sintiendo a otra persona. Cuando su descanso no puede ser prolongado demasiado, más bien reducido por el trabajo atrasado, se desnuda quedando tumbado en la cama. Acaricia su pene despacio, mientras busca en la agenda del teléfono el número de alguna amiga a la que poder llamar y desahogarse, le gusta que escuchen sus gemidos, aquello lo excita de manera exagerada.

Alma quedó embriagada de morbo cuando por primera vez sintió como exaltó su cuerpo a la excitación, al ser dirigida su imaginación mediante su voz. Cualquiera mujer que estuviera al otro lado escuchándolo acabaría en un orgasmo placentero después de la masturbación. Son muchas las mujeres que disfrutan con él, tocando su sexo siguiendo las instrucciones de palabras versadas, dirigidas a calentar el cuerpo y a explotar en el orgasmo. Todos esos climaxes eran suyos, así lo pensaba él. Es un romántico hipnotizador que goza regalando placer.



Diario de Alma

A pesar de que su acento no es porteño, que cierto es que se asemeja mucho al de mi sexy vecino Joel, quedé con él en mi casa aprovechando que vino a Valencia a la presentación de su nuevo libro.

No podía apartar mi mirada, me dejó cautivada, desconocía su apariencia física, no lo imaginaba tan varonil.

Por culpa de mi puntualidad nefasta e inoportuna llegué cuando había empezado el acto. Me senté con cierta torpeza y quedé embrujada por su mirada, esa que tanto había imaginado en nuestras fantasías al teléfono.

Mi querido Armando rio divertido cuando tropecé con una silla a mi paso, la gente pudo comprobar la rojez de mis mejillas por el supuesto rubor

de mi tropiezo, pero me daba igual las miradas curiosas puesto que mi deseo por aquel hombre borraba la vergüenza.

¡Maldito Armando! ¡Me encanta!, me entraron unas ganas locas de besarlo, incluso lo imaginé desnudo sobre mi cuerpo, firmando el mío también desnudo, con su semen. ¡Menuda excitación!

Estaba deseando que terminara la presentación para poder disfrutar de él y de sus perversas travesuras.

—Maldito, te reíste, que vergüenza, me pusiste muy nerviosa al verte, pero una vez relajada, te imaginé desnudo mientras... mmm... no, mejor no te lo cuento que no quiero provocar un accidente. Levantar tu polla aquí mismo, reclutaría a un ejército de mujeres deseosas por abalanzarse sobre ti- Le susurre al oído divertida.

—Mi niña, voy a versar tu cuerpo con la excitación de tener mi polla bien dura en ese coñito tan caliente—. Me contestó con su voz en mi oído, esa que tantas veces había escuchado a través del teléfono, pero esta vez lo tenía presente.

Salí del vehículo con las piernas temblando de excitación, cada vez aumentaba más mis ganas de saborearlo. No me demoró más, querido lector. Iré al meollo de la cuestión. Así sucedió: Noté el calor que desprendía su simiente en mi garganta, estaba muy caliente, y lo sentí bajar. Saciada me fui a la ducha, también deseaba ser comida, que su lengua jugara con mi sexo a llevarlo al borde de la máxima excitación. Empecé a desnudarme frente al espejo, toqué mis pechos, mis pezones ya se pronunciaron duros, imaginando sus manos, con lo caliente que estaba tuve que desahogarme, correrme.

El primer orgasmo de la noche lo tuve sola, pero fue muy placentero. Me senté en el cuarto de baño, abrí mis piernas y con mi mano froté mi coño despacio, luego aceleré el ritmo. Libremente me corrí con un orgasmo

extraordinario, no me costó mucho alcanzarlo, pues mi sexo desprendía pasión. Me sentía lujuriosa al jugar con mi mente teniéndole en mis dominios y desnudo en mi cama, deseaba sentir su lengua por todo mi cuerpo.

Salí del aseo sin más demora, cubriendo mi cuerpo con una pequeña toalla. Armando me esperaba ansioso, lo pude comprobar al ver su miembro tan duro. Dejé caer la toalla al suelo para provocarlo.

—Ese culo es digno de un monumento en el parque de las delicias— comentó divertido con la mirada llena de deseo.

Me puse de rodillas, colocando mi trasero a la altura de su boca, no dudó en sacar su dura y atrevida lengua para lamer. Se deshacía con mi culo a su alcance, lubricado, lascivo, hambriento y atrevido. Empezó a penetrar en mis deseosas nalgas y fue un gozo inexplicable la sensación de su beso tan húmedo. Sus ganas voltearon mi cuerpo, quedando abajo, a su disposición. Nuestras miradas quedaron enlazadas en lujuria, con su mano acarició levemente mi vientre. Subía despacio, disfrutando la suavidad de mi piel. Llegó a mis senos turgentes y excitados, acarició con ímpetu mi coño con su otra mano. Sentía la brasa viva en mi vientre y necesitaba probar de su polla. Atrevida y deseosa alcé mi boca, tomé sus muslos con las dos manos y apreté contra mí. Devoré su polla con voracidad. Al sentir mis labios como paseaban por su falo, se estremecía.

—Me encanta tu polla tan dura—. Mi voz sonaba tan excitada como lo estaba mi sexo.

Saboreé bajando a sus testículos cargados de estímulo, los metí en mi boca, mi lengua gozaba en pleno surco hondo. Empezó a acariciar el agujero de mi culo y también el de mi coño tan húmedo. Sin esperar, con la palma de la mano, azotó fuerte mi nalga dejando un dulce dolor que excitó hasta mis entrañas. Luego amasó mi culo, mi coño estaba tan caliente

como si se tratase de pan casero recién sacado del horno.

—Estoy muy caliente, quiero derramar mi orgasmo, penetra con tu lengua en el sabor de mi coño—. Conseguí pronunciar.

—Sí, dame de beber todo, secaré tu raíz, jamás te habrán comido y bebido como yo antes.

Sus palabras elevaban mi cuerpo dejando en mi interior un volcán, anunciando la llegada del orgasmo, deseando que su semen manchara mi boca y que su sabor impregnara mi lengua.

—Estoy a punto de correrme. Hazlo conmigo, yo también quiero tu leche—seguí lamiendo lujuriosa.

—Mi lengua será parte de ti en un gozo total y compartido—siguió su lengua voraz al gusto servido.

—Córrete, mi puta, dámela en mi lengua.

Podía notar como su semen recorría su verga, sus venas se hinchaban en mi boca. Vertí mi cántaro de pasión en su sed.

—Quiero tu semen en mi boca. Saborea la mía que gotea de mi húmedo y caliente coño—. Mis palabras eran pronunciadas entre gemidos y complacida de manchar sus labios con mi placer.

—¡Traga todo, puta! Que tu garganta sienta el placer de ser el canal por donde corren mis ganas de ti. ¿Quieres mi lechita, mi puta? Hazte de ella, conquista mi instinto y juega con él. ¿Dónde gustas que te la de?

—Quiero mi cara bañada de tu líquido viscoso que sabe tan bien. Pero antes quiero que pongas tu culo a disposición de mi lengua, quiero lamer tu placer.

—Lo tienes a tu disposición, lame el tronco y raíz de mi excitación y hazme gozar hasta la locura.

—Me excita ver como mueves tu culo al compás de mis lamidos—le dije mientras se estremecía.

Mi Coño goteaba humedad, bajé mi mano y me acaricié hundiendo mi cara en entre sus nalgas, con intención de meter mi lengua lo más profundo que pudiera.

—Tienes ese poder para excitarme con tu vicio, llévame donde quieras, al infierno o al paraíso—escuché su voz sin detener mis lamidos.

Me dispuse a conseguir que su cuerpo flotara entre nubes, hacer que alcanzara el grado de excitación máximo.

—Prepárate para entregarme tu néctar.

Noté en mi mano que de su polla goteaba un hilo de leche espesa, derramada por el placer que sentía al lamer su culo, era el momento.

—Quiero que te folles mi coño caliente—le susurré, sacando mi lengua del vicio de su culo. Me arrodillé a su disposición, acercó su dura verga invadiendo despacio, abriéndose paso a lo hondo de mi coño.

—Fóllame duro, sé que te gusta— supliqué para despertar a la fiera.

Quería que me poseyera a su total disposición, que sintiera que era su puta, ese era realmente mi deseo. Aceleró el ritmo y la intensidad de las embestidas.

—Estás muy caliente, puedo sentir tu semen llegando.

Después de mi susurro, sus embestidas se volvieron feroces. La penetración friccionando las paredes resbaladizas por la humedad de mi sexo, y la dulce invasión de goteo constante de su polla. Buscando el final de su orgasmo, con intención de desbordar de leche en la profundidad de mi coño. Mis gemidos se volvieron descarados, incontrolados. Era tanto el placer, que me desbordaba la lujuria. Mis movimientos se volvieron dominantes, él pudo sentirlo cuando bajaba y subía mi culo con movimientos al compás de las embestidas.

—Me gusta cómo me follas, que rico me follas, mi puta—habló

jadeando.

—¿Le vas a dar la leche a tu puta? La quiero en el final de mi coño—
pregunté deseándolo.

Se vertió del revés en mí y me llenó. En la cuna de mi adicción se convulsionó dentro de mí y estalló. Sus piernas temblando y el sudor fue la prueba de este encuentro animal. Pude sentir chorros abrasadores, cómo me llenaban y se desbordaba. Corren pierna abajo hasta mis rodillas. Miré sus ojos, lo pude sentir elevado y caliente, como un globo de helio.

Disfrutamos de una increíble noche entre risas, versos, pasión y buen sexo, realizando todas las fantasías que teníamos juntos cuando hablábamos por teléfono. Sin duda una noche para repetir. Ha pasado un mes y lo recuerdo como si hubiera sido anoche. Hemos seguido manteniendo el contacto como de costumbre, pero hoy atrevida le mandé un mensaje haciéndole saber las ganas que tengo de volverlo a ver en mi cama otra vez.

Que mi recuerdo te haga volver

Estoy dispuesta a
emborracharme de ti otra vez,
quiero ahogarme en tu placer
hacer explotar tus sentidos.

No cesaré hasta conseguirlo,
devorando con lujuria lo
que me provoca mi excitación
al sentir tu cuerpo,
explorando sensaciones
diferentes a lo que antes sentiste.

Notar el final de mi garganta,
empezar a volar a mero deseo
de subir a tocar las nubes.

La quiero toda,
vine a quedarme embriagada,
estoy dispuesta a llevármela toda.

Te subo, te bajo,
te desenfreno.
Vamos, dámela ahora,
orgasmo derramado,
rio gustoso,
torrencial de sabor.

“Querido Armando, te extraño. Espero paciente, pero con muchas ganas de volver a verte”.

UN AMOR
DE
INSTITUTO

Diario de Alma

Esta mañana me desperté con la ansiedad de saber que tenía que utilizar el medio de transporte público, no hay nada peor para comenzar el día que meterse entre el barullo de pasajeros en hora punta. A pesar de llevar años sin utilizar el tren, aun recordaba el ajetreo en el andén, la gente con prisa corriendo sin miramiento, empujando a quien impida su carrera. Lo que nunca imaginé fue que, por viajar en transporte público, el destino me prepararía una grata sorpresa.

Salí de trabajar del salón de belleza a las ocho de la tarde, anduve apresurada para no perder el próximo tren. Otra vez tenía que lidiar con el agobio que me produce la multitud de los pasajeros, y de los olores desagradables que se respira. Aburrida del trayecto y con ganas de llegar a casa, se me ocurrió una distracción, observar a los pasajeros buscando una presa para desnudarlo en mi mente y fantasear con el individuo. Miré a un lado, a otro, y al fin hubo alguien que llamó mi atención, nos distanciaron unos cinco pasajeros. Sus ojos captaron toda mi atención, eran grandes y azules. Su mirada me era familiar, eso me inquietó, sentía como si ya los hubiera visto alguna vez. Me desconcertó y me distrajo del juego. No podía parar de mirarlo, se percató de mis miradas indiscretas y yo también observé que con cierto descaro miraba el escote de mi blusa. Acalorada por su provocación, me dispuse a quitarme mi chaqueta de lana y en ese preciso instante el tren frenó bruscamente. Lo que provocó, que caí con bastante torpeza encima de un hombre de mediana edad. Me disculpé y avergonzada, me di la vuelta quedando de espaldas a aquel descarado de ojos bonitos. Intenté buscarlo por los ventanales del vagón, pero los demás pasajeros entorpecían mi visión y desistí.

—Alma sigues tan bonita como de adolescente—me susurraron al oído, sentí un calor que subía desde mi vientre pasando por mi pecho, acelerando mi ritmo cardíaco.

De nuevo el tren frenó y él aprovechó para agarrar mi cintura y acercar su cuerpo al mío. Sentí una extraña conexión y excitación a la vez, a pesar de haber escuchado su voz no adivinaba quién podía ser. Cogió mi mano y me propuso bajar en la siguiente parada. Sin dudar acepté su proposición indecente sin ni siquiera darme la vuelta.

Una vez en la calle y sin mediar palabra miró fijamente mis ojos, cogió mi barbilla con sus manos y me besó con ternura, hasta que se apoderó de nosotros la pasión sin importarnos los transeúntes que cerca anduvieran.

Retrocedí veinte años atrás en el tiempo, donde esos mismos labios me besaron por primera y última vez hasta el día de hoy, donde la pasión regresó con más énfasis en ese roce de labios. Él era Javier el poeta, camarero del instituto donde cursé mis estudios.

Estuve enamorada de Javier los dos últimos años de instituto, pero la diferencia de edad, él diez años mayor que yo, impidió que pudiera conocerlo en la intimidad”.



El frío del anochecer se pronunciaba, Javier caballeroso le prestó su cazadora de cuero, ella sonreía ilusionada por aquel reencuentro. La tomó por la cintura, mientras que ella, le propinó una palmada en su trasero. Javier pensó que tal vez ese encuentro podría ser el inicio de un tórrido romance o estaban ante el nacimiento de un sentimiento mutuo, pero bien sabía que solo el tiempo le daría la respuesta.

Entraron en un restaurante que encontraron al paso. Ansiaban conocer el uno del otro, ella siempre mantuvo un bonito recuerdo de su adolescencia, de los piropos que le dedicaba a modo de versos. De aquellas mariposas que sentía al verlo.



Diario de Alma

Nos bastaba con mirarnos a los ojos para saber del deseo, un atrás en el tiempo marcaba nuestra impaciencia por perdernos en el disfrute. Un presente que nos regalaba una oportunidad. Tal vez fueron los nervios de aquel encuentro que abrió el apetito sexual de nuestros cuerpos, pero hablábamos más que probar bocado. En un arrebato de excitación le propuse marcharnos a mi casa, quería sentir como su cuerpo me hablaba del anhelo de sentir el mío ardiente y aceptó con una sonrisa.

En plena calle a luz tenue de las farolas se puso delante de mí haciéndome prisionera, se aferró a mis nalgas y con fuerza me aproximó hacia su cuerpo. Acariciaba mi trasero, bajaba su mano dejándola perdida acariciando mi sexo por encima de mis bragas. Su lengua provocaba espasmos al lamer el lóbulo de mi oreja. Conseguí apartarlo de un pequeño empujón para acomodar mi vestido, podía notar la humedad de mi sexo, estaba muy excitada.

—¡No seas malo! Espera que lleguemos a mi casa, que son muchas las ganas y podría retenerte en cualquier callejuela y degustar el sabor de tu polla sin vehemencia—le avisé, imaginando y estremeciéndome de lo morboso que me resultaba esa situación.

Seguía siendo aquel chico, solo el paso de los años había podido cambiar en él su aspecto físico. Desvergonzado, metiendo su mano sin disimulo, con intención de despertar mi excitación. Al final lo consiguió, no cabía duda de aquello.

—Perdona mi impaciencia Alma, es tanto el deseo retenido, que podría follarte aquí mismo.

—Pues mantén tus ganas despiertas, que aquí va a haber lucha por añoranza. Tantos besos no dados, tantas caricias ficticias de un deseo parado en el tiempo. Un placer. Imaginé tu cuerpo y el mío desnudos tantas veces en mis fantasías, disfrutando en sueños de un ayer. Me tienes con muchas ganas.

Cogimos un taxi y nos dirigimos a mi templo del placer. Mientras abría la puerta o eso intentaba, su mano caprichosa se coló bajo mis bragas, apretó mis nalgas subiendo mi excitación a niveles ardientes.

—Voy a desnudarte deprisa, pero voy a saborearte sin prisas, al disfrute de tu sabor.

¡Me dejó KO ¡No supe qué contestar! Abrí apresurada, entré y a un paso de la puerta me paré a desnudarme de espaldas a Javier, que miraba sin apartar sus ojos de los míos, estaba segura de mis sospechas. Mi sorpresa fue al girarme y ver su cuerpo desnudo preparado para batallar.

—Mi valiente guerrero, ya dispuesto para el ataque, me gusta la impaciencia de tu polla—. Le susurré agarrando su miembro fuerte en mi mano.

—Ven, quiero el sabor de tus labios acariciando los míos—. Me respondió.

Nos dejamos llevar presos en un beso que alteraba mi cuerpo con su provocación. Humedecía mi sexo, en la pelea de nuestras lenguas. Apreté fuerte de su nalga, él agarró mi pelo con su mano, la otra la puso en mi

seno, acariciando.

—Vamos a la cama, no me hagas más sufrir.

Tiró de mis manos elevando mis brazos hacia arriba de mi cabeza, enlazando sus dedos con los míos. Me observaba con esa mirada de ángel perverso y sonrisa deliciosa. Me apoyó en la puerta, sus manos bajaron a jugar entretenidas con mis pezones. Su lengua se perdía en mi cuello. Mi excitación subió a los cielos cuando se arrodilló y su lengua con gula, me regaló todo aquel placer.

El poeta susurraba mientras leía braille en mi vagina. Estábamos dispuestos a comprometernos en un dar y recibir. Le iba a regalar mi orgasmo, así, en labios del pecado.

Su lengua de repente buscaba la mía, había estado a punto de llegar al orgasmo y no entendí su juego hasta que volvió a meter su lengua perdida en mi sexo.

—Ven, quiero que cabalgues a tu gusto mi boca. Ven a morir a mi boca.

Se tumbó en el suelo, abrió la boca, pues ahí fui yo y me abalancé sin demora, con descaro. Mi sexo se presentaba muy dilatado, delatando toda aquella excitación que él me provocaba. Me llevó poco tiempo acabar desplomada de gusto a causa del orgasmo. Cabalgué su boca, derramé tanta excitación que debió excitarle mucho aquella manera que tuve de morir en su boca.

Con fuego en sus ojos y preparado con aquel “dragón” que buscaba guarida para acabar en la dicha de apretar y expulsar toda aquella pasión, puso sus manos en mis caderas y besó mis labios despacio. La intención era que saboreara mi propio placer derramado en sus labios. Esos mismos que quedaron impregnados de todas aquellas ganas que yo tenía por su placer. Me besaba de una manera muy sensual, nuestras lenguas se lamían fuera de

nuestras bocas, humedeciendo aún más nuestros deseosos sexos.

Una vez en la habitación siguió besándome, ahora lo hacía apasionadamente. Empezó a entrar en mí, sentí un placer inmenso, su lengua y la mía en plena pelea. Nuestros sexos perdidos en el placer, nuestra piel en contacto como puro fuego candente, arrojados al desenfreno. Después de unas embestidas placenteras sacó lentamente su miembro, cogió mis caderas y me volteó dejando mis rodillas clavadas en las removidas sábanas, frente al espejo.

La imagen lo dejaba expectante, con su trasero despertó su instinto más lascivo, tanto que deseó ese momento, y quedó preso de su devoción.

—Toma, Alma, quiero que te introduzcas este consolador, quiero que te masturbes, pero sin llegar a correrte”.



Así lo hizo, prendida de lujuria mientras lo observaba por el espejo como él también se masturbaba, hasta que ya no pudo aguantar más tiempo, deseaba su verga de nuevo entrando en su sexo.

*—Ven a follarme, lo estoy deseando. —gimió Alma
Antes de que acabara la frase la penetró como alma que lleva al diablo.*



Diario de Alma

Las embestidas eran furiosas, íbamos totalmente acompasados, a un ritmo perfecto, como una banda de rock tocando en directo, entregada a su público, con la diferencia que aquí éramos nosotros dos, donde a grito y gemido compartíamos un concierto privado, depravado y lleno de

perversiones que anduvieron congeladas en el tiempo. Sus manos se deslizaron hasta mi nalga y azotó.

—¿Te gusta que te folle, mi puta? Así, disfruta.

—Sí, no pares—contesté embriagada de placer.

Agarró mis pechos, pellizó mis pezones, mientras que yo acariciaba mi clitoris. Sentía como las contracciones de mi vagina apretaban su falo tan duro, lo enloquecía, notaba sus sacudidas eléctricas del placer y yo me acariciaba cada vez más rápido.

—Córrete, mi puta.

Fui a morir del gusto sin demora en su verga, mientras vertía su placer en mí, entre gemidos escandalosos nos perdimos en el orgasmo a la par.

Debió enamorarle mi forma desmedida de envolverlo en la pasión absoluta, a altos grados de excitación, porque cuando terminamos me susurró, mientras descansamos, de lo agotador que es, físicamente, follarse hasta doler.

—Alma—tartamudeó, después de unos segundos en silencio, siguió.

—Yo estoy loco por ti, nunca dejé de estarlo. — Me ruborizó, pero divertida le contesté:

—¡Poeta loco!, no digas tonterías y vamos a disfrutar follando.

—No Alma, no, yo a ti no te follo, yo te hago el amor, te amo.

Hubo un silencio que cortó la respiración durante unos segundos. Lo tomé de la mano y lo besé apasionadamente, durante un rato nuestras lenguas juntas de nuevo, y al instante volvíamos a estar muy excitados, Javier con su duro falo preparado. Me dejé llevar por la impaciencia y bajé a lamer la excitación que se alzaba entre sus piernas.

—Mira, Alma, como me la pones—cogió mi mano y la colocó en su miembro.

—Prepárate para disfrutar, poeta triste— le dije en un tono de voz que delataba mi excitación.

Su satisfacción bañó mis senos, yo sonreía pervertida mientras lamía al gusto.

Entre recuerdos y orgasmos nos adentramos en un nuevo día. Me dormí abrazada a él. Javier tenía que ir a trabajar y tan solo pudo dormir una hora”.



Alma dormía plácidamente cuando se levantó sigilosamente, no quería molestarla y entorpecer su sueño. Sacó de la mochila un bolígrafo y una libreta, cortó una hoja y escribió:



Alma, mantén la calma. Me he ido a trabajar, esta noche ha sido maravillosa, tú has sido mi diosa y ahora yo soy tu poeta. Cada noche voy a dedicarte un poema, y todos los versos y rimas que ayer dejé tirados por las esquinas. Hoy son todos para ti porque tú eres divina.

Pd: Te amo con toda mi alma, con todo mi corazón, no busques una explicación, cuando tú y yo estamos enamorados y nos embriaga la pasión”.



La dejó en la mesita de noche junto al desayuno que le preparó para cuando despertara. Besó los labios de su musa con ternura y suavidad. Después se marchó.



Diario de Alma

Cuando me desperté Javier debía de haberse marchado hacia unas cuatro horas, sentí el aroma de mi poeta por mi cuerpo, sabía que no había sido un sueño, el destino nos volvía a juntar en nuestros caminos.

Me dispuse a desayunar al ver el manjar que había preparado para mí. ¡Menudo desayuno me preparó! Acostumbrada a tomar solo café me gustó el detalle. Había de todo: tostadas, café, zumo de frutas, yogur, fruta, cereales. Después de la noche de pasión me iba a venir muy bien para recargar energías. Mientras tomaba a sorbos el café, empecé a leer algo que escribió junto a su número de teléfono. Cuando llegué a la posdata me sobresaltó lo que leí y derramé todo el café en la bandeja manchando todos los alimentos que había en ella.

Me dejó desconcertada la seguridad de sus palabras. Me sonaron a embuste. El amor cuando se siente hay que ser paciente y dejar fluir la situación sin forzarla. Si de primeras me promete amor verdadero, y tan solo conoce el placer de follarme, desconfío de sus palabras.

He guardado su número para llamarlo algún día, pero de momento tengo mis expectativas puestas en mi vecino del bajo. Así una no se puede atar al amor, la vida es una constante provocación.

Me tienen que hacer volar en todos los sentidos, el que quiera que comience una relación, pero todavía es pronto para atarme, de momento seguiré probando, eso sí, follar y amar es un cóctel del mejor amor.

"Nunca morirá el deseo si se ama y se pervierte."



LA MELODÍA
DE MI CUERPO

Leonardo es un reconocido e importante músico, un artista en lo que se refiere a la balada romántica, escribe partituras de piano. Llena importantes teatros y auditorios en distintos países. El público queda asombrado por la delicadeza que transmite al tocar aquellas notas de piano. Una bailarina de ballet da espectáculo a su música.

Alma se sentía embriagada al escuchar aquella melodía, que invitaba a movimientos sensuales a la bailarina. Pero su deseo era despertado por aquel tierno pianista, una vez más se inmiscuyó en sus propias fantasías. Imaginaba a Leonardo acariciando su piel, con la suavidad que transmitía interpretando cada melodía, pero cierto es que Alma y el romanticismo, en lo que se refiere a la práctica del acto sexual, carecía de importancia. No le gustaban las palabras románticas, cuanto más soeces más le gustaba. Imaginaba sus dedos largos y finos introduciéndose en su sexo, y que la humedad aflore sin que ella apenas se percate.

La excitación se apoderó de Alma al imaginarlo detrás de ella, tirando de su pelirroja melena y penetrando con fuertes embestidas. Pensó, por qué quedarse con el calentón cuando tan solo unos minutos le llevaría para calmar sus instintos sexuales en el aseo de aquel teatro.

Alma puso el bolso encima de sus piernas, con disimulo empezó acariciar su sexo por encima de su ropa, sentía la música, lo miraba y apretaba fuerte el roce en su sexo. A los pocos minutos, apresurada por su excitación, se dirigió al aseo.

Acariciaba su sexo, se perdía en fantasías. Lo imaginaba desnudo sobre su cuerpo en aquel piano de cola. Lamió sus dedos, acarició desesperada para conseguir un orgasmo rápido y placentero.

Estaba lavando sus manos cuando una señora entró al aseo y de pronto al dar dos pasos se desvaneció en el suelo. Alma cogió su cabeza con

delicadeza y la elevó del suelo, mojó su nuca y rostro con un pañuelo que antes había humedecido en el lavabo, sin llegar a soltarla. La mujer recobró el sentido y agradecida la invitó a cenar.

—Querida, le agradezco su ayuda. Me gustaría invitarla a la cena que dará lugar después del concierto, puede traer acompañante. Soy Elvira, la madre de Leonardo. Encantada.

Alma quedó sorprendida y con buen agrado aceptó la invitación.



Diario de Alma

No podía creerlo, el caso es, que el destino se alió conmigo y allí estaba yo, cenando al lado de Leonardo, a poca distancia estábamos separados de un beso; bueno, eso y por los demás invitados de la cena. No me pude controlar y descalcé mi pie. Aprovechando de que estaba enfrente, estiré la pierna y miré sus ojos con picardía, con provocación mordí mi labio inferior a la vez que acariciaba su miembro por encima del pantalón. Perdió su mirada en el horizonte de la sala, observando y sin ver nada en concreto. Tal vez deseó mi excitación y estaba comprobando mis intenciones. Su verga abultaba generosa debajo de la tela y se presentaba con un grosor apetecible, cada vez más ostensible. Volvió a mirar mis ojos, apuesto que, desnudando mi cuerpo en su imaginación, podía sentir la calentura de su cuerpo. Decidí parar mis caricias por los demás comensales de la mesa, no quería que sospecharan de mis intenciones al verle la cara a Leonardo, puesto que en su rostro se reflejaba su incontrolable excitación.

El restaurante se llamaba “El baile de la Flamenca”, los padres de Leonardo son sevillanos y el sentir del flamenco corre por sus venas.

Una vez acabados los cafés, los camareros sirvieron los cócteles y empezó el espectáculo. Se abrió un gran telón rojo, el que tapaba el tablado, apagaron las luces y tan solo un foco de luz alumbraba en círculo al bailarín. Sus zapatos empezaron despacio a contar una historia, hasta que el taconeo llegó con furia. Las palmas acompañaban el cante flamenco de una mujer, con tal sentimiento que llegaba al sentir del público en la sala.

A rápidos sorbos, sin apenas darme cuenta, acabé con mi cóctel. Miré a Leonardo y en su semblante se contemplaba la emoción que sentía, eché un vistazo y todos miraban el espectáculo. Me escurrí por la silla, arrodillada busqué su bragueta, saqué su pene y empecé a lamer alrededor de su glande de forma descarada.

El espectáculo seguía y yo me iba a dar un manjar escondida entre sus piernas. Quería que derramara su semen en mi boca, ya trataría yo de no desperdiciar gota para no ser descubierta.

Cuando su miembro quedó cubierto por mi saliva, resbaló profunda en mi boca hasta mi garganta. Era el momento, no podía entretenerme con el sabor de su polla, tenía que provocar su orgasmo para deleitarme con el sabor de su semen. Para él debía de ser placentero, pero sentiría cierto temor de ser descubierto. Me sorprendí cuando agarró mi cabeza y dirigió el ritmo de mis lamidas, provocándome una leve arcada al meter su miembro tan hondo. Bajaba y subía rápido, dispuesta a provocar su silencioso suspiro final. Presionó aun más fuerte mi cabeza, hasta que en un estallar de espasmos, derramó su semilla. Su semen se desbordó manchando mis labios, pero no me importó pues pasé mi lengua y me limpié. Salí de debajo de la mesa sin que nadie se diera cuenta de mi hazaña. Leonardo me miró, en sus ojos podía ver su agradecimiento por tan gustoso placer. En mi sonrisa pudo adivinar mis ganas de volver a lamer.

Cuando acabó el espectáculo nos dirigimos a mi habitación 69, había caído preso de mi seducción y yo sentía que iba a morir de excitación en el transcurso del restaurante hasta mi casa.

—Mira mis ojos, princesa. Hoy vas a sentir como se hace el amor, dejemos que sean otros los que follen. Rompamos las reglas del juego, amémonos, aunque solo sea una noche.

Empezó a besar mis labios con ternura, sus manos bailaban en caricias bajo mi blusa, me estremecía del cosquilleo cuando llegó a mi cintura. Empezó a besar mi cuello dándome mordiscos y besos con el roce de sus labios, me quitó la blusa dejándola caer al suelo, y estando arrodillado, me bajó la falda hasta el suelo.

—Voy a acariciar tu cuerpo con la delicadeza que merece—me susurró con su mejor voz seductora.

Yo estaba dispuesta a dejarme llevar. Quería saber que se escondía bajo esa tranquilidad con la que estaba consiguiendo aumentar mi deseo, exaltando mi cuerpo al amor de dos cuerpos.

Aunque no lo creáis tengo mi parte romántica, hablo el idioma del poeta. El eterno enamorado del amor, solo un poeta sabe de lo que hablo. Sigamos al lío con Leonardo, el domador de mi cuerpo, ya le encontré apodo al guapo compositor de infarto.

Querida lectora, prepárate pues llega un amor paseado entre sábanas. Y tú mi caballero lector, tome nota de cómo se conquista un cuerpo amando hasta el desquicio.

—Voy a tocar la partitura de la pasión en tu cuerpo. Pues tú eres mi musa, no habrá lugar de tu lienzo sin que acaricien mis dedos, caprichosos buscan zonas húmedas y mi lengua busca abrir caminos, con ella también tocaré melodía, para que me hagas un baile con tu orgasmo y lo derrames en mis labios.

Mi sexo ya estaba aplaudiendo de contento, y quería coger su cabeza, dirigir su lengua en mi sexo. Pero dejé que siguiera el príncipe encantado Leonardo, primero serían sus manos y yo estaba dispuesta a esperar. Me invitó a tumbarme en la cama con un gesto de sonrisa traviesa y mirada dominante. Me tumbé, fui decidida a quitar mi ropa interior, pero apartó mis manos.

—¿Quieres que te ate tus manos? Creo que será lo mejor, no quisiera que por tu impaciencia la melodía resultara nefasta. Relájate Alma, disfruta y confía.

Acarició mis piernas, sus dedos tocaban despacio, pero precisos. Subía por mis piernas masajeando; primero una, luego la otra. Empezó a amasar con sus dedos, puso sus manos en mis ingles, acarició y apretó. Bajó mis bragas, acarició con su nariz mi sexo. Atrapó mis dos nalgas aprovechando de que me encontraba arrodillada.

—Deja el sujetador, aún no—quitó mis manos del broche.

—Arrodíllate dejando tu culo a mi placer—. Aquellas palabras advertían que iba a sentir la melodía más caliente.

Mientras él se desnudaba yo tocaba mi sexo, calmando la arrechera.

De repente cogió mis caderas y rozó su duro miembro contra mi coño. Besó mi espalda, desabrochó el sujetador, y una vez me lo quitó, se detuvo en mis pechos. Sus dedos jugaron con mis pezones, me sentía tan excitada que quería sentirlo dentro, pero debía esperar. Mordió mi nalga con los labios, acariciando mi sexo con la palma de la mano. Su lengua penetró en mí, abrió mis nalgas, entró más profunda y mientras lamía metió dos dedos en mi sexo. Mi cuerpo explotó del placer. Sus dedos acariciaban perfecto dentro de mi sexo, su lengua en mi trasero me llevó al borde del orgasmo, mis gemidos desbocados provocaban su impaciencia de sentir mi orgasmo.

—Baila sobre mi lengua y mis dedos, márchame con tu corrida.

Rendida obedecí. Manché con mi gloria sus dedos, esos con los que valen para melodía de piano o para melodía de mi coño. ¡Qué manera de excitarme!

Sonaba la música: “No vaya a ser que me enamore otra vez de ti,” cantaba Pablo Alborán. Se metió los dedos en la boca y los chupó.

—Deja que mi lengua te cuente, que sea ella la que viaje en tu placer, no encuentro mejor forma de amar. Quiero cada uno de tus orgasmos desbordados de placer. Los quiero todos, seré merecedor, te voy a llevar al desquicio de querer sentir sin pausa, mi polla acariciando las paredes de tu hermoso coño.

Las paredes de mi sexo estaban inundadas ya de placer y esperaba ansiosa por sentir su miembro entrando. Sabía que podía enloquecer, con esa manera de tocarme, excitarme y embriagarme. Con la forma en cómo amaba mi cuerpo, el embrujo que me llevó directo al deseo desatado con convulsiones en mi cuerpo. Sentía sacudidas en mi sexo mientras nuestras lenguas se acariciaban sensualmente, en un baile al ritmo de la música que sonaba. Quería su polla profunda en mi coño así sin más espera, pero debía esperar. Esto de hacer el amor es lento, pero es un paseo por nuevas emociones, el desenfreno controlado. Él lo dirigió y yo me presté gustosa al disfrute.

Bajó besando mis caderas, su lengua paseaba por mi cintura, subía, lamía mi pezón, bajaba camino a mi cintura, volvía subía y devoraba mi otro pezón. Aquel viaje que estaba haciendo su lengua por mi cuerpo, estaba empezando a apremiar mis ansias y me encontraba a un paso de perder la paciencia. Directo bajó a lamer despacio mi clítoris, de abajo arriba, arriba abajo. Su lengua acariciaba los labios de mi sexo, escurridiza entró dura en mi coño, llevándose todo mi sabor. Yo no quería que detuviera su lengua, la

quería guerrera. Con tal solo un roce más de su lengua en mi clítoris caería en el orgasmo, ya que me sentía desbordada de excitación. Mis gemidos cada vez más sofocados. Era tanto el placer que iba a derramarme en sus labios.

—Estoy muy caliente, tu lengua en mi sexo hace magia.

Sacó su lengua, podía haber estado calladita pues iba directa al orgasmo.

—Tu coño con mi lengua fusionan perfecto.

—Y tan perfecto, no pares sigue chupando—le ordené. Besó mis labios, saboreé mi ardiente sexo mediante ellos.

Siguió con su banquete del amor, acariciaba mi sexo con su lengua, buscando el punto en concreto que me llevaría al viaje de un largo orgasmo. Sentí sacudidas de placer, en un llegar a desbocar la lujuria, lo quería preso devorando mi sexo. Me agarré a las sábanas, mantuve el baile de mis caderas, miré el excitante espectáculo de verlo disfrutar al lamer mi intimidad y con una mano agarró su polla fuerte, apretó en un ritmo acompasado de sus lamidos. La sensación de los orgasmos que tuve era como subir por vez primera en la montaña rusa del orgasmo, un subir y bajar, volver a subir y permanecer en la gloria en varios orgasmos largos.

Cuando sacó la cabeza de entre mis piernas, presioné con mi mano el temblor de mi sexo.

—Que placer... —gimoteé.

Puso sus piernas arrodilladas a cada lado de mi cabeza, la alcé y empecé a lamer sus testículos, paseaba mi lujuria haciéndole gozar con mi juego, y al fin se desató mi impaciencia.

—Tumbate—ordené. Mi voz no temblaba, pero mi sexo llamaba a gritos desesperados a su polla.

Se tumbó y empecé a acariciar mi sexo mientras volvía a perder mi

boca en sus testículos. Devoraba y se retorció, mi lengua aventurera empezó a babosear su miembro para luego meterla profunda hasta mi garganta, lo tenía preso del placer, de mi placer. Subí hacia sus labios y los besé, luego seguí el juego de la paciencia, empecé a lamer sus pezones y cuando acabé de devorar ambos, le susurré: “Ahora voy a ser yo quien acaricie tu polla con mi coño. Déjate llevar, alcanzarás la gloria, no detengas el placer, dámela toda”.

Cabalgué su falo despacio, subía y bajaba con movimientos circulares, atrapándola toda en mi dilatado sexo mientras lamía mis senos. Aceleré el ritmo, me excitaba tanto tener el control de su polla con mi coño que quería seguir jugando a la paciencia. Cuando lo tenía al borde del orgasmo, bajé de su miembro y lo metí en mi boca, sabía a mi sexo. Estaba muy hinchado. Pasé despacio mi lengua, besé con mis labios y resbaló dentro de mi boca. Con mis manos agarrada a las sábanas empecé a meter su polla, podía sentir su excitación a punto de estallar. Seguí saboreando en un baile al ritmo del placer. Acaricié mi sexo, podía notar como su orgasmo llegaba, sus gemidos aumentaban y mis ganas de perderme en el orgasmo a la vez y al compás de mis lamidas.

Acaricié aún más rápido mi clítoris, su semen acabó desbordado en mi boca cuando mi néctar manchaba mi mano.

—¿Quieres? —Me ofreció una copa de vino.

Acerqué mi mano para cogerla y me lo bebí de un trago.

—Túmbate boca abajo, preciosa.

—Con mucho placer, domador de mi cuerpo—. Sonreí y su mueca dejó esos hoyuelos en sus mofletes que lo hacen tan sexy.

Empezó masajeando mi espalda, sus dedos se deslizaban con movimientos circulares. Subió, volvió a bajar por mi espalda, así sucesivamente, hasta una de las veces que llegó a mis nalgas y masajeó con

ganas. Apretó fuerte mis cachetes y cuando los soltó los azotó. Su lengua paseó por mi nalga rosada por el fuerte azote. Sus manos volvieron a perderse por mi piel acariciando mis piernas, se detuvo en las ingles masajeando, a la vez que su lengua lamía mi sexo. Tan sólo fueron tres roces, pero mi excitación ya se pronunciaba muy impaciente. Siguió persistente tocando mi espalda, me relajaba, pero seguía muy excitada. Sin esperarlo me giró hacia el lado izquierdo y levantó mi pierna. Yo presa del placer alcé mi trasero.

Su miembro entraba despacio, sin prisas. Una vez todo dentro de mí, bajó mi pierna flexionada sobre la derecha. Mis labios vaginales se rozaban con el movimiento mientras nuestros sexos se tragaban mutuamente. Él llevaba el ritmo, yo lo acompañaba con mi movimiento, hasta fundirnos en la unión de frotar con calidad del disfrute.

Sus manos se deslizaban por mi piel, con el roce de sus yemas acariciaba con precisión, con detenimiento, pero sin pausa. Con ternura sus labios se posaron también sobre mi piel, besó con delicadeza, con erotismo, arrojando mi ser a una impaciencia controlable, a sabiendas de que la espera podía hacerme volar en sensaciones diferentes que tal vez nunca sentí. Un alto en el camino hizo que las caricias penetraran en lo profundo de mi sexo. Mis gemidos daban letra a la melodía de su nueva partitura, al compás un dúo perfecto, mi cuerpo, su instrumento, en el cual interpretaba el placer supremo. No hubo palabras soeces, pero me sentía embriagada de lujuria por el amor que profesaba a mi cuerpo. Amó cada parte donde exhalaba el placer. Correspondido fue después, aprendí a sumergirme en caricias del amor.

Se podría decir que estuvimos toda la noche haciéndonos el amor y no hubo descanso de la pasión.



UN GOLPE
DE PLACER

Diario de Alma

Me alquilé una moto para ir a trabajar, el coche lo tuve que dejar otra vez en el mecánico. Esta mañana cuando iba al salón de belleza me he llevado un susto de muerte y a la vez una subida de excitación. Una moto frenó bruscamente delante de mí, pero gracias a mis reflejos pude evitar caer a la cuneta. El conductor bajó de su moto y se acercó preocupado. Me sentí muy furiosa por su descuido.

—Discúlpame, ¿cómo te encuentras? —preguntó mientras se quitaba el casco.

Cuando descubrió su rostro, el enfado quedó olvidado. Me quedé embrujada por su seductor semblante y su mirada. Más relajada, pude comprobar que el tono de voz que estaba empleando conmigo no era de enfado sino de preocupación.

—Sí, me encuentro bien. Solo siento temblor en mis piernas del susto —contesté sintiendo el rubor en mis mejillas.

—Me he distraído buscando una salida en la carretera, me llamo Alberto. Vengo desde Cáceres a una reunión de negocios, es la primera vez que estoy en Valencia. Esta ciudad es tan grande que es difícil encontrar el camino correcto. Tuve un golpe de suerte al apreciar que no te sucedió nada. Mil disculpas te pido, quizás puedas ayudarme a encontrar mi destino. Voy a unos grandes edificios, unas oficinas de bancos, en la Avenida Maestro Soler, número 69.

Me excitó cuando pronunció 69, lo imaginé en mi habitación. Vayamos a hacer un 69, hubiese sido mi respuesta a su pregunta, pero seguí escuchando sus palabras con atención.

—Sería un placer invitarla a unos vinos en la bodega Las Delicias,

agradecido por su ayuda, y para disculparme por provocarle el desafortunado susto. Me comentaron que es una de las mejores bodegas de Valencia, sería un placer poder disfrutar de su compañía en una cata de degustación.

Ya no sé, si el temblor de mis piernas era por el susto o por la excitación que sentía al imaginar saborear su cuerpo bañado por el vino. ¡Qué buena degustación! Mi paladar es exquisito y moriría en el placer por saciar mis ganas con su sabor. ¡Dulce bombón!

—Disculpas aceptadas, por suerte no fue más allá de un susto. Mi nombre es Alma—aproveché para embriagarme de su delicioso perfume al acercarme y darle dos besos.

—Los edificios que buscas están justo al lado del balneario donde trabajo.

—¡Vaya! ¿Eres masajista?

—No, soy propietaria del centro de belleza del balneario, pero sé masajear todos los puntos claves de la cabeza para hacerlo sentir en todo el cuerpo, un placer satisfactorio—le contesté atrevida con sonrisa pícaro.

—Eso suena muy bien, no me vendría mal un poco de relax después de este viaje tan largo. ¿Sería posible que reservará cita a última hora? Desde allí podríamos coger un taxi y marchar a la bodega. No sería buena idea ir motorizados puesto que los vinos entran al gusto, y los grados suben sin control.

—De acuerdo, sígueme y cuando llegemos miraré la agenda a ver si pudiera ser posible tu cita—. Contesté haciéndome un poco la interesante, pero estaría dispuesta hacer horario nocturno si me lo pidiera.

Alberto es un hombre de 30 años, su cabello es castaño, sus ojos son marrones y grandes. Su cuerpo es atlético sin llegar a tener gran masa muscular. En el puesto que desempeña en su trabajo de banquero, es serio,

pero cuando se quita el traje y la corbata y viste con chupa de cuero y pantalones tejanos, sale de nuevo ese chico desenfadado atrevido y divertido. Resulta irresistible para las mujeres, tiene algo que la mayoría se sienten atraídas. Varias clientas coquetean con él, pero dada su seriedad en el trabajo solo se divierte con esos coqueteos, nunca profundizará más allá. Imaginaba a todas esas mujeres sonrientes y húmedas tras el coqueteo. Le encantaba el sexo, pero del bueno, no es de andar con muchas mujeres, es bastante selecto a lo que se refiere al sexo, y en relaciones amorosas. Prefiere tener buena conexión y estar con la misma mujer, que estar con muchas. No se arriesga a estar con cualquiera y que el sexo resulte nefasto.

Salimos de la bodega, nos dirigimos a buscar un taxi y mis piernas en ese momento claramente temblaban de excitación, quería llevármelo a mi casita, a practicar mis perversiones más oscuras. Me encantaba su trasero, me resultaba delicioso, pero la noche era joven como dicen y Alberto tenía una invitación para una fiesta que daba el propietario de la cadena de bancos más importante de España, por el aniversario de su comienzo empresarial. Menos mal que fui de compras y elegí un atuendo adecuado a la altura de la ocasión, para ello también compré nueva lencería, es como un ritual que tengo, me gusta para cada ocasión elegir la mejor. Quería estar sexy para el fin de fiesta, Albertito no se me escaparía ni aun siendo gay, pensé mientras le pagaba a la señorita de la tienda por la lencería.

Salimos de la fiesta, anduvimos por la calle en busca de un taxi bromeando, se puso delante de mí y me susurró al oído.

—Señorita, yo la llevaré ya que veo que sus bonitos pies me lo agradecerán. Eres incansable Alma, que manera de bailar.

Me cogió elevándome encima de su hombro, como si se tratara de un saco. En ese momento yo era un saco de excitación. Puso su mano en mi trasero impidiendo que se pudiera ver mi ropa interior, dado que mi vestido

era corto. El taxi nos dejó en mi apartamento.

—Alma, me encantó la velada, ¿qué te parece si mañana te recojo con mi moto y nos vamos a las carreras de motos? ¿Tendré el honor de llevar a tan bella acompañante? Me dieron unas entradas para el circuito de Chester.

Me dejaba un poco enfadada y disgustada, no esperé ese final, pero había una asombrosa manera de despertar aún más mis ganas. Acabé aquella noche en casa sola, pero mi imaginación me mantuvo excitada y calmé mis ganas de sexo mientras tenía a Alberto desnudo en mi mente.

Acabó la carrera y me dejó en mi apartamento, quedamos a la noche en mi apartamento después de la cena de negocios que Alberto tenía. Que ganas tenía de atraparlo entre mis piernas, entre mis sábanas a pesar de que nuestros labios no se habían besado todavía.

Cuando llegó, al abrir la puerta le planté un buen morreo y sin dejar que pronunciará palabra, lo llevé a mi habitación, quería castigarlo por la espera.

—Desnúdate y siéntate en la silla—ordené con cierta autoridad en mi mirada, pero mi voz sonaba a súplica, estaba poseída por el alto voltaje de excitación, su seductora mirada no apartaba ojo de mí.

Obedeció, se desnudó mientras yo sacaba unas esposas de mi armario de los juguetes sexuales, también elegí un látigo largo para demostrar mi dominación. Su cuerpo despertaba mi deseo, sentía ganas de lamerlo entero, pero me resistí, me puse detrás de la silla en cuclillas.

*—Señor pervertido, sus manos—. Obedeció mientras reía. —
Me gusta tu juego, pero ansío por acariciarte.*

—¿No te enseñaron a tener paciencia?

Esposé sus manos, me levanté y puse el látigo por delante de su cuello.

—¿Voy a tener que usar mi látigo para enseñarte? Prometo lamer tus

heridas luego—. Susurré.

—Azota mi miembro con tu lengua y verás cómo aprendo la elección.

Me puse delante de él, bajé mi vestido deslizándolo hasta el suelo. Me desnudé, me senté cara a él, empecé a besar su cuello, bajé a sus labios. Mis pezones duros rozaban su pecho.

—Voy a tocarme sentada encima de ti, voy a tocarme para ti.

Me di la vuelta, él besaba mi cuello mientras mis manos acariciaban mi coño, no podía aguantar ver cómo me acariciaba el sexo y chupaba mis dedos mojados, le volvía loco. Le encantaba mi juego de quitarle la miel de los labios. Me acarició con la nariz, me estremecí.

—Hueles a azahar y limón. ¡Suéltame, quiero follarte! —Gritó desesperado. Lamió mi cuello y besó mis labios.

—Pon tus pezones en mi boca, dame de tus dedos, quiero probar, me encanta tu sabor, quiero lamerte, ¡desátame! —me excitaba su impaciencia.

—Sí, vas a lamer mi coño, pero cuando yo lo ordene—se le escapó un suspiro.

Sabía que estaba muy caliente y yo sí que iba a lamerle. Me levanté, quité las esposas e hizo intención de levantarse.

—No, ¿a dónde vas? Quédate sentado y abre bien tus piernas.

Me arrodillé frente a su polla, empecé a lamer sus testículos, mi lengua provocaba espasmos de placer, con mis labios besaba, con mis manos lo metía en mi boca. Después subí a su polla, lamí su glande.

—Así, mi puta, chupa todo, me encanta.

No pudo contener las ganas, me levantó a la fuerza y me tiró sobre la cama, quedando encima de mí. Empezó a chupar un pequeño lunar en el lóbulo de mi oreja. Con sus manos enlazaba con fuerza las mías encima de mi cabeza, besó mi cuello, su lengua y la mía se lamieron la una a la otra, bajó a mis excitados pezones, mordió con deseo, besó mi pequeño lunar en

mi pecho y lamíó como si de un tercer pezón se tratara. Su barbilla acariciaba mi estómago mientras bajaba hacia mi sexo, deseoso por sentir su lengua. Dobló mis piernas y perdió su cabeza en mi coño, su lengua entró dentro de mí y con su pulgar acariciaba mi clítoris.

—Estas muy mojada, ¡me encanta! —Sus palabras eran pronunciadas al son de mis gemidos.

Sacó su lengua, metió dos dedos y dedicó especial atención a lamer con ansia mi clítoris. Sentía su lengua y mi cuerpo se curvaba. Ese arrebató de dominación me excitó sobremanera. No lo esperaba. Cuando sentí su lengua en mis pezones, humedeció mi coño. Lamía sin descanso y con descaro, yo lo miraba y presionaba su boca contra mi sexo.

—Levántate— ordenó.

Sabía lo que quería, me dejé a su disposición, arrodillando mis piernas, esperando su embestida. Me agarró del pelo, azotó mi nalga con la palma de su mano y sin espera metió su miembro hinchado en mi cavidad resbaladiza. A cada azote que me daba, más humedecía mi sexo. Cogió mis caderas y empezó a hacer círculos despacio. Con toda su verga dentro fue acelerando el ritmo de sus acometidas. Con su otra mano mojó sus dedos con mis propios fluidos, esos que hablaban de mi grado de excitación.

—Así me encanta, no pares de follarte el coño—. Supliqué por seguir sintiendo tanto placer.

Empujaba, gemía al compás de las embestidas, notaba muy hinchada su polla. Su dedo entraba y salía ahora de mi culo, me sentía muy puta, en plena lujuria. Aparté su dedo de dentro, lo metí en mi boca y lo chupé con mi sabor, imaginando su miembro, seguía sus embestidas provocando un placer escandaloso de gemidos. Me incliné hacia abajo, agarrando las sábanas con mis manos y mi cara apoyada en la cama, disfrutando al borde del orgasmo.

—No la saques de mi coño que lo tengo muy caliente y estoy a punto

de correrme—dije desesperada entre gemidos.

Sus embestidas cada vez eran más fuertes, sentía mi culo muy dilatado. Le di un consolador que tenía en la cama, no dudo en meterlo, podía sentir su polla rozar con el vibrador, yo apretaba su pene con mi vagina. Me sentía muy caliente, entre gemidos me perdí en un largo orgasmo.

—Quiero que seas tú la que me folle, ven cariño, demuéstreme tus habilidades—me explicó divertido y excitado mientras acariciaba su miembro.

Se tumbó sobre la cama, saqué el consolador de mi culo, me puse en cuclillas, dándole la espalda y la fui metiendo muy despacio dentro de mi sexo. Me tiró del pelo para poder llegar a mi cuello, para morderlo y chuparlo, subía y bajaba, con sus dedos pellizcaba mis pezones, me sentía al borde del orgasmo. Me follé su polla hasta correrme en ella, bajé de su miembro duro hinchado y manchado por todo el placer que vertí. Empecé a lamerla, saboreando mi corrida sobre ella, y él cogió mi cabeza dirigiendo la intensidad de mis lamidas. Luego la sacó y la acarició fuerte contra mis labios. Golpeó y saqué mi lengua para coger su verga y succioné fuerte, hasta cuatro veces. Sus gemidos anunciaban su orgasmo, me la metí entera en la boca presionando mis labios a la vez que saboreaba con mi lengua, cada vez subía y bajaba más rápido dentro de mi boca. Empezó a convulsionar de placer y se derramó en mi boca, que satisfecha y muy excitada tragué gustosa.

Los gemidos acabaron, emitió un suspiro de satisfacción, pero yo seguía muy cachonda y con ganas de lamer.

—Quiero que te des la vuelta y te pongas a cuatro—. Así lo hizo.

Abrí sus nalgas, lamí alrededor de su agujero, luego metí mi lengua, degusté su culo mientras movía sus caderas en busca de que mi lengua

entrará más profunda, la lujuria se apoderaba de mí, acaricié mi coño tan rápido como mi lengua lamía e iba a correrme en mi mano mientras él se estremecía.

Atrevida cogí un arnés de un cajón, con la intención de desvirgar su bonito trasero, estaba segura de que se dejaría. Empecé a babosear el consolador mientras introducía un dedo en su ano. Cuando comprobé que estaba lo suficientemente lubricado empecé a meterlo dentro poco a poco, me resultaba una sensación rara, pero muy excitante a la vez. Movía mi cadera rápido, embestida tras embestida. Alberto se retorció de placer. Su miembro estaba muy duro, tanto como la de mi arnés. Me las ingenié para llegar a masturbarle mientras lo embestia, quería que sintiera un orgasmo diferente, explosivo sin duda. Me envolví en un morbo que me llevaba al gozo de sentirme su dueña, ahora era yo quien azotaba su nalga, y él el esclavo a mi capricho. Disfrutaba al borde de un nuevo orgasmo.

Seguí sin descanso, masturbando rápido, penetrando despacio. Reaccionó a mi mandato cuando le dije que quería su orgasmo. Mi mano no paraba de ordenarlo, mis caderas se movían rápido penetrando profundo y sus gemidos dieron música a tanto placer.

Me sentía su puta, me gustó esa manera de follarme y que quedará sometido a mi placer me encantó, me lo debía por haberme hecho esperar. Estaba muy caliente y deseaba practicar el 69, aproveché que estaba tumbado y puse mi sexo en su boca y su miembro en la mía. Lamí al compás de la excitación con las mismas ganas que Alberto me lamía. Nos dimos el placer de saborearnos con ansia de robar nuestro mutuo placer.

Alberto se fue por la mañana temprano, pero no sin despedirse con un buen cunnilingus. Sí, así me despertó con su lengua juguetona provocando mi último orgasmo.

Me quedé relajada y me volví a dormir. La sorpresa me la he llevado

al comprobar si tenía correo en el buzón cuando ya me marchaba, una carta sin remitente. Curiosa e intrigada, me dispuse a abrir el sobre. Al leer su nombre mi corazón por alguna extraña razón se aceleró, la misma sensación sentí al igual que cuando ves a alguien que te encanta por sorpresa. ¿Será que me gusta más de lo que yo creo? Estoy hecha un lío, pues sus palabras me emocionaron.

Tu silencio es la indiferencia
hacia mi amor, lo sufro
con temor, anhelo tus caricias,
profundizó en el dolor.
Ando perdido siguiendo
los pasos inequívocos
de una ilusión.

No soy conocedor del hecho
de tu lejanía, más permítame
que te diga, suspiro por ti
noche y día.
Imaginó un encuentro
entre los dos
donde las caricias
procesadas nos inducen
a la ternura del amor.

No me resigno a volver a
perderte, este corazón
indomable desea tenerte.

Permíteme otra noche
rodearte con mis brazos,
cobijarte en mi regazo,
ser tu protector.

Velar por tus sueños,
alimentarnos con mi apoyo,
acompañarte en el paseo de la vida
para amarte, enloquecer tu cuerpo
con el más placentero deseo de pasión.

Un triste poeta enamorado, Javier

A decorative frame with a scalloped, hand-drawn border and a dashed inner line. Inside the frame, the text "DESCUBRIENDO SENSACIONES" is written in a black, hand-drawn, uppercase font.

DESCUBRIENDO
SENSACIONES

Sofía es una mujer de 37 años, sus ojos son grandes, redondos, de un color marrón miel, tiene largas pestañas, sus cejas pobladas y bien definidas, labios rosados, con grosor sutil, pero provocador. Luce una melena larga que le cubre media espalda de color marrón avellana, con unas suaves mechas color cobre. Sus piernas no son muy largas, pero sí bien definidas. Le gusta calzar zapatos de tacón alto para estilizar su figura delgada y presumir al andar moviendo sus curvas e hipnotizando sin darse cuenta al hombre que por casualidad se encuentre a su paso, sin importar edad. Veinteañeros quedan impresionados a su paso por aquel respingón trasero. Le gusta llevar escote sin importarle el frío del invierno, en verano a escondidas de su marido, sale a comprar al supermercado sin sujetador, y cuando está comprando en la carnicería, sus excitados pezones se hacen notar bajo su prenda de seda. Sus pezones eran provocadores ante los ojos de Guillermo inevitablemente. Le gustaba fantasear con él mientras le pedía un kilo de chorizos, lo primero que se le ocurriera a su imaginación, ya podía ser con un beso apasionado o con su lengua juguetona en su sexo.

Él es un hombre de cuarenta y seis, más mayor que ella, se llevan de diferencia nueve años. Tiene unas atractivas canas que tiñen su cabello, dándole un aire interesante a su atractivo rostro. Muchas mujeres, la mayoría entrada en los sesenta, lo llamaban Richard Gere. Sofía divertida tras escuchar aquello, pensó que, para ella, sería su George Clooney. Muchas noches había disfrutado fantaseando con su cuerpo pensando en su George.

Sofía subió a su casa con un kilo de chorizos y un buen calentón, esperaba a su marido a que llegara para la hora de comer, y quería provocarlo sexualmente, pero la mayoría de las veces tenía que acabar aquel calentón sola, paseando por su imaginación, tocando su sexo hasta llegar a su satisfacción.

Es una mujer extrovertida por esta razón se adaptó estupendamente al cambio de la nueva ciudad. Un año después de casarse, su marido fue destinado a La brigada DOT de la Capitanía General de Valencia, aquel cambio laboral trasladó su vida de Huelva a una nueva ciudad.

Tiene dos hijos: Pablo y Adrián. Dedicó los primeros años de los gemelos a su crianza, fue decisión suya, con el dinero que ganaba su marido podía permitirse el lujo para no perderse cada detalle del crecimiento de sus hijos. Hoy en día, los gemelos ya tienen catorce años, sus pequeños hombretones, así le gusta llamarlos a pesar de sus edades. Mientras los criaba aprovechó también para estudiar, y gracias a ello la llevó al puesto que desempeña en una oficina en la actualidad.

Con su simpatía y ese humor que le caracteriza, empatiza con la gente de su entorno. Su carácter le ayudó para hacer buenas amistades en Valencia. Llevaba tantos años en la ciudad que era la primera que se emocionaba cuando empezaba la primera mascletá del año. Era tanto su entusiasmo que el vello de los brazos se le erizaba, sintiendo ese cosquilleo de emoción. Le encantaba las fallas, el colorido de las calles con esos monumentos parodiando la actualidad de nuestra sociedad.

Sofía es una mujer que le gusta hablar sin tapujos en lo que se refiere al sexo. En las redes sociales camufla su bello rostro y lo esconde detrás de una foto de una mujer anónima. Le gusta escribir pensamientos, sensaciones, fantasías y relata experiencias sexuales bajo aquella identidad anónima. Tiene muchos seguidores a los que les gusta lo que ella expone en Facebook.

Se sentía agradecida en cierto modo por aquellas lecciones que le había dado la vida. Sus propios errores habían hecho de ella una mujer fuerte y luchadora, pero también sensible y ello le llevaba a ser más selectiva y no dejar que nadie impidiese su felicidad.

No le gusta la gente negativa, ella, ama la vida, aunque a veces le

parezca complicada. Es capaz de levantar el ánimo de cualquiera, con palabras sensibles y divertidas. A Sofía le gusta contar locuras y provocar sonrisas, aquellas que le pasan por la mente y sabe cómo hacer sentir bien a la gente.



Diario de Alma

Era un día caluroso y el sudor de mi frente resbalaba mientras peinaba a Sofía, la temperatura de mi cuerpo de manera extraña se aceleró, pero ese calor era independiente a los grados altos de temperatura del ambiente. Era sofocante, ardiente y por alguna razón estimulaba mi sexo.

Observé en el reflejo del espejo sus pechos, su escote pronunciado, ese canalillo que separaba sus senos y fue el motivo de mi excitación. Avergonzada de mi mente que imaginó meter mi lengua y saborear aquello pasando más allá de ese canalillo incitador. Mi sexo se humedeció cuando me imaginé arrodillada, saboreando sus dulces pezones rosados. Solté su pelo, cogí un vaso de agua y refresqué mi garganta.

—Que calor, ¿verdad? Tengo unas ganas de ir a la playa—dije una vez recuperé mi voz, disimulando mis mejillas sonrojadas.

—Sí, yo necesito una escapada, estoy todo el día en la oficina, me paso media vida allí. Si al menos mi jefe fuera un hombre de esos que quitan el hipo, una trabajaría más complacida por las vistas—Sofía hablaba divertida, pero su voz refleja cansancio producido por la monotonía.

—Claro, es lo que tienes que hacer. Tómate un KitKat, al cajón los papeles y a disfrutar. Pero cuenta, ¿cómo es tu jefe? —pregunté y una sonrisa apareció en su rostro.

—Mi jefe es un viejo verde, debería ceder el puesto a su hijo, él sí es todo un caballero. Yo le dejaría joderme, pero en el buen sentido de la palabra, con mis piernas flexionadas en las suyas y que azotara mi culo por la tardanza de unos papeles atrasados—. Su sonrisa cambió de rumbo, presentándose traviesa.

Subí mi mirada, me fijé en sus labios, entreteniéndome en ellos, se me antojaban sensuales y tiernos para besar. Mi relajada excitación volvió hacerse presente. Su mirada se advirtió pervertida, miré sus ojos bajo esa moldura negra de sus gafas, su semblante me resultaba de lo más seductor.

—Bueno, piensa que cuando le coja relevo el guapetón del hijo, tus días en la oficina cambiarán. Mientras, tendrás que buscar distracción fuera del entorno laboral.

—Estoy saturada, acepto propuestas—. Resopló Sofía.

Las dos sonreímos frente el espejo, sonrisa con la que me hacía cómplice para prestarle mi ayuda.

—¿Qué te parece si salimos esta noche de copas? Respiramos un poco de aire a la libertad, moviendo nuestros cuerpos al ritmo de la música, ¡no va a ser todo trabajar!

Mi propuesta quedó de mero colegueo entre dos mujeres de casi la misma edad, treintañeras al desfogue, entre risas y bailes. Aunque yo no podía dejar de fantasear con su imagen entrando en mi habitación 69. Nunca por el umbral de esa puerta cruzó otra mujer que no fuera yo, el cuarto de juegos donde se mezclan emociones. Solo imaginar ese ferviente deseo deja unas sucesiones de escenas en mi cabeza muy placenteras con sexo alocado.

Quería derretir en sus labios mi sexo y mientras ir tragando de su húmedo coño también. Los pensamientos viajaban en silencio por mi mente, no entendía qué me estaba sucediendo con Sofía. Nunca me sentí atraída por

una mujer y nunca me había fijado en la delicadeza de su piel a pesar de ser cliente desde más de un año en el salón de belleza. Puede que el universo me mandara la tentación, de nombre Sofía.



Sofía salió calle abajo, alejándose del salón de belleza en busca de su coche, el escaso espacio de aparcamiento hizo que tuviera que dejarlo a dos manzanas de distancia de mi negocio. Apresurada entró en su coche, aceleró con su Mercedes sin importar el escándalo de sus ruedas al chirriar. Ella era pura adrenalina.

Una vez en la oficina Sofía se acomodó en su silla dispuesta a trabajar. Eran las cinco de la tarde, y su mesa permanecía llena de documentos, tenía faena para estar empleada toda la tarde, pero a pesar de ello se organizó. Entre papel y papel la imagen de Alma se presentó por sorpresa en su mente. ¿Y si ella fuese ese incentivo para aumentar mi deseo? Se preguntó. Creyó que Alma podría ser esa chispa de lujuria que le faltaba, ese aire que llenaba sus pulmones y provocaba jadeos de placer. Sus pensamientos perturbaban su mente con nuevas sensaciones.

Cuando terminó su jornada de trabajo, Sofía fue al centro de la ciudad, quería estrenar ropa, hacía tiempo que no salía de noche y pensó que merecía ese capricho. Decidió pasarse también por la tienda de lencería, quería sentirse sexy. Acabó de recorrer todas las tiendas de la calle Colón, al fin se iba para su casa satisfecha de la compra que había hecho. Miró su reloj, quedaba un cuarto de hora para que fueran las ocho, apenas tenía tiempo para arreglarse y marchó apresurada hacia su hogar.

Entró en la ducha, pasó la esponja por sus brazos notando la suavidad del gel al deslizar. Cuando se dispuso a enjabonar sus pechos dejó la esponja, ahora eran sus propias manos las que acariciaban sus senos. Enjabonó con la

palma abierta encajando su pecho con la mano, con movimientos circulares y sin pretenderlo sus pensamientos fueron invadidos de nuevo por Alma. Recordaba su mirada, fue la primera vez, de todas las veces que había estado en su salón, que Alma la peinara. Había notado en sus ojos deseo. Cerró los ojos y recordó cada gesto, le atraía, le parecía muy sexy e incluso su forma de lamer sus labios, le encantó su sonrisa insinuante. Le gustaba hasta ese flequillo que ocultaba parte de su mirada pícaro. Sus pezones se endurecieron, su sexo palpitó al imaginarse separando las piernas de Alma y lamiendo su clítoris, deseaba tragar su esencia, saborear su propio orgasmo en los labios de ella. Sofia ya había estado en una ocasión con otra mujer y le gustó la experiencia, disfrutó mucho con ella, pero la cita con Alma era diferente, ella intuía, pero no sabía a ciencia cierta si ella sentiría también atracción. Aunque pensaba que no podía ser cosa de ella sola. Alma tuvo que ver reflejado en el espejo ese juego de excitantes miradas.



Diario de Alma

Nos citamos a las diez en un restaurante llamado Bajo La Luna, en el puerto de Valencia, cerca de mi casa, acordamos vernos allí. Las dos fuimos puntuales, eran las diez cuando bajé del taxi, y observé como Sofia salía de otro y nuestras miradas se cruzaron con sorpresa, cada una admirando la belleza de la otra.

La cena transcurrió divertida, intercambiando anécdotas sexuales, compartiendo risas, buena comida y un buen vino delicioso. El mismo restaurante tenía discoteca.

Salimos a la terraza, la música sonaba sugiriendo a nuestros cuerpos

movimiento. Sofía no había estado nunca en ese lugar, no esperaba la belleza del paisaje, a pesar de que era de noche se podía apreciar. Le resultaba tan íntimo el momento y tan romántico como a mí me lo parecía. En medio del mar, donde la luna quedaba reflejada en el agua bajo el manto de estrellas. Un lugar con estilo sofisticado.



Empezó una nueva canción, Sofía pensó que era perfecta para la ocasión. Le vinieron imágenes de la película donde la banda sonora era esa canción: *“Diario de una ninfómana”*. Mientras recordaba escenas de la película mezclaba imágenes de ella y Alma. Una sonrisa inevitable la empujó a reír a carcajadas, provocada por los nervios de la emoción que sentía. La voz del cantante Antonio Orozco era inconfundible para ambas, compartían la pasión por las letras versadas del cantautor, su bonita voz las encandilaba.

Alma se dirigió a la barra dejando a su amiga sumida en sus pensamientos, pidió dos cócteles al barman. Sofía, cuando consiguió salir del embrujo del momento, se dio cuenta de que Alma había ido a pedir a la barra, no lo dudó y fue tras ella. La noche acababa de empezar.

La luz quedó centrada en medio del escenario, un foco con alumbrado rojo dejaba una luz tenue al lugar. Se podía observar una pareja desnuda, aquello significaba que el espectáculo acababa de comenzar. Entre ellos se procesaban un baile de caricias, un baile de dos cuerpos desnudos al roce de sensuales movimientos, provocando con incitadoras posturas daban rienda suelta a la imaginación. Tan solo bastó dos bailes eróticos de aquella pareja para despertar el deseo de ambas.

Excitadas y cogidas de la mano, se ofrecieron voluntarias para un juego

que propuso el presentador de la sala. Uno de los *strippers* se tumbó en el suelo, el cual llevaba un pequeño tanga que cubría su miembro abultado. Dos mujeres que trabajaban allí, vestidas con unos ajustados corpiños de cuero negro cubriendo sus intimidades y un tanga minúsculo, subieron con unas fresas y dos botes de nata. El juego consistía en que las voluntarias debían comer conforme las sensuales señoritas a medio vestir, ponían en el hombre la nata junto a las fresas, en el lugar donde a ellas les complaciera y debían de lamer, y comer aquel manjar con las manos atadas

Sus miradas eran cómplices, estaban dispuestas a lamer entre las dos al hombre. Cada una siguió su camino correspondiente, detrás del rastro de nata acompañado por fresas. Lamieron su torso a la vez que mordían las fresas. Siguieron lamiendo sus pezones, cada una dedicó caricias sensuales utilizando su lengua. El stripper respiraba toda aquella excitación que emanaba de ellas, no pudo evitar unirse quedando muy excitado. Las dos señoritas divertidas, dejaron caer nata en la entrepierna y sus dos lenguas se cruzaron al lamer, saboreando la nata y el sabor a miel de los labios que tanto se deseaban. El juego aceleró el ritmo cardíaco de ambas, era el momento de besar los labios cubiertos de nata de aquel hombre. Se arrodilló invitándolas a que se arrodillasen también, quedaron de espaldas al público que contemplaba el espectáculo tan excitante, cada una a un lado de él. Puso nata en sus labios cerrados, apoyó sus manos en las nalgas de ambas empujando hacia él, sacaron su lengua y lamieron toda la nata. Sin percatarse quedaron envueltos en una pelea deliciosa de tres lenguas. Después aquel hombre muy excitado bajó la suya al pecho de Sofía. Entretenido, había metido la cabeza en su escote y su lengua jugaba con su pezón, sus manos aún las tenía en sus traseros y ellas se encontraban perdidas en un beso muy sensual.

Cuando bajaron del escenario se sentían muy excitadas.

—Mi casa queda cerca de aquí, si te apetece podemos ir a tomar una

copa—comentó Alma cautelosa.

—Me parece una idea estupenda, ¿solo me vas a dar de beber una copa?
—preguntó divertida.

—Podemos tomar las que quieras y si te apetece dormiremos juntas en mi casa—contestó sabiendo la intención de la pregunta de Sofía.



Diario de Alma

Al entrar por la puerta Sofía, sentí un escalofrío de excitación recorrer mi cuerpo. Con la luz de las velas podía observar su rostro y sentir el temblor de su sexo. Aquello me llevaba a mundos desconocidos. El hecho de estar con una mujer, un placer diferente, me invadía el deseo de perderme lamiendo un coño, el de Sofía. Pero mis nervios amenazaban. Controlando mi mente por no saber si lo haría bien, aunque me sentía decidida y embriagada de lujuria, me aventuré dejándome llevar, así como lo hacía cuando un pene se derrite de gusto dentro de mi boca.

La sensación era rara porque era yo la que siempre entraba a la habitación después de elegir modelo para la exhibición de escenas eróticas, protagonizadas por dos mentes sin prejuicios, sintiéndonos con derecho a realizar fantasías. Esta vez era diferente, la esperé en la habitación, y desnudé mi cuerpo, el único traje que dejé fue mi propio tejido, mi piel. Mis pezones se pronunciaron muy duros, mis labios se secaron y con mi lengua los humedecí, mordiendo suave, sensual, con ansias, debido por la provocación de su cuerpo.

Sofía lucía su melena larga con esos rizos que yo había peinado con manos tranquilas y mente alterada. Estaba tan hermosa. Su cuerpo estaba cubierto por lencería blanca, un corpiño ajustado a su delgada cintura y

unas medias con encaje blanco que quedaban atadas en un ligero con un transparente tanga también blanco.

Sofía, atrevida, empezó a bailar con movimientos sensuales contoneaba sus caderas, provocando el despertar sexual de Alma. Se podía observar en la mirada de esta curiosidad, excitación, deseo, incluso sintiendo toda aquella lujuria, la que Sofía desprendía.

Se levantó de la cama, se puso a bailar detrás y desató el corpiño que oprimía aquellos abultados pechos. Sofía seguía su seductor baile, ahora inclinada hacia delante y con el culo frotaba en el sexo desnudo de Alma. El corpiño cayó al suelo.

Alma se dejó llevar por la pasión, agarró el pelo de Sofía obligándola a poner su cuerpo firme. Besó su cuello por detrás y acarició con las dos manos los pechos de Sofía.

—Quiero lamer tu precioso coño hasta que te derritas del placer— susurró cerca de su oído.

Luego paseó su lengua por el lóbulo de su oreja, excitando y despertando sensaciones a Sofía. Aquel susurro le provocó un sofocado suspiro.

Se dio la vuelta y miró a Alma con aquellos ojos lujuriosos que cualquiera caería rendido a su capricho. Con tierna delicadeza beso sus labios. Pasó su mano por la nuca, ahora atrevida jugaba sensual con su lengua. Alma recibió aquel beso deseando besar los labios íntimos de Sofía. Sus lenguas se saborearon en un baile erótico y sus manos pasearon libres por sus cuerpos.

Sofía acariciaba el sexo de Alma con una mano, con la otra seguía agarrando su nuca. Alma dejó de acariciar sus pezones y la cogió de la mano acercándola a la cama. Sofía aún sentía la excitación de aquel beso ardiente, ansiaba que las caricias de Alma pasearan por su cuerpo.

Necesitaba una razón para encontrarse a sí misma, pensó que Alma era lo que buscaba, quería darle placer, enseñarle esos placeres ocultos. Sentía la necesidad de adorarlo cada milímetro de su cuerpo.

—Túmbate y disfruta, quiero pasear mi lengua por tu piel y que sientas los espasmos de la excitación. Sigue mi lengua con tu mirada sin perder detalle—hablé a Sofía con voz que delataba mi excitación.

Me arrodillé al final de la cama en el suelo y empecé un viaje sin retorno con mi lengua. Besé primero un pie, chupé sus dedos ansiosa de que su sexo empezara a humedecerse aún más. Subí besando con mi lengua por sus piernas hasta llegar a la entrepierna. Seguí avanzando por su cintura lamiendo cada rincón hasta su pezón derecho. Empecé a lamer y morder su duro y prominente pezón, luego chupé el otro apretando sus pechos, perdiéndome con mi lengua en su lienzo y devorando.

Podía notar las ganas de Sofía, su cuerpo se estremecía y sus caderas no paraban en movimiento. Sin demora, bajé a su punto de excitación, saqué mi lengua decidida a llevarme todo su sabor a mi boca. Lamí de abajo arriba sus labios, mi mano agarraba su culo también excitado, acaricié el agujero que abierto me suplicaba sentir algo dentro. Metí mi dedo mientras mis labios se perdieron en su coño, mi lengua ahora se deleitaba en chupar su clítoris. Mi excitación derramaba gotas de mi húmedo sexo. Su coño estaba baboseado de las ansias con las que lamía. Me sentía muy puta, desbordada de lujuria.

Sofía gemía sin descanso, y con descaro, sus caderas esta vez bailaban el baile del placer. Presionó mi cabeza contra su sexo, y me lo entregó, derramó el primer orgasmo en mi boca.

Me quedé con ganas de seguir chupando su coño, pero pensé que más tarde ya tendría ocasión de saborear su orgasmo derramado nuevamente en mi boca. Saqué la cabeza de entre sus piernas y me puse de rodillas. Ella

estaba sentada, nos besamos, mezclamos nuestras babas con su jugo que manchaba toda mi boca, fue un beso explosivo con sabor a mujer.



Le tocaba a Sofia estimular cada rincón de su piel, la tumbó en la cama y empezó a saborearla como deseaba hacerlo y como ella acababa de hacer. Abrió sus piernas y paseó su lengua por su rincón prohibido, tenía un sabor salado, estaba muy mojada, señal de que le había encantado lo que por primera vez acaba de hacer.

Lamía su clítoris, deseaba que sintiera el mismo placer que Alma le hizo sentir. Cuando notó que estaba al borde del orgasmo paró. Ella emitió un gemido de desaprobación, pero al abrir los ojos se dio cuenta de cuáles eran sus intenciones. Sacó del cajón de la mesita de noche un vibrador, acertando con su favorito. Pasó su lengua y luego empezó a jugar con su coño y con él, metiéndolo y sacándolo mientras chupaba una y otra vez haciendo que levantara las caderas del colchón y notando descargas de placer. Pero quería más, deseaba que se sintiera desinhibida y le propuso que montará en su boca. Se tumbó boca arriba. Con sonrisa pícaro abrió sus piernas y acercó su sexo.

—Sabes delicioso...

Bailó encima de su boca sin vergüenza, echaba su cabeza hacia atrás mientras las manos de Sofia acariciaban su culo. Movía su cadera adelante y atrás. Ambas jadeaban. Alma bajó la cabeza y sus miradas se encontraron rindiéndose al placer.

Sus piernas flaqueaban, se estremecía dejándose ir en un orgasmo húmedo y delicioso. Pasó la mano por su coño quedando manchada de su flujo y lamió sus dedos.

Alma había sido una sorpresa llena de sensualidad en sus movimientos, deliciosa por completo. Cuando Sofia le propuso esa excitante propuesta;

sentarse encima de su boca, Alma deseaba entregar su orgasmo encima de su lengua para que saboreara la dulce miel de su sexo ardiente. Era la primera vez que sentaba su vagina en la boca de una mujer y aquello la excitó sobremanera.

Entre escandalosos gemidos, insistentes lamidas, Alma se desbordó de placer y con exquisito gusto derramó toda su satisfacción en los labios de Sofía.

No podía creerlo, me robó todo aquel placer que yo bien le regalé impregnando su boca, pero ella siguió. Me tumbó en la cama y empezó de nuevo a lamer mi sexo, poniendo su delicioso coño en mi boca. Aunque ya lo había degustado, era también la primera vez que practicaba un 69 con una mujer hasta tal punto de conectar en ese manantial de gozo, sabor delicioso que manchaba su lengua. Fue una existencial experiencia para mi paladar.

Con mis ganas y su maestría en lo que se refiere a lamer con ímpetu y con sensualidad, caí rendida a sus pies pues su boca era pecado para mi sexo.

—¿Te gustó? —preguntó Sofía pasando su lengua por sus labios.

—Creo que me dejaste mareada con tanto placer—contesté con una sonrisa de satisfacción.

Nos metimos en la bañera para refrescar y relajar nuestros cuerpos mediante caricias dedicadas.

—Sofía, ¿alguna vez has participado en un trío? — Mi pregunta escondía una propuesta.

—No, pero es una de mis fantasías. Con dos hombres o con dos mujeres o ambos sexos, sería muy excitante.

—Siempre hay una primera vez.

Sonreímos y nos fundimos en un nuevo beso donde el erotismo penetraba en dirección a nuestros deseos más carnales.

En la sensualidad de tu cuerpo
quedé embelesada,
sin saber que me sucedía
me sentía muy atraída.
El contoneo de tu cintura
dio paso a las fantasías
más eróticas que por
mi mente hubiera
pasado antes.

Era una locura,
adrenalina que viaja
por lo desconocido,
desbordando el placer
en lo aparentemente
prohibido.

Divino pecado
el sabor de tu piel, el
de tu elixir venenoso
incitador de la gula.

Sensualidad en tus curvas
derrochas tanta dulzura
que mi lengua cuando
se desliza queda
impregnada de la
maravillosa sensación
que es darte ese placer

y me entregues toda
tu miel para beber y volver.



MADURITO
TRAVIESO

Diario de Alma

Esta mañana fui a comprarme un libro a la librería que hay en el centro, hacía tiempo que no iba, y por fin estaba a la venta. Tenía muchas ganas de leerlo. Me gusta investigar en las estanterías de la librería nuevos ejemplares cuando voy. Aunque vaya a buscar uno en concreto acabo encontrando más de uno que despierta mi interés y no puedo resistirme a comprarlo. Esta mañana recorriendo los pasillos de las inmensas estanterías me topé con el propietario de la librería.

—Hola, soy Luis. Dime el título que buscas y te ayudo a buscarlo—. Su voz sonaba sexy y seductora.

Me di la vuelta y un escalofrío de nervios recorrió mi cuerpo. Me encontré con un hombre maduro de unos cincuenta y cuatro años aproximadamente, con unas canas que le daban un aire de galán. Sus ojos negros como la noche y mirada cautivadora me dejaron temblando.

Me sentí avergonzada de mi excitación, prueba de ello fueron mis mejillas sonrosadas y mi tartamudeo al comenzar a hablar.

—Busco un libro, es novedad, salió a la venta hace dos días. Me sentía ruborizada pues buscaba un libro erótico y Luis parecía ser un hombre de costumbres tradicionales, más con ese semblante tan serio.

—Nos llegó el otro día una antología, “Susúrrame entre las Piernas. Es un libro de género erótico.

—¡Sí, ese es el que quiero! — Había acertado de pleno.



Alma se sentía atraída por aquel hombre, y mientras que el librero lo

buscaba ella fantaseaba desnuda sobre su cama, practicando buen sexo, el que luego contaría en su diario. Lo imaginaba con su cabeza hundida entre sus piernas abiertas, al placer de devorar su sexo.

—Aquí tengo tu libro, ¿deseas algún otro? Quizás quieras echar un ojo a esa estantería, es lo nuevo de terror. Apuesto que te gusta también ese tipo de lectura—una vez más Luis adivinó.

Era como si la conociera o pudiera leer sus pensamientos, eso pensó Alma sorprendida a la propuesta del apuesto Luis.

A la media hora de perderse entre las estanterías, llegó al mostrador para pagar. Se había decantado por dos libros, uno de terror (En el interior de la noche) y otro de comedia (El Seductor Poder de las Mujeres).

—Déjame tu carné de socia y te hago el descuento—dijo Luis mirando fijamente sus labios.

Alma notó una aceleración de entusiasmo, de ver como Luis quedaba embelesado mientras hablaba con ella.

—No tengo, nunca me lo hicieron—se limitó a decir.

—No te preocupes, ¿tu nombre?

—Alma

—Bonito nombre, relléname este formulario con tus datos.

Así lo hizo. Luis le cobró y ella se marchó contenta por la compra y por el coqueteo producido entre ambos y qué había desembocado en excitar su cuerpo.



Diario de Alma

Cuando he llegado a casa esta tarde, en mi correo me encontré con la sorpresa de tener un mensaje de Luis.

«Agradecido por su compra, me gustaría recitarle lo que en mis momentos de inspiración escribo. Me dejo llevar por la imaginación hasta tal punto, que mi pene se descontrola. Perdón por la expresión, no quisiera ofenderte.

En la noche me sumerjo en pensamientos atrevidos, donde mi mente navega libremente entre las ramas de mis boscosas perversiones. Aquí te dejo este relato, espero que te guste, si es así, me gustaría pedirte una cita donde tú me digas, el día y la hora.

Espero tu contestación, un beso»

Relato

—Buenos días—me dijo mientras su mano suavemente retiraba el pelo de su cara.

—Buenos días—contesté con mis ojos clavados en los suyos.

Ella resistió a mi mirada, hasta que algo le debió conmover, ese ligero giro de su cabeza, me lo hizo sentir. Me gusta me dije a mí mismo, mientras mi febril mente ya la estaba despojando de ese vestido de tirantes y caída libre sobre su cuerpo, dejando entre ver las formas exquisitas de sus senos, sin sujetador, y sus caderas dando forma a una cintura moldeada, con los contornos suaves y tersos. Ver esas curvas tan deliciosas, me estaban matando de ganas, me estaba poniendo algo "cerdo." Sí, eso me digo a mí mismo cuando comienzo a calentarme: ¡cerdo! En ese momento las escenas más tórridas en mi mente pasean libres por mi cabeza, y las deseo realizar en ese cuerpo que estoy admirando, calibrando

y guardando en mi mente su imagen, todas esas curvas y rincones que me harían pasar momentos deliciosos.

Me pidió con algo de vergüenza un libro erótico que estaba recién publicado, sentí como sus mejillas entraban en calor, mientras que su sonrisa flaqueó unos segundos, y su cara cambió imperceptiblemente, sus ojos se fijaron de nuevo en los míos, imagino que para comprobar si me percaté de su fantasía erótica, la que por su mente viajaba en ese momento. Mi edad es ya considerable y esos detalles se bien como son, disimulé que no lo había notado y la aconsejé que mirase la literatura de terror. Esa propuesta no fue desinteresada ya que en ese rincón donde la ubiqué, lo tengo poco accesible entre los laberintos de pasillos y estanterías. Pero guardo un secreto, puedo observar perfectamente ese pasillo sin poder ser visto. Cuando ella comenzó a alcanzar libros y a ojearlos, cerré la tienda, no era la hora aún, pero pensé que esa buena hembra podría darme algún momento de buen placer. La observé con descuido, sabía qué no podía verme, tenía un cebo muy bien preparado, entre las tapas de un libro de Nin Anais que por su encuadernación antigua resaltaba en su edición lujosa, en piel, relataba parte de su diario en las más escabrosas escenas, ocasionadas en sus vivencias. Era una edición posiblemente única de 1940 en la cual un virtuoso acometió una serie de grabados entre los capítulos muy eróticos y sumamente adictivos, que te hacían ojear el libro sin necesidad de leerlo. Vi como llegaba a él, como lo abría, se inclinó sobre él cuando debió ver alguna de las ilustraciones. Miró para los laterales y comprobó que estaba sola. Pasó su mano acariciando su cuello y después tocó sus labios. La notaba muy tensa y nerviosa, podía ver cómo su pecho comenzó a realizar algunas respiraciones muy profundas y de seguida volvía a mirar a los lados, alguna escena le debió provocar su excitación. Dejó el libro abierto

en esa página, lo apoyó en la estantería a la altura de sus ojos. Su mano se deslizó por su pierna, subió el vestido ligeramente para meter su mano bajo sus braguitas blancas. Estaba de pie, comenzó a tambalearse, se tuvo que apoyar en la estantería. De espaldas a mí, pude sentir como su pasión subía a la cima y su cuerpo comenzó a temblar, a desequilibrarse en unos ligeros espasmos. Los mismos que me hicieron a mí acelerar el ritmo de mi mano, sin percatarme debido a mi impaciencia tenía mi polla ya fuera de mi pantalón, dura, enfilada hacia ella. Terminó y durante unos segundos se mantuvo sujeta a la estantería, supongo que para recuperar la noción de su cuerpo. Mientras mi polla sacudió en una tremenda estampida blanca, sobre un cuaderno de versos que tenía a mi lado. ¡Que romántico me quedó! El agradecimiento que di a tan hermoso trabajo en verso. Pero el gusto fue divino, me corrí solo de verla, me gustaba mucho y esa zorrita era lo que yo quería, era lo que me gustaba, linda, bien formada, joven, caliente y seguramente más perversa de lo que yo había imaginado ya de antemano.

Cuando se fue, guardé sus datos en mi agenda personal, su dirección física, su móvil y su dirección de correo electrónico. Esa chica no se me escaparía por nada del mundo, la quería mía y lo sería, costase lo que costase. A la tarde antes de cerrar la tienda le escribí a su correo, me insinué sin contemplaciones y le regalé el relato de su propio orgasmo, el anzuelo estaba puesto en el sitio adecuado.

Diario de Alma

Me sorprendió y fascinó su relato. Me encantó su parte traviesa, y sus observaciones anotadas en cada renglón del relato. Acepté su parte vouyer, un madurito mirón que provocaba en mi sexo mil mariposas.

La incertidumbre de cómo será su verga me tiene desesperada el pensamiento. Necesito masturbarme, me puso caliente. Esa manera de descubrirse ante mí, con aquella atractiva propuesta. Cerré los ojos y me vi a mí en el pasillo frente a aquellas inmensas estanterías con aquel libro que susurraba a mis sentidos, creyendo que ocultaba mi rostro de ciertas expresiones provocadas por ese placer, que, a manos ocupadas, seguían mis pensamientos.



Llamó a la floristería del centro, una que quedaba exactamente enfrente de la librería de Luis. Encargó doce rosas blancas y dictó un mensaje a la mujer de la floristería con cierta vergüenza:

“Travieso Luis, me gusta su ingenio, su narración dejó cabos sueltos. Tal vez su imaginación creyó ver realidades, pero también le digo señor de atractivas canas, que dio con una mente exquisita. Mientras me escondía detrás de los libros, lo imaginé tocando su verga, mientras yo saboreaba sus testículos, que rica lujuria”.

Indicó la dirección de su casa en la playa, le propuso no demorar la cita quedando la noche siguiente.

Alma preparó café, encendió un viejo tocadiscos, puso un disco de George Michael, y prendió unas varillas de incienso que impregnaba la estancia con olor vainilla. Mientras se vestía, daba sorbos al caliente café.

Optó por un estilo de línea diplomática; una blusa de seda blanca, una americana color azul marino formaba el traje junto con una falda ceñida de

tubo por encima de las rodillas, con una raja prominente que dejaba al descubierto parte de su pierna, quedando una sexy imagen. Se calzó unos zapatos negros de tacón alto y como complemento una corbata negra. Cubrió sus piernas con unas finas medias color carne, unas pequeñas bragas negras transparentes y unos ligeros que dejaban una bonita intimidad. Se sentó a esperar a su invitado, había preparado una sorpresa. Le esperaba una noche de ensueño.

Cuando entró, su cara reflejaba sorpresa, quizás Luis encontró más de lo que esperaba. Así era Alma, impredecible, nunca sabías por dónde podía salir.

En el salón estaba la chimenea con las llamas chasqueando, el tocadiscos ambientaba el lugar con un hilo de música de fondo, había puesto una balada de Bryan Adam. Unos cojines blancos cubrían la alfombra negra, junto a una mesita de café en el centro, y había dispuesto con detalle unas copas junto a una botella de vino italiano.

—Me encanta con qué gusto está decorada tu casa.

—Gracias, luego te enseñaré el dormitorio—Alma sonrió al hilo de sus pensamientos perversos.

—Apuesto a que será tan acogedor como tus labios— contestó Luis con picardía.

—Me gustaría escuchar tu prosa, puede que otro día te recite la mía.

Luis empezó a recitar:

Danza al son de mi fuego,
sibilina de dulces caderas
cimbrea tu cuerpo en este mi infierno,
entre las llamas de mis eternos verbos

donde mis caricias son suaves brisas
con olores a sexo sin freno.

Susurros de chispeantes palabras
penetran tus oídos perversos,
abrasando eternamente tu mente
con densos sonidos de deseo.
Deseos de tus lascivos labios
de ser sádicamente entregados
a mi insana voluntad de ser usados.

Abrázame con tus infinitas piernas
agárrame sin piedad,
no me sueltes.

Aférrame contra tu sexo húmedo
ahógame en su humedad.

Diosa de mi frío averno, mátame
como solo tú sabes hacerlo.

Alma escuchaba y notaba como su sexo se humedecía al imaginar aquellas palabras. Tenía muchas ganas de que usara su lengua perdida en sus labios inferiores

—¿Qué te parece si vamos a jugar a mi sala de juegos sexuales?

Luis abrumado por la provocación, tocó su abultado miembro apretando por encima del pantalón.

—Esta ya está juguetona, me parece muy buena idea, traviesa Alma.

Descolgó una de las fustas que tenía en la pared.

—Travieso madurito, desnúdate. Mirón pervertido, te voy a hacer sufrir

por entrometerte en mis fantasías. ¡Venga! ¿A qué esperas? ¿Acaso no quieres probarla? —pegó su mano con la fusta.



Diario de Alma

Luis desnudó su cuerpo, yo no apartaba mi mirada, lo observaba excitada. Le dije que subiera al columpio que colgaba del techo. Pensaría que estaba loca, ¿cómo iba a follarme allí arriba?

Su cara me divertía, pero su miembro tan duro me incitaba a arrodillarme y saborear su placer, pero no, iba a castigar a Luis.

—Quiero que subas—le dije mientras ponía música de ambiente.

—Recítame tus versos mientras me desnudo.

Allí estaba él, susurrando el verso con aquella voz oscura y que me excitaba. Su semblante mostraba que tenía ganas de bajar y azotar fuerte el culo, que me arrodillara suplicando que le entregase mi orgasmo, pero esperó, obedeciendo mis órdenes.

Estaba muy excitada, podía notar sus ganas de querer lamer mi cuerpo y de sentir mi lengua practicando el 69, pero no, aun tenía que sufrir.

Me tumbé en la cama, abrí mis piernas, desde lo alto del columpio podía ver mi sexo, mis labios se prestaban excitados. Acaricié mis pezones, me entretuve hasta bajar una mano a mi sexo. Acaricié despacio, abriendo mis labios frente a sus ojos.

—Quiero que te masturbes y si consigues correrte cuando yo te ordene, cambiaremos el rol.

Ese era su pasaje para andar a sus anchas sobre su cuerpo, y estaba dispuesto a conseguirlo. Sus ojos brillaban de diversión y deseaba que me

entregara a él.

Apretó fuerte su verga moviendo su mano deprisa, iba a echar el semen encima de mi cuerpo mientras me corría. Estaba segura de que lo conseguiría, sus ganas eran muchas, tantas como las mías de experimentar un nuevo placer, la sumisión bajo su placer. Ansiaba sentir su mirada dominante recorrer mi cuerpo, era la primera vez, pero no sentí nervios, por alguna extraña razón confiaba en el travieso Luis. Me presté a su capricho dejándome llevar.

Deslicé despacio el final de la fusta por mi cuerpo. Empecé bajando por mi cuello mirando fijamente a Luis. Él acariciaba su verga dura, despacio. Pasé la fusta por encima de mis pezones, metí dos dedos en mi boca y los chupé con sensualidad, quería que imaginara que estaba chupando su polla y así desquiciarlo para que bajara de lo alto del columpio. Mi travieso acróbata lo estaba haciendo muy bien y yo me sentía muy excitada, atada a la lujuria. Bajé mis dedos a mi sexo, acaricié y luego metí dos dentro dejando a Luis una imagen de lo más excitante. El sentido de la vista aceleraba su impaciencia. Estaba ansiosa por empezar el juego, quería ser su zorrита sin espera. Solté la fusta. Moví tan rápido mi mano como mis caderas y mis gemidos. Sus jadeos anunciaban la antesala al placer, mi mirada delataba mi llegada al orgasmo.

Sentí un orgasmo tremendo, de esos sin final específico. Era tanto el morbo que sentí que me perdí al eclosionar. Él no quedó atrás y su semen bañó mis senos. Bajó del columpio, se abalanzó sobre mí besando mis labios y hablando entre susurros.

—Vas a ser mi zorrита cuando limpie tus pezones con mi lengua.

Nunca me habían llamado zorra, zorrита, pero ya se sabe que la zorra es un animal inteligente, y si Luis me pedía que fuera su zorrита yo iba a ser la mejor.

—Estoy deseando que me azotes por traviesa—. Miró fijamente mis ojos sin pronunciar respuesta.

Empezó a lamer mis pezones prominentes, limpiando todo el placer que los manchó, saboreando su semen. Después subió a mis labios, y los besó con sensualidad dirigida y lujuria.

—Levántate mi zorrita, ahora seré yo el que mande en tu placer, solo podrás correrte cuando yo te de permiso, te aseguro que sentirás muchos orgasmos.

Me resultaba divertido, excitante y morboso, yo ansiaba tener su placer, y estaba dispuesta a complacerlo. Obedecí y me arrodillé a sus pies, con la cabeza hacia abajo para ocultar mi media sonrisa.

—Me presto a tu voluntad para que recibas el mismo placer que me provoques, mi señor.

—Así me gusta zorrita, pero ahora levántate no te quiero arrodillada, te quiero colgada. Es muy bonito tu columpio, pero me hizo perder el equilibrio, apunto estuve de caer mientras te manchaba, mi zorra. Voy a atarte, para que siga el juego, pero antes muéstrame como tu coño chorrea de ganas, vamos mi zorrita.

Sin pronunciar palabra bebí un trago grande de vino, apoyé mis manos en la cama con los brazos estirados, abriendo mis piernas, elevando mi excitado trasero. Se puso detrás de mí, mirando mis los ojos en el reflejo. Acercó la cara y la lengua, se deslizó lamiendo para provocarme placer. Sentía un escalofrío de excitación, mis pezones estaban tan duros que me dolían. Apreté con una mano mientras Luis introducía dos dedos dentro de mi coño. Cogió mi pelo estirando hacia atrás, nos dedicamos una mirada lasciva en el espejo.

En nuestros cuerpos el fuego emanaba prendidos de ganas, yo de ser su sumisa bajo el mandato de mi señor y él, poderoso de mi cuerpo,

mandaba. Estaba decidida a ser completamente suya. Aquello lo llevaba a la locura del morbo, un placer mutuo.

Jadeaba sofocada hasta que de repente sentí un golpe seco en mi nalga. Un jadeo provocaba sus ganas de azotar de nuevo, yo lo sabía y quería seguir el juego. Azotó de nuevo y a mí se me escapó un grito: cabrón.

El cabrón y la zorrita, ¿no te parece buen título para una novela? —rio tan tranquilo mientras mi nalga se puso roja como volcán.

Su lengua se entretuvo lamiendo mi nalga, eso ya me gustaba, pues no me estaba dominando mucho de momento. Dos azotes, ¿eso era todo lo que sabía hacer? En qué mala hora cambié el rol. Tenía ganas de azotarle, humillarlo bajo mi dominación, era la anfitriona y elegía, pero me di cuenta de que Luis estaba demasiado animado para pararle los pies. El látigo era su polla y su perversión, cualquiera paraba aquello.

—¿Te gusta mi columpio? Me gustó como te balanceas mientras tocas tu polla desesperado—dije provocándolo.

—Me encantó bañarte, me pusiste muy caliente, zorra.

Cogió mi pelo echando mi cabeza hacia atrás, quedando sus labios perdidos en mi cuello.

—Que delicia tu cuello—lamió el lóbulo de mi oreja, me estremecía irremediabilmente, alteraba las terminaciones nerviosas de mi cuerpo.

Me emborrachaba de lujuria. Una vez más besó mis labios con pasión, mientras ataba mis manos con las correas al columpio. Su lengua pasó rodeando mis senos y yo ansiaba que mordiera mis pezones, pero bajó a lamer mi ombligo, después mis muslos y mordió con sus labios.

Se dirigió camino a mis nalgas, las abrió con sus manos, pasó la fusta acariciando mi dilatado ano. Sus dedos amasaban, su lengua dentro hubiera sido perfecta, pero volvió azotar mi nalga.

—Yo dirijo tu placer Alma, me gusta jugar con tu mente y provocarte

espasmos de excitación.

—Quieres mi lengua en tu culo, mi zorra. Lo estás deseando tanto como que chupe tu coño y meta mi dura polla dentro de tu coñito hermoso.

Puso la fusta en mi sexo y la frotó mientras chupaba mis pezones.

—Así, muerde mis pezones, quiero correrme.

—Zorra, calla.

Y así me dejaba sin poder correrme, su orden no llegaba y me moría por llegar al orgasmo. Desató mis manos, me dio una caja envuelta con papel rojo. Lo desenvolví, era un collar con una cadena. ¿Iba a pasearme como una perrita? ¿O qué iba a hacer conmigo? Las ganas me embrujaron en el morbo.

—Quiero que bailes para mí, te encadenaré como una perra, pero quiero que te arrastres como una serpiente. Vas a suplicar que te folle, zorra —. Me susurró e imaginé su polla entrando.

Maldito, me enloquecía de ganas, aquellas que fueron las que me provocaron para poner tan dura su polla como una roca. Bailé con sensualidad, moviendo mis caderas en círculos. Bajé arrodillada, moví mi culo mientras bailaba encima de mi mano. Tiró de la cadena.

—No te he ordenado que toques tu coño. Ven quiero que te comas mis huevos. ¡Zorrita mala traviesa, provocadora! No te servirá tu coqueteo a la seducción, tu cuerpo me pertenece, no lo olvides, eres mía—mi mirada era desafiante mientras gateaba como una maldita zorra dirigida a lamer como una gatita en celo.

El muy cerdo iba a disfrutar cuando chupara su polla. Mi mirada cambió de rumbo, ahora le hablaban mis ganas de lamerlo. Pasé mi lengua por mis labios y a continuación la dirigí despacio por sus hinchados testículos, eso me anuncia que estaba cargadito de amor el muy cabrón y quería ahogarme con toda aquella leche que guardaba para mí. Pues no iba

a desperdiciar ninguna gota, toda bajaría caliente por mi garganta. Madurito travieso no sabía quién era Alma, iba a caer viciado a mi cuerpo y adicto a mi sexo.

—Pasea por mi polla, mi zorrita, saborea.

Era el momento, ahora yo llevaría el control. Empecé a lamer su pene de abajo arriba, mis labios pasearon presionando, babeando. Unas gotitas surgieron de su máxima excitación. Mi lengua limpió el hilo de semen. Sus ojos, perdidos en el placer, observaron cómo lamía de manera sensual. Fui metiendo poco a poco su polla mojada, resbalaba sola por mi boca cada vez más onda. Movía mi cabeza buscando la posición perfecta para que su dura verga entrara sin problema. Acomodé la posición, introduciéndola toda. Subí, bajé deprisa presionando con mi lengua, y con mi mano subía y bajaba rápido, con movimientos envolventes como si retorciera su miembro. Sus jadeos con altos decibelios incontrolables aparecieron.

—¡Ay, Dios!—gritó disfrutando en mi boca.

Mi boca no descansaba, estaba segura de que con la cuenta atrás de diez a cero Luis me regalaría su semen, porque así lo quería yo.

Mis babas se mezclaban con su incesante reguero de semen. Estaba a punto, y la saqué de mi boca.

—Córrete en mi boca, ahógame.

Desaté su furia. Empecé a contar: diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno y cero. El Big Bang se eclosionó en mi garganta, mis incesantes chupadas hicieron estallar a Luis. Después de tragar, lamí la punta de su polla recogiendo los últimos vestigios.

—Yo por otra mamada como esta, Alma, te dejo que seas mi ama. Te suplico, me encantas, me haría sumiso bajo tu capricho.

—Ha estado muy bien, pero de momento soy tu sumisa, mi señor. No me prive de ser dirigida bajo su perversión.

Alma se sentía desinhibida, quería más, mucho más, y no esperaba lo que sucedió. Luis se encendió un cigarrillo, dio un buen trago de vino y le entregó otro paquete que, intrigada, desenvolvió rápido. Abrió la caja y se encontró dentro una cola de zorra de color marrón y blanca.

—Ahora sí voy a ser una auténtica zorra, tu zorra—me reí sin poder evitarlo.

—Mi zorrита mala, ¿te hace mucha gracia? Ven, tu culo se va a teñir de color rosado de nuevo. ¿Quieres que meta mis dedos en tu coño? —Azotó fuerte dejándome sin respiración unos segundos, y dejándolo sin contestación.

—Así, no hables, solo jadea mi placer.

Metió sus dedos en mí, empezó a lamer mi culo, su lengua me daba latigazos de un enorme placer, sus dedos presionaban dentro de mi sexo, manchados por mi líquido que ya chorreaba por mis muslos. Cuando estaba al borde del orgasmo el muy cerdo paró, mi ano estaba abierto y lubricado por sus babas. Metió la cola de zorra.

—No habrás tenido zorra mejor—gimoteé.

—No lo dudo mi bella dama, disfruta de mi polla mientras mueves la cola.

Así hice, me follé su abultada verga, mis movimientos se volvieron locos. En mis ojos se vislumbraba el mismísimo fuego, prendidos de lujuria, e iba a provocar de nuevo su corrida, mi húmedo coño iba a tragarse toda tu polla.

Empecé a bailar encima suya, presionando con las paredes vaginales, estaba tan hinchada que la fricción dilataba aun más mi sexo, abriendo más mi ano. Me cogió de la cola.

—Mi zorra, córrete ahora.

Me folló el coño penetrando con el consolador a la vez. Me sentí en

una nube de placer. Exploté gracias a sus acometidas, mi orgasmo fue un trocito de cielo. Sacó la cola de zorra y sin dejarme bajar de la nube, agarró mis manos y me levantó para besarme y aprovechó para colocar mis manos en su dura verga.

—Mira, mi zorra, lo que siente mi polla por ti—susurró dejándome muy viciosa de su delicioso miembro. Me incitaba a lamer, quería saborear otra vez, pero maldito cerdo no me dejó.

—Arrodíllate—me emocioné, pero no me hizo gatear, cogió la cadena de mi cuello y me llevó hasta la cruz de San Andrés. Mi divertida atracción de atar la libertad de un cuerpo. Ató mis manos a cada lado y con mis pies hizo lo mismo.

—Voy a quitarte el collar, tengo otro regalo para ti.

—¿Y cómo esperas que lo abra? ¿Con la boca? —contesté divertida, pervertida y muy excitada.

—No traviesa, lo abriré por ti.

Así lo hizo, abrió un paquete que llevaba una mordaza. Me la ató metiendo la bola en mi boca. Después empezó con el juego, lamió mis ingles, pasó la lengua despacio, besó mis labios hinchados, y se entretuvo con mi clítoris. Mis caderas eran las únicas que se movían al compás del placer, y mis gritos eran silenciados por aquella bola roja. Deseaba tener mis manos libres para presionar su cabeza contra mi coño. Quería gritar: cabrón, chúpate todo. Pero mi excitación, bajo mi entrega a él, era muy elevada, me resultaba muy morboso permanecer atada a su capricho. Cuando iba directa a aterrizar en el orgasmo, su lengua se detuvo. Le hubiera gritado de todo.

— No Alma, estás muy zorrита, pero no te permito que te corras, aún no.

Paseó su verga por la entrada de mi sexo el cual la recibía dilatado.

Pero no, no entró. Bajó a lamer mis pezones mientras introducía dos dedos en mi excitado ano. Me estremecí de la locura de sensaciones. Me estaba costando resistirme, aquel maldito me ponía tan zorra que podía llegar al orgasmo en ese momento, aunque no tocase mi coño. Besó mi cuello y susurró: «Vas a dármela toda cuando mi lengua se vuelva incesante, desesperada por el revuelo de tu gusto en ella».

Aguanté desesperada. Seguí moviendo mis caderas y él siguió lamiendo al gusto y al placer, gimoteando. Se detuvo de nuevo, eso ya me estaba llevando al enfado, que tan cruel era conmigo. «¡Maldito perverso!». Me quitó la bola de la boca.

—Quiero que grites todo el placer que vas a sentir, pero aun no acabes, mi zorra—comentó mientras acariciaba mi sexo.

No pude evitarlo, acabé manchando su mano con mi orgasmo. Mis jadeos lo previnieron, pero él no paró. Me corrí.

—Traviesa Alma, ¿qué voy a hacer contigo? ansiosa desobediente.

—¿Cómo resistir? Es tu culpa, mi coño no te va a pedir disculpas—. Advertí divertida.

—Pero tu culo será quien lo sufra—contestó mirando a las fustas y látigos que tengo expuestas en una de las paredes.

—Siéntate en la silla, abre tus piernas—. Obediente, seguí el juego.

Se acercó saboreando mi sabor en sus dedos, luego se arrodilló y empezó a lamer de nuevo. Yo deseaba llegar otra vez al orgasmo y manchar su lengua, pero paró de nuevo.

—Quédate sentada, voy a coger una cosa.

Regresó a la habitación con un pequeño plato.

—Voy a correrme, luego beberás mi leche lamiendo en este plato. Tú observa, solo te permito que acaricies tus tetas, nada de tocar tu coño o ataré tus manos. ¿Entendiste, traviesa zorrita? ¿Entendiste?

—Sí, mi señor, mi amo pervertido—se me escapó una risa.

Empezó a masturbar su miembro sin apartar su mirada de mí, yo acariciaba mis pezones mostrándole mi cara de deseo. Su mano apretaba fuerte su polla, cada vez más rápido.

—Ven Alma, arrodíllate.

Se sentó al borde de la cama, me perdí entre sus piernas ansiosas por lamer, era mío, no me podía resistir a meter su polla en mi boca. Golpeó con ella mi cara, mis labios. Saqué mi lengua ansiosa y me azotó con ella.

—Zorra, coge el plato—. Agarró mi mano con el plato colocándolo bajo su verga.

Entre espasmos de placer y gemidos, derramó su semen. Fui decidida a lamer el plato, pero estiró de mi pelo retirando mi cabeza.

—No Alma, aún no.

Se levantó, me volvió a poner el collar, me paseó por la habitación, colocó el plato en el suelo, enfrente del espejo y me llevó hasta él. Me levantó, cogió mi barbilla mirándome frente al espejo.

—Mi zorra, trágala toda.

Empecé el festín, pero de pronto sentí un tirón en mi cuello que me obligaba a dejar de lamer y un fuerte azote con la fusta tiñó mi rostro de dolor, y mi trasero.

—Sigue, chupa—ordenó mientras acababa de lamerlo todo. Entonces sentí de nuevo un fuerte azote.

—Así, muy bien zorra, ahora vas a manchar mi cara con todas tus ganas, esas que tienes guardadas. Vamos levanta.

Me ató de nuevo a la cruz, paseó su lengua por mis caderas dirigiéndose a mi sexo.

—Córrete ahora, dámela toda.

No pronuncié palabra, solo mis gemidos daban voz a tanto placer.

Por puro sadismo me mantuvo atada a la cruz, los minutos me resultaron eternos, me sentía totalmente exhausta y desinhibida de gozo. Luis se sentó en el borde de la cama y se acarició despacio su dolorida verga.

—Esta zorrita está muy buena y es muy buena, dura de pelar— pensó en voz alta, con la cabeza agachada y sus ojos clavados en mi cuerpo.

Me propuse provocarlo, seducirle de la única manera que podía, con mi mirada más lasciva y mordiendo mis labios con sensualidad. Yo quería de nuevo, pero sabía que no iba a defraudarme. Se tumbó en la cama mirando al techo, descansando la fatiga, acariciando sus testículos sensibilizados por tanto sexo y tanta eyaculación. ¿Y qué hago si soy ninfómana e insaciable? pretendía dominar su mente con mis vicios descontrolados.

—Amo, no se duerma—. Me atreví a vacilar.

—¡Shhh! Calla desconsiderada o te dejaré así, hasta el amanecer.

♀♂

Luis no sabía cómo domar sus ganas y hacerla reventar de una vez por todas, hacer que se sintiera domada y sin ninguna posibilidad de dominarle, que en realidad era lo que tenía metido en su mente.

Dominarle y ganar la partida que se había propuesto, en eso no estaba dispuesto a ceder. Se incorporó despacio, rebuscando en su pantalón sacó su cinturón de cuero negro. Un cuero recio y que ofrecía unos buenos restallidos al usarlo como látigo. Se levantó y lo hizo sonar varias veces, la miraba fijamente a los ojos y cuando ella pretendía iniciar una palabra su gesto severo y conciso la desarmaba de inmediato. Tensó varias veces el cinturón cerca de su cuerpo haciendo que sacudiera la madera de la cruz y sintiera la potencia del impacto, con un sonido seco y contundente. Pretendía asustarla, dominar su miedo con su cambio de actitud.

—Alma, ahora vas a ver lo que es ser mi zorra—susurró acercándose a su mejilla, rozando su cara con su lengua. Le dibujó un círculo de baba que descendió por su cuello y sus pechos.

Al contrario de lo que suponía, no le azotó, sus ojos con sorpresa se preguntaban qué iba a hacer. Le pasó por el cuello el cinturón, lo ató apretando fuerte. Su cara de inmediato tomó color.

—Amo no, por favor— suplicó Alma divertida, aunque disimulaba muy bien el ligero temor que sentía con su mejor cara de deseo. Ciertamente era que sus ojos hablaban fuego.

—Calla y obedece en todo—ordenó.

Apretó más, dejó el largo rabo del cinturón restante caer entre sus pechos. La desató de la cruz, estaba notablemente temblando. Vio en sus ojos esa chispa de sádico que le estaba llenando de furor.

—Arrodíllate delante de mí, no digas nada, silencio, o pagarás tu osadía.

Estuvo quince minutos esperando, el silencio la acompañaba en la soledad de la alcoba.

Salió de la habitación y fue a buscar algo con lo que entretener a la fiera sexual que tenía arrodillada a su capricho. Volvió a sentarse en frente a ella, sin decir nada. Alma estaba expectante y sus ojos y su cara no de intentar descubrir qué tendría pensado hacer con ella, pero no dijo nada, ni un solo quejido, ni una sola palabra. Sus ansias de saber y su inquietud no pudo controlar que sus jugos llenaran sus muslos de humedad, llegando hasta sus rodillas y manchando ligeramente el suelo.

—Mira zorra como estas poniendo la alfombra—. Se pronunció en tono despectivo. —Tendrás tu castigo por derramar mi leche sin permiso, rebelde zorrita—prosiguió con semblante enfadado.

Alma pensó que se metía muy bien en el papel de cerdo dominante, no se

sentía asustada y le gustaba el juego. Le dio una caja, esta vez amarilla, la abrió impaciente. Sus ojos desmesuradamente abiertos parecían no entender para qué quería dos pelotas grandes de látex de unos ocho centímetros de diámetro y algo pesadas. «Sí fueran bolas chinas» pensó.

—Mételas en tu coño—habló autoritario. Eran pelotas de jugar para niños de látex, flexible.

—No podré Amo, esto es muy grande. ¿Y dos? Imposible—lo desafió mientras le sonreía.

—Mételas—gritó al tiempo que la fusta dibujaba una línea roja en su muslo izquierdo tras un ligero silbido y el chasquido del cuero estrellándose contra su piel.

Comenzó a intentarlo, pero no parecía atinar, así que Luis se ofreció a ayudarla resbalándola primero por los jugos de sus piernas. Se la acercó a su coño, restregó y osciló buscando separar sus labios y acercar el látex dentro de su vagina totalmente inundada de su licor. Apretó el látex deformándolo y dejando que el volumen se hiciera más pequeño para facilitar la introducción.

—Ahhh... —gimió de puro miedo y excitación.

—Shhh, relájate perrita—la tranquilizó. Mientras, sus dedos, metían toda la pelota dentro y la empujaba hacia su más íntimo interior.

Al entrar sus dedos, presionaron las bolas e hizo que se expandieran en sus entrañas y eso le supuso un tremendo estremecimiento y comenzó a temblar.

—¡Nooo, que no se te ocurra! —gritó mientras tiró de su cinturón. Eso provocó que él se desestabilizara y casi cayera delante suya.

Siguió. Introdujo la otra, esta segunda la llevó profundamente y la presión la estimuló en la zona próxima a las almohadillas del punto G. Volvió a hacerla estremecer, contrajo los brazos y el abdomen, impidiendo que el orgasmo la rompiera en el placer más gustoso. Quedó temblorosa y en estado

continuo pre orgásmico.

—No te permito correrte o verás cómo puedo ser de sádico llegado a este punto—. Advirtió totalmente convincente.

La vendó los ojos y volvió a poner la mordaza con la bola roja de caucho.

—Ahora pase lo que pase, no te permito correrte, recuerda.

Su temblor se hizo más patente, las piernas ya parecían no obedecerla y daba la sensación de que podría perder el equilibrio en cualquier momento. Sin cambiarla de posición se dispuso detrás de ella, abrió con ambas manos sus nalgas, miró su trasero, le resultaba perfecto, de un color ligeramente marrón, circular sin ningún defecto y unas ligeras estrías a su alrededor formando una especie de estrella. Sus ganas le pudieron y azotó con la mano los muslos varias veces. Esta vez no se quejó. En cambio, gimió de tal modo que se notaba que disfrutaba de esa sensación de estar domada por un hombre. Uno que nunca pensó que pudiera darle semejante placer. Algo que nunca pudo imaginar, le estaba sucediendo.

Tras una docena o más de azotes en los laterales de sus muslos, no pudo sujetar la excitación y su mano sacudió frenética su verga hinchada y húmeda. La metió entre sus muslos, mojándose de su caldo y haciendo más rápido aun su movimiento y su disfrute sin par. Su zorra le estaba dando mucho placer.

La volvió a abrir las nalgas, sus dedos volvieron a mojarle el ano, con su misma humedad dejada por su polla en sus manos. Metió dos bien adentro sin cuidado, haciéndole ver que no le importaba hacerle lo que le apeteciera. Sentía las pelotas como rozaban sus dedos tras la fina piel que separa el ano de la vagina. Se puso totalmente descontrolado y su miembro sin previo aviso, entró de golpe en su agujero. Creyó que esa cueva de viciosa nadie la había profanado, pero estaba muy equivocado.

Le asestó diez, veinte, pero perdió la cuenta de las embestidas salvajes,

y descontroladas. Le mordía los hombros salvajemente dejando las marcas de sus dientes por todos lados. Eran huellas profundas. Ella se retorció como un animal moribundo. Terminó cayendo de bruces sin poder sujetarse y él tras ella quedando empalado con su miembro dentro de su ano incrustada en sus entrañas. No podía parar y buscó el cinturón y tiró de su cuello a modo de rienda, arqueando su cuerpo hacia él, haciendo que la profanación fuera más profunda y placentera. Perdió la noción del tiempo y del placer. Despertó tendido encima de suya, aun clavado en su rigidez dentro de Alma. Se había desmayado en el más tremendo de sus orgasmos jamás sentidos.

—Gracias, mi Señor.



Diario de Alma

Y así es como Luis me ganó la partida, estaba dispuesta a mantener la paciencia bajo la orden y mandato de mi amo.

Profanó mi templo
con sus perversos deseos
dejándome desinhibida.
En mi vida sentí miedo
dolor y placer en el viaje
de un sexo diferente,
me desarmó su mirada furiosa
cuando gozaba de sus embestidas.

Quería llevarme al infierno penetrando fuerte en el orgasmo más

caliente que desbordaba mis ganas. El estar a punto de arder en el pecado de verter mi orgasmo en su incesante miembro y tener que contener mi cuerpo con mi mente fue interesante. No podía rendirme en la partida y me corrí, después de disfrutar lo suficiente de su dominación. Me llenaba de morbo ver como descargaba su furia mientras hundía su polla, muy onda apretando mis cachetes. El muy cerdo metió un dedo en mi culo, eso ya era demasiada provocación, no iba a ser tan buena Zorrita e iba a ser traviesa a sabiendas de esperar lo que vendría, su castigo. No importaba, lo iba a disfrutar.

HORNEADO
PASTELITO

Diario de Alma

Hace una semana salí de fiesta con las chicas y también vino el hermano de una de ellas, fuimos a cenar a mi restaurante preferido. Después de la cena empezó la música, hacía tiempo que no salía a bailar, la última vez fue cuando salí con Sofía, en ese mismo lugar. Mis caderas empezaron a contonearse al ritmo de la música, sin percatarme del movimiento me dejé llevar con la sensualidad que el momento merecía. De repente vi aquel chico moreno de ojos azules, que hacía dos días me había cruzado con una foto suya en una red social. Hubo un cruce de miradas, me encantó, me enamoró su mirada. Era aún más guapo que en las fotos, pasé de largo con las chicas apartando, a mi pesar, la mirada. Me dispuse a seguirlas. Empecé a bailar despreocupada, sabía que lo atraparía en un baile cuando nuestros cuerpos estuvieran a poca distancia. Es amigo del hermano de mi amiga, sabía que en cualquier momento la noche nos cruzaría.

Así fue, me acerqué sin vergüenza mientras miraba esos ojos azul cielo, donde pretendía subir, al cielo celestial de los orgasmos. Un contoneo de cintura bastó para que parase de baile y se presentara.

—Alma, un placer—el placer fue mío, mientras mis labios besaban sus mejillas tan cerquita de su boca apetecible.

El coqueteo llegó bajo la seducción de los dos. Me abalancé y lo besé. La continuación de su beso me dejaba temblando de excitación, me encantaba, hubiera desaparecido de allí con él. No se despegó de mí el resto de noche, lo tuve bien entretenido entre bailes, risas y besos. Nos dimos los números de teléfonos y un beso final dio por finalizada la noche.

Me sentía alegre, eufórica. Cuando vi su foto lo deseé, pero desear es simplemente soñar. La realidad me sorprendió una vez más, y agradecida lo

voy a disfrutar.

Me estuvo contando que trabaja de modelo, y no me extrañaba ya que es un niño de portada. Sí regresara a la época del instituto me decoraría mis carpetas con sus fotos. También me contó que trabajaba haciendo pasteles en el negocio familiar y me ha prometido invitarme a pastelitos. Eso estará bien para cuando derrita su sabor en mis labios. Me encanta ese moreno, queda perfecto en una escena de mi cama.

Propuse a Antonio quedar la semana pasada, para mi sorpresa ningún día podía, ninguno de los siete que tiene la semana, evidentemente eran excusas. Por eso quise salir de dudas y le mandé un mensaje impaciente.

En tus ojos océano peligroso
donde me quiero sumergir
a cuerpo desnudo sin importar
la marea del vaivén que venga después.
Si tú quieres lleguemos al éxtasis.

Oleaje de pasión nos arrastre
a las profundidades del placer.
Tu seductora sonrisa
el coqueteo perfecto para
despertar mis ganas por ti.

El anhelo me acompaña
desde que me crucé con tu mirada,
se fundieron nuestros labios.

Extraño tus caricias
que pasean libres en mi

incesante movimiento de caderas.

«Trae pastelitos bomboncito», le puse la dirección y la hora. Mi templo del placer iba a arder si Antonio no me dejaba compuesta y sin polvo.

Impaciente me senté a esperarlo, preparé café para acompañar los pasteles. Quería su cuerpo bien despierto, tanto como sus ganas. La escena estaba montada, llevaba toda la mañana desnudando a Antonio en imágenes, que caprichosa mi mente soñaba. El sabor de mi pastelito, eso sí iba ser una delicia de merienda. Que ganas tenía de pasar mi lengua por toda su polla, me sentía impaciente, pero me resulta tan atractivo que su mirada me descontrola los pensamientos más lascivos. Es inevitable, me seduce el dulzor de sus labios, me excita su lengua juguetona, creí que podría hacer maravillas con ella en mi sexo, desde el primer beso que le robé. La primera vez que nuestros labios se saborearon, que delicia. Me dejó temblando de entusiasmo y el de abajo, sonreía chorreando de la excitación.

Di luz al escenario del amor, encendí una luz roja con poca intensidad, también se reflejaban las velas con olor a vainilla y otras con perfume a canela. Preparé la cama con una sábana de seda negra, unos cojines grandes rojos acomodados como almohadas. Llené el jacuzzi, pensé que sería buena idea para calmar los nervios de mi pastelito.

Me propuse no asustarlo, quería seguir disfrutando de él, no me iba a conformar con una sola vez, me encanta. Le tenía preparado un ritual de excitación. Le iba a encantar, estaba segura de ello y todavía más con lo golosa que soy, ansiaba por saborearlo.

A la hora exacta que le indiqué en mi mensaje, el timbre sonó. Admito que estaba algo nerviosa. Estiré hacia abajo mi vestido negro, el cual elegí para atrapar su atención con mis caderas. Era ajustado, bien ceñido y con

cremallera detrás en la espalda. Los finos tacones de mis zapatos rojos marcaron el camino para abrir la puerta. Le mostré mi mejor sonrisa, esa que siempre se me escapa cuando miró sus carnosos labios.

—Hola Antonio—me acerqué y le besé, me perdí en su sabor mientras él apretó mi nalga fuerte, con ganas.

—Alma, tus pasteles, verás que buenos están, una delicia para el paladar—. Delicia iba ser él, estaba deseando derretirlo en mi boca.

Estuvimos hablando, me dijo que se pasaría un día por el centro a cortarse el pelo, mi mente pervertida lo imaginó en la camilla de masajes, y yo montada en su polla, ¡que morbo! Me estuvo también hablando de los proyectos que tiene en el mundo del modelaje, tiene un contrato entre manos con una importante firma. Se está preparando también para presentarse al certamen de mister Valencia.

—Creo que tú para mister Valencia no eres, ¡sino para mister universo! Ahí sí te veo—sonreí traviesa.

Se me escapó la poetisa que llevaba dentro y quería empezar a versar mi prosa más excitante. Sí, así lo hice, me puse a recitarle.

La marea de mi cuerpo
te traerá el baile más sensual
que estés dispuesto a contemplar
no te pierdas detalle
cuando mi vestido sea arrojado
desnudando tus sentidos.

¿Podrás evitar acercarte y acariciar?

Yo lo estaré deseando
pero espera y observa primero

cuando mi mano baja decidida
a mi caliente sexo.

Vamos a fundir tus ganas
con las mías, desafiemos
a que se presente la lujuria.
Que nuestras lenguas
provoquen el morbo
que nuestros cuerpos merecen.
Me mirabas con ojos de deseo,
mi mirada atrevida miraba tu
abultado miembro bajo tu pantalón.

—Alma, me la has puesto muy gorda, ¡malvada vampirilla! ¿Quieres chuparme la sangre? — Antonio, pícaro, agarró su verga.

—No Antonio, lo que quiero es, chupar tu polla, concentrar toda tu sangre ahí, para que te mueras del gusto. ¿Te parece bien??

—¿Bien? ¿Estás loca? Me parece perfecto, ¿me enseñas tu suite? ¿Qué te parece un jacuzzi? —me alegré al escuchar sus preguntas, había acertado con sus pensamientos.

Se puso detrás de mí mientras yo buscaba un disco para dar ambiente al placer. Retiró mi pelo a un lado y empezó a besar mi cuello, sus manos reposaban en mis caderas. Me hacía cosquillas, pero también me excitaba. Repasó mi cuello con sus labios que subían y bajaban dejando un reguero de besos, hasta que decidí dejar de buscar discos y puse directamente la radio en mi emisora preferida. Sabía que a Antonio le gustaría, y yo me moría por comenzar a besar sus labios otra vez.

El beso alteraba mi sentir, ¡Maldito! ¿Cómo lo hacía? Me encantaba.

Desabrochó mi sujetador, acarició mis senos, excitó mis pezones con su lengua. Se arrodilló, me quitó las bragas. Besó mis caderas, bajó a mis muslos y separó mis piernas con su mano y, perverso, se agachó a lamer mis ingles. Saboreó después mis labios, mi sexo moría por morir en su lengua, pero esta ni tan solo una vez se encontró con mi clítoris, eso me enfadaba a la vez que me calentaba mucho. No pretendía alterar su táctica y seguí su juego.

Iba a prender de fuego su cuerpo debajo del agua, erosión a la excitación, iba hacer perderse al deseo más lascivo provocado por sus ansías. Aparté su cabeza de entre mis piernas.

—Vamos al agua, impaciente vampirillo—. Disimulé mis ganas locas de que se comiera mi coño.

—Habrá que desnudarte antes, ¿me permites?

—¡Claro, ven!

Empecé a besar sus labios decidida a provocar su máxima erección, la quería muy dura cuando bajase su ropa interior. Para mi sorpresa Antonio llevaba su delicioso pastel tan solo cubierto por su pantalón. Lo miré a los ojos, que impacientes me miraban, en ellos se respiraba sus ganas. Besé sus testículos, se retorció en el placer que le daba mi lengua, cuando sensualmente se perdía en el sabor de su polla, decidida a alterar su cuerpo al volcán más delicioso. Sabía que estaba a punto de provocar su orgasmo, y no iba ser mala. Pobre Antonio, también deseaba saborear su semen. Y ahí fue cuando él me lo entregó todo; tantas eran sus ganas guardadas que casi me ahoga.

—¡Madre mía, mujer! Se me va a salir el alma por la boca del gusto.

—Respira, ¿te habrás quedado agustito? Tu polla, menuda fuente de semen, toda esa crema igual de rica que los pastelitos que trajiste.

—Y más que te voy a traer agradecido por tanto placer—palmeó mi

nalga divertido.

—Y tu polla la quiero muchas más veces también.

Me metí en el jacuzzi, Antonio se sentó enfrente, ahora la música era perfecta para relajar nuestro cuerpo y excitarnos de nuevo. El jazz daría melodía a mis versos improvisados, exclusivos para mi dulce Antonio.

—¿Te gusta la poesía? —miré sus ojos, mientras sentía el placer de las burbujas viajar por mi cuerpo excitado.

Había probado su crema, luego él iba a degustar el sabor de mi cuerpo bañado en chocolate, pero era momento de versar y de alterar su mente para levantar de nuevo su pene.

El deslizar de mi lengua

por tu piel me lleva

al pecado de la gula.

Lamí sin prisa cada

parte de tu cuerpo.

Quiero lamer de nuevo,

pero ahora todos los sitios

prohibidos, escondidos.

Ingenuo, no crees que el placer

también se siente ahí,

voy a lamer tus pezones,

luego bajaré a jugar con mis labios

posados en tus cargados,

estimulando tu perdición.

tendrás que esperar.

Voy a alterar todos los puntos

de tu sensibilidad
probemos el sentido
del gusto sobre mi cuerpo.

Antonio se deslizó atravesando las burbujas hasta llegar a mis labios, los besó mientras acariciaba mis pezones.

—Tus pezones me encantan, ¡no lo sabes tú bien! —susurró apretando fuerte uno de ellos mientras bajó su otra mano a acariciar mi sexo—. Vampirilla yo voy a beber de tu coño como buen vampiro juguetón, con devoción, insistente para que la lujuria te sorprenda derramando tu orgasmo en mi boca— con verso me contestó.

Sus labios se perdieron en los míos, yo absorbía toda la impaciencia que desprendía, su ansiosa lengua me lo decía. Me devoraba con unas ganas desbocadas.

—¿Qué te parece si salimos? Vamos a disfrutar de la sorpresa que te preparé.

—Sí, vamos, me muero de curiosidad, toda tú eres una mujer sorpresa.

—¡Que tonto! Va, sal tú primero que me deleite con ese culito apetecible que tienes.

Sus mejillas estaban tan rojas como sus nalgas, a causa del agua caliente, tanto como nuestros cuerpos lo estaban. Me quedé mirando su trasero, desgastándolo en mi mente. Su cuerpo es un pecado que me lleva a los pensamientos más lujuriosos. Me tumbé en la cama mientras él cambiaba la música, puso un disco de rock, me había salido duro mi pastelito, mis gemidos iban a resultarle más agradables de escuchar que las cuerdas de esa guitarra eléctrica que sonaba.

—Coge el chocolate.

—Qué bueno—se relamió mirando mi cuerpo.

—Sí, ese chocolate es una delicia.

—No me refería al chocolate, pero sí, voy a probar, tiene un olor de delicioso como tu sexo excitado, ¡mi vampirilla encantadora!

—Ven no te demores, chupa el chocolate y disfruta.

Empezó a comer chocolate metiendo su dedo en la fuente fondue, saboreaba y me miraba.

—¿Quieres probar? Mmm...

—Sí, dame de probar de tus labios.

Untó sus labios de chocolate, sin pretenderlo me entró la risa. Se acercó y me besó, lamí todo el chocolate, me empapé del sabor de sus labios. Divinos, sensuales, no derretirse ante ellos es imposible. Pasó su lengua por el borde de los míos limpiando el chocolate que aún los manchaba. Empezó a verter todo el chocolate, cubriendo mi cuerpo. Lamíó en el cuello, bajó a mis pechos con sus manos y apretó mis senos mientras su lengua, insistente, saboreó mis pezones. ¡Que manjar más exquisito! Siguió el recorrido, se detuvo en mi ombligo, lamíó despertando cosquillas hasta que bajó a lamer mi sexo. Ese punto era mi perdición, quería que lamiera todo, que volviera a untar unas docenas de veces. Se perdía en el sabor, me moría de excitación, sus labios acabaron manchados de la mezcla exquisita. Me miró y sus ojos mostraron sorpresa. Apuesto a que estaba complacido de desenlazar mi orgasmo tan rápido.

—¿Por qué me miras así? Yo también tenía muchas ganas, tantas como tú.

—Sí Alma, somos dos precoces, fugaces entre labios. Pero he descargado un poco el armamento, ahora te vas a entrar.

—¿Sí? ¿Crees que pediré clemencia ante tanto placer?

—Creo que te vas a estremecer en varios orgasmos seguidos encima de mi polla.

El sabor de mi pastelito, eso sí iba a ser una delicia de merienda. Yo quería que entrará toda, que sintiera mi sexo bullir, caliente. Se acercó a la ducha, detrás del cristal transparente me observaba acariciando despacio su miembro. Poniendo muy firme al comandante general, él iba a mandar en mi coño, era todo suyo, para un disfrute compartido.

—Además de los pasteles traje otro regalo— escuché, justo al apagar los grifos de la ducha.

La intriga me mataba quería saber qué era la sorpresa, apresurada fui a verlo. Una bonita caja se escondía en una grande bolsa. Unas cremas de alta gama de la marca Ritual del Placer.

—Mira Alma, son unas cremas que dejarán tu hermoso cuerpo relajado, hasta que luego llegue yo y meta mi polla calentita en tu coño.

—¡Malvado! Pues venga, imprégname con ellas, ¿a qué esperas? — dije muerta de la risa.

Calmó mi risa deslizando por mis pechos un aceite que desprendía un olor a eucaliptus, me dejaba una sensación relajante. Aunque mi sexo no podía relajarse sintiendo el paseo de sus manos por mi cuerpo. Se detuvo unos excitantes minutos, puso más aceite y deslizó de nuevo sus manos, ahora lo hacía por mis caderas, paró sus caricias posando fuerte las manos en mi cintura.

—Ponte contra la pared—me giré sin dudar.

Sus manos empezaron a bailar la cumbia de la pasión sobre mis nalgas. Acariciaba, amasaba y prendía mis ganas, subió sus manos a mis senos mientras besaba, mordía, y siguió el cauce desde mi espalda hasta mi cuello. Me derretí a sus caricias, a sus besos. Mi sexo hablaba el idioma del desespero, húmedo, candente y expectante de la manera de desbocar mi excitación. Pasó su mano abierta entremedias de mis pechos, acarició con sus dedos mis duros pezones. Subió su mano dejándola posada en mi cuello

y bajó la otra a mi sexo, presionó, acarició haciendo círculos mientras la otra apretaba y soltaba mi cuello.

—Que ganas de entrar en tu hermoso coño, mi puta.

Ansiaba por sentirlo y no lo dudé, me di la vuelta, me arrodillé y empecé a saborear sus testículos. Mi lengua juguetona viajaba libre, sensual, atrapando el despegue a la máxima excitación lamí su verga.

—¿Alma me vas a dejar hacerte el ritual con las cremas?

—Sí, claro, después de saborearte en un 69.

—Vampirilla, estoy deseando ese ritual de fluidos.

Seguí lamiendo hasta que cogió mis manos y me levantó, entonces besó mis labios acercándose hasta la cama.

—Ven, quiero la delicia de tu sabor cariño—susurró cerca de mi oído cuando se tumbó en la cama.

Me arrodillé dejando mi trasero reflejado en el amplio espejo, besé de nuevo sus carnosos labios, mi lengua en plena pelea con la suya, la sensualidad me arrojaba a la gula, bajé a lamer sus pezones y él empezó a acariciar mi sexo. Yo seguía besando, se estremecía y me encantaba, gemía y me ponía muy caliente. Bajé besando su cuerpo hasta encontrarme con mi señor comandante, tan acaparador de mi excitación. Metí poco a poco su miembro en mi boca, paseé con mi lengua y me subí a su boca, su lengua pasó despacio acariciando mi sexo. Empapé su verga aun más con mis babas, resbalaba en mi mano, se perdió en mi boca. Él se abrió paso dentro de mí con su lengua. Entraba y salía.

Cuando su lengua, ávida, no se detuvo en hacer movimientos en mi clítoris, me sentí a punto de desbordarme en un orgasmo, pero quise esperar porque deseaba que mi orgasmo provocara su clímax. Mi intención era proporcionarle un gozo explosivo, degustado por mi gula. Bajé a lamer sus testículos elevando mi trasero, dejando mi agujero justo a la altura de su

lengua, provocándolo y cayó en mi trampa pues no dudo en penetrarme.

Me miré en el reflejo del espejo como degustaba su sabor, ello me llevó a la lujuria, y empecé a acelerar el ritmo, introduciendo toda, bajaba y subía mi cabeza al compás que me follaba su boca.

Mi sexo latente explotó en puro placer mientras él viajaba en el gozo del orgasmo. Me lo entregó, lo vertió en mi boca y tragué hasta la última gota.

—Nunca experimente un 69 tan delicioso, tan acompasado de placer. ¡Ay, mi vampira! No la sacaría en todo el día de tu boca—sonreía con su verga aún muy dura.

—¿Sí? ¿Quieres que la vuelva a meter?

—¡Claro! ¿Qué pregunta es esa, preciosa? Pero me pierden las ganas de meterla ahora aún más caliente.

—¿Quieres meterla en mi coño caliente? —pregunté con picardía.

No pronunció palabra, se abalanzó sobre mi cuerpo y me besó, bajó a besar mis senos; apretó y saboreó. Mis caderas no paraban en movimiento, la quería dentro.

—Fóllame ya...

Aquellas palabras desataron a la fiera, todas sus ansias se concentraron en su polla. Se fue abriendo paso, gustosa. Me provocó espasmos en ese primer contacto. Su semblante me lo decía todo, pero sus gemidos llegaron a descontrolar aun más mi excitación. Me dejé llevar hasta culminar en un orgasmo, no puede controlarlo y tampoco quería.

—Más... así... no pares, voy a correrme en tu polla. Me encanta como me follas, me vuelves loca.

Pude sentir como lleguemos a la par al placer, desbordado en mi sexo.

Dulce caramelo, un volcán de nervios

hablaba tu cuerpo, controlaba el miedo.
Un paseo de mis besos relajando
tus sentidos explotando al fuego,
candente ya mi sexo vas entrando lento.

Tus ojos son pasión, tus labios
me empujan al desenfreno.
La quiero toda, empecemos, empuja.
Empuja a la lujuria que esto es pecado
tengo tantas ganas de saborear
tu primer orgasmo.

La gula me acompaña, éxtasis
en pleno infierno de mi sexo
acelera el ritmo como fiera desbocada,
vierto mi placer en la delicia de tu satisfacción
Impresionada de tu vicio, de mi devoción.

Cuando llegué a mi apartamento recibí un mensaje de Armando, hacía tiempo que no hablábamos.

Yo quisiera luna llena,
que me aconsejeras de ella
Si este amor es loco que me encierren
con sus besos, me encadenó a la aventura
de sumergirme en deseos prohibidos,
que me condenen por someterme a su capricho.

Déjame una vez más ser testigo de la belleza
de tu desnudez, de tu alma, de tu cuerpo
exuberante provocador de mi enloquecer.
Deliciosa la miel de tus labios elíxir que emana
cuando se deslizan sin pausa
sucumbe en el interior de mis sentimientos
acabemos arrojados a un amor que destáquese lujuria en las noches más
cálidas.

Mi sexo aún palpitaba al atrevido recuerdo que pasaba por mi mente referente a Antonio, me volvía a sentir muy excitada y al leer su mensaje, pensé que no podía haber llegado en un momento menos oportuno puesto que aun me sentía muy viciosa. No dudé en buscar su número una vez que me metí en la ducha, me senté en el escalón, abrí mis piernas y empecé a masturbarme a la vez que buscaba su número y lo llamé.

—Hola mi niña, ¿cómo estás?

—¿Cómo voy a estar? Impaciente, tocando mi sexo, deseando escucharte.

—¿Sí? ¿Estás desnudita? Voy a comerte enterita. Siente mi lengua que avariciosa te lleva al pecado desbordado de tu imaginación. Me encantan así tus pezones tan duros.

—Sí, estoy muy caliente, ven, fóllame.

Me estremecía en mi oído, reconocía esa respiración agitada, estaba acariciando su verga con movimientos rápidos.

Nunca lo habíamos hecho con videollamada, ardía por ver cómo su polla estaba de hinchada al pensar en mí, y necesitaba que viera mi cara de gozo, me daba mucho morbo. Colgué la llamada e hice videollamada. Su miembro apareció en primer plano, que rica, como deseaba tenerla entrando en mi coño. Centré la cámara para que viera mi cara de excitación,

acariciaba mis pezones y los pellizqué mientras metí dos dedos en la profunda humedad de mi sexo. Él aceleró el ritmo, escuchaba el roce de su mano deslizándose por las babas que cubrían su falo.

—Así, mi puta, dame tu leche ahora, nota como rozó en el agujero de tu culo.

Saqué mis dedos, los metí en mi boca y los chupé mirando fijamente sus ojos. Luego me puse de rodillas mostrando mi trasero, acaricié, introduje un dedo en mi ano y con la otra mano acaricié mi clítoris. Cuando estaba a punto de correrme gire mi cabeza hacia atrás.

—Córrete ahora, dámela toda, tu semen en mi coño... ahora, así, dámela—imaginé su polla muy gorda en mi hinchado y caliente coño.

—Tu coño hermoso me lo chupa todo, que rico, me corro, mi puta.

—Me corro... — me vacié en mi mano mientras metía dos dedos en mi culo.

Soñé que su lengua chupaba mi coño y metía sus dedos en mi culo. Tremenda sensación de volar en lo alto del orgasmo, latigazo de placer.

—Me desarmas con la manera de que exaltas mi cuerpo, es tan fácil imaginarte a mi lado, me encanta como tocas mi punto G mediante tu voz.

—Claro, mi voz te acompaña en todo momento para el disfrute, tus gemidos me provocan espasmos, sé que voy a robar tu orgasmo con mis susurros de nuevo, quedará mi cara manchada de mucha leche que tenías guardada, mi puta.

—Sí, fabulosa corrida. ¡Madre mía! Todavía me tiembla el clítoris.

—Baja tu mano, acarícialo, nota como rozó mi polla en tu coño. Quiero follarte otra vez—. Así es Armando, no tiene fin.

Quería robar otro orgasmo y estaba muy caliente y dispuesta. Iba a correrme de nuevo mientras él me miraba.

—Ha estado muy bien, cómo lo echaba de menos. Me encanta soñarte

y ver como masturbas tu polla tan dura, me llena de gula, ¿quieres que te la chupe otra vez? —bromeé.

—Más, quiero darte toda mi lechita mi putita.

—¡Va, calla, me lías! Shhh—puse mi dedo en mis labios para silenciarlo.

Cuando colgué la videollamada, comprobé que tenía un mensaje de Antonio.

Alma me ha encantado estar contigo, quería confesarte que no había tenido antes relaciones plenas con ninguna mujer y no podía haber sido mejor mi primera experiencia. Espero poder volverte a ver.

No imaginé a estas alturas de mi vida toparme con una verga virgen.

MI SEXY
VECINO

Diario de Alma

Me gusta salir a tender la ropa interior en el patio de luces, sobre todo la más sexy, lencería con un sutil encaje de diferentes colores y transparencias. Con todas esas prendas quería llamar la atención de mi vecino el buenorro Joel, provocar su tentación de imaginarme con ello puesto. Su apartamento dispone de un patio interior al ser planta baja. Atrevida, tiré un bodi negro de encaje, esperé a que se diera cuenta y subiera a devolvérmelo, pero el día pasó y la semana. No me rendí e insistí cada día con una nueva prenda, que curiosamente él guardaba. Mis locas ideas me llevaban a pensar en tirarle un consolador, exactamente mi corsario negro para que se diera por aludido. Tuve una idea mejor, le mandé una carta que pasé por debajo de su puerta proponiéndole una cita y como excusa para que me devolviera mi fondo de armario más íntimo.

Últimamente utilizo las escaleras para subir a mi apartamento con un propósito, me detengo justo enfrente de su puerta y me subo las medias para provocarlo, algo me dice que está observando por la mirilla.

En la nota decía: “Mis prendas cayeron a tu patio con la torpeza de mis manos y de mi descaro, de esa manera fueron lanzadas a las tuyas. Te propongo un trato, permítame una cita a ciegas, si no adivinaste de quién es la lencería arrojada a tu terraza. Te invito a una cena, apuesto a que sabes jugar al póquer, montemos una tunda, juguemos a un póquer diferente. Recuperar mis prendas me será sencillo, si haces trampas podían dejarte desnudo. Pero podría complicarse la historia y perder yo, eso sería catastrófico; desnudar mi cuerpo y provocar que arda la pasión. ¿Estás dispuesto a sufrir el riesgo?”



Le puso la dirección de su habitación 69, pretendía llevarse con estrategias a su sexy vecino al infierno de la perversión, donde ella era la reina en cazar orgasmos. Quería el sabor de su cuerpo al disfrute de su lengua, empujarlo al desespero de la unión de sus sexos.



Cuando llegué a mi casa, en el buzón encontré una carta de Javier. Decidí guardarla, más tarde tendría tiempo de leerla, no era el momento puesto que estaba nerviosa a la espera de saber si Joel vendría a la cita.

Preparé el catering que pedí para la cena, degustaremos una cena afrodisíaca. Serví unas copas con un vino de reserva, exquisito para la velada. Me vestí con mis mejores galas: zapatos de alto tacón y un vestido que ceñirá mis curvas. Mi intención era que cayera mareado de la excitación al abrir la puerta.

Cuando sonó el timbre de la puerta empezó a latir mi corazón muy rápido, suspiré, cerré mis ojos, lo imaginé al otro lado de la puerta, era mi sexy vecino. Sentí un escalofrío de excitación, mi sexo se puso contento, sonreía húmedo. Me relajé, pues sabía que iba a disfrutar. Después abrí la puerta, me encontré con Joel vestido con unos tejanos azules claros, con una americana azul marino y para mi sorpresa sin camiseta, el torso al descubierto, presumiendo de músculos, mi mirada quedó inevitable y persistente. Era un bombón de hombre.

*—Hola vecina, aquí traigo algo que perdiste, dispuesto a devolvértelo
—me saludo con dos besos.*

Se escuchaba música latina que a conocimiento de su gusto musical la puse. Desde mi apartamento suelo oír como pone la música a alto volumen.

Creo que es stripper y me lo imagino ensayando sus números sensuales.

—Adelante, fetichista de ropa interior— sonreí y me miró a los ojos fijamente.

Conforme entró, su mirada recorrió mi cuerpo, mis pezones prominentes captaron su atención. Se acercó a mi cuello, olió mi perfume.

—¿Te gusta la música latina?? ¿Me concederás un baile, cuando recuperes tu ropa y yo quedé desnudo?—susurró en mi oído.

Que ganas me entraron de besarle, pero me dije: «Alma, paciencia, resiste». Pero él no resistió, conforme me di la vuelta tras cerrar la puerta me levantó de las nalgas. Me besó, su lengua empezó a luchar con la mía en un volcán de pasión. Desprendía tanta sensualidad al besar mis labios que me volví loca.

Cuando consiguió separar sus labios de los míos, que yo saboreaba con fervor, me susurró: «Querida vecina, imaginé tu ropa tan íntima sobre tu cuerpo desnudo, me atreví a traerte un regalo».

—¿Un regalo? No demores la sorpresa que soy muy curiosa y ansío por descubrir qué es.

—Ven, chiquita y abre tu regalo.

Me encantó su regalo, un sexy conjunto de lencería fina, un culote negro de seda con encaje, acompañado de un sujetador de transparencias y un conjunto de ligeros con lazos de seda y unas medias negras. Cuando pensé que era eso su regalo me sorprendió con una cajita que guardaba un bonito colgante para el cuello de esmeraldas y unos pendientes a juego.

—Póntelo, quiero admirar tu belleza, y después te daré mi última sorpresa. Ganaré la partida, esta noche y serás mi putita, amor—me advirtió, la noche se me antojaba divertida y prendida de excitación.

—Vamos, que no se enfríe la cena que bien quedó en su punto y quiero llegar al postre, devorarte entre nata y fresas.

Cuando dijo lo de las fresas y la nata, involuntariamente recordé a Sofía y a aquel hombre casi desnudo devorado por nuestras lenguas.

—Vayamos directos al placer de nuestro sabor— le sugerí con cierta impaciencia.

Vertí vino sobre su cuerpo desnudo, volqué la botella derramando desde su cuello, bajando tras su espalda, luego deslicé también por su torso que resbaló hasta llegar a su verga que se presentaba muy dura. Me arrodillé y mojé sus testículos, empecé a chuparlos con desespero.

—Túmbate en el suelo, quiero saborearte, limpiar con mi lengua todo el vino.

No dejé recorrido sin degustar, cuando acabé me tumbé a su lado, mis labios se perdieron en los suyos, con sus dedos apretaba mis duros pezones.

—Fóllame, demuéstrame tus ganas—miré sus ojos a sus ojos.

Quería que llevara mi cuerpo al precipicio del desquicio. Su lengua se entretuvo en mis pezones, me desarmaba del gusto, me encantaba.

—Ama mi cuerpo, acabemos presos del placer, penetra bien que estoy esperando la llegada, voy a correrme en tu polla.

Nuestros cuerpos resbalaban al dulce pegajoso sabor, la mezcla de la nata y el alcohol del viejo delicioso vino sobre su piel. El aroma embriaga el lugar, donde se respiraba lujuria y se bailaba al homenaje del ritmo más lascivo de nuestra imaginación.

—No te detengas, ahora roza tu polla, azota mi nalga, ábrelas a tu disposición—me arrodillé elevando mi trasero a su disfrute, lo esperaba ansiosa.

—Sí, mi puta, ¿notas lo dura que me la has puesto? Voy a follarte, vas a correrme. Estás muy caliente, siente como entra.

Me agarró del pelo levantando mi cabeza, penetró con fuerza, me desplomé en el gusto de sentir su influencia, sentía su polla, la fricción me

llevaba al éxtasis, tan dura y tan honda. Apreté con mi mano su pierna presionando hacia mí.

—Quiero toda dentro, no te muevas voy a follarme la polla.

Me senté encima de su verga de espaldas, él agarró mis tetas, yo bajé hasta tenerla toda dentro. Moví mi trasero con movimientos circulares, bajando y subiendo, chocando mi coño contra sus testículos. Su mano acaricia mi clítoris. Me inclinó hacia abajo, me dominaba subida en el placer de su furia. Calmó sus ansias penetrando fuerte, derramé en su verga mi orgasmo. Cogió mi pelo y besó mi cuello.

—¿Te gustó puta? Túmbate—susurró, quedé reposada en la cama.

Su impaciencia por seguir hizo que abriera mis piernas, besó mis pezones y los mordió, un halo de excitación se coló entre su boca al besarme. Una palpitación justo en mi sexo húmedo siguió lamiendo con gula, su mano se apoderó de mi nalga levantando mi trasero, metiendo dos dedos en mi excitado deseo. Disfrutaba lamiendo, le entregué mi orgasmo en sus labios.

Besé sus labios y después bajé con ligereza, arrodillé mis piernas clavando las rodillas en el suelo. Apretó con su mano su verga, me acerqué y la frotó por mi boca. Después la metió dentro, la volvió a sacar, me cogió de la barbilla y golpeó esta vez mi lengua, hasta que succioné perdiéndola en mi garganta. Derramó su semen, me encantó sentir caliente mi coño y mi garganta.

—En tu cara se reflejó mucho gozo—dije mientras me relamía los labios.

—Mi putita como me dejaste, me encantó. Vamos a la ducha a refrescar estas ganas insaciables para después cenar.

Dejamos el agua correr sobre nuestras cabezas, bañando nuestra piel enjabonada a manos caprichosas. Un cruce de miradas por nuestros cuerpos

nos aproximaba a un beso. Mi sexo palpitó de nuevo al notar su verga rozarme. Una provocación, su lengua se enreda saboreando mi excitación. Nuestras manos se cruzan abandonando nuestras nalgas, ellas presionaban su miembro poniéndolo en la entrada de mi infernal sexo. Caliente su verga se desliza por completo adentro, el sonido del agua acompañaba a mis gemidos.

—Tu polla es tan insaciable como mi coño—susurré en su oído.

—Lo sé mi puta, disfruta, goza con mi dura polla.

Tenía el cuerpo tan caliente que tuve que apagar el grifo, no soportaba que el agua corriera por mi espalda. Me llevó a la pared de la ducha, sacó su miembro y me arrodilló. La metí en mi boca y él acarició mis pezones. Había pasado unos diez minutos cuando me sugirió algo en lo que no pude negarme.

—Siéntate y abre las piernas, puta. Quiero volver a comerte—. Obedecí complacida.

—Me encanta dejarte mi sabor en los labios, ya que luego querrás volver a buscar más.

Me perdí en el sentir de sus besos, bien sabía Joel que pronto caería desplomada de gusto.

—Devórame así, sigue lamiendo al gusto de mi placer—mis caderas bailaban con erotismo llegando al orgasmo.

—Córrete, mi puta—. Obedecí y me estremecí en su lengua.

—Que mareo de excitación, me mataste de placer—dije mientras él sonreía satisfecho.

Nos vestimos, me puse mi vestido negro y subió mi cremallera mientras besaba mi cuello.

—No te pongas ropa interior, facilítame el camino a mi coñito.

Al pronunciar aquellas palabras me subió un escalofrío caliente por el

cuerpo que se centró en el medio de mis piernas.

—Si sigues provocándome tendré, que quitarme el vestido y volver a follarte ahora mismo—le advertí.

—Déjame cenar, he de reponer fuerzas.

—¡Estaba tan cómoda desnuda!

—Y volverás a estarlo cuando acabemos de cenar y rompa esa cremallera de tu vestido para que caiga a tus pies.

—Come, que empieza a subir mi excitación y soy capaz de romper yo misma la cremallera.

No aparté la mirada, observé cómo devoraba la comida con las mismas ansias que lo hacía con mi coño. Bebí un sorbo de vino, de ese mismo que disfruté del sabor de su cuerpo.

Cuando acabó, retiró la silla hacia atrás, bajó su pantalón liberando la verga, volvió a sentarse y abrió sus piernas para acariciarse. Celosa del gusto que él sentía, bajé mis bragas y empecé a tocar mi coño excitado, exaltado a su provocación. Abrí bien mis piernas para que pudiera comprobar mi excitación y mis ganas de correrme. Se levantó y agarró de mi pelo, me besó mientras mis dedos se perdieron en la humedad de mi sexo. Necesitaba su lengua perdida entre mis piernas, pero su tardanza me invitaba a que sintiera también ganas de lamer su pene tan hinchado. En un abrir y cerrar de ojos, su polla gustosa se encontró en la profundidad de mi sexo. Me había sentado en el borde de la cama y él hizo que quedara tumbada. En ese momento eran mis propios dedos los que agarraban con furia mi cabello por el placer tan exquisito que sus embestidas me provocaban. Y mi deseo era correrme, entregarme a Joel, embestida tras embestida.

—Siente mi coño caliente, estoy a punto de correrme.

—Córrete, mi puta.

Cuando llegué al orgasmo me levantó en volandas y me subió a la mesa, mis piernas fueron prisioneras de su cintura. Luego cogió de ellas elevando para que mis tobillos reposaran en sus hombros. Miraba como su polla iba entrando en mi coño, lenta, haciéndose paso gustosamente. Puso su mano en mi cuello, la metió profunda, apretaba mi garganta al ritmo que golpeaba de placer mi sexo. Me rendí, me desplomé exhausta mientras Joel me miraba a los ojos. Él también jadeó y me entregó su orgasmo.

Me bajó de la mesa y se arrodilló, mis piernas aun temblaban, comenzó a lamer mi sexo. Una locura de sensación invadió mi cuerpo, el sabor de placeres mezclados en su lengua, me entregué de nuevos al orgasmo.

—Perdí la cuenta de cuántos orgasmos me regalaste.

—Tendrás que volver a contar dos más. Ven y arrodíllate en el suelo, vamos a sumar placer.

Hice caso omiso a lo que me dijo, me tumbé en la mesa bocarriba, dejé a mi cabeza caer en el borde de la mesa.

—Ven, fóllame la boca.

Menuda noche pasé, la tunda de póker quedó suspendida por una buena partida de placer. Cuando me desperté se había marchado, perezosa me reñí a mí misma, me hubiera gustado saborear otra vez su cuerpo con un dulce desayuno. Pero soy tan perezosa como de insaciable. Para mi sorpresa me llegó un mensaje suyo justo en ese momento.

“Mi niña, me marché a arreglar unos asuntos de bancos, yo también quedé con ganas de saborear tu lascivo cuerpo otra vez. Mi insaciable Alma, desbordado quedé de placer. Te espero en las escaleras, te esperará una sorpresa. A las dos, no me hagas esperar, abandona tu pereza que solo tienes treinta minutos para llegar”.

A eso le llamo compenetración de conexión, menudo brujo que desenmascara mis pensamientos. Apresurada, calenté el café mientras contesté a su mensaje.

“Mi querido brujo, una ducha rápida me separa de nuestro encuentro furtivo, bajo las escaleras sin bragas, te espero”.

Puse muchos emoticonos de una lengua y lo envié, una sonrisa maliciosa se dibujó en mis labios. Estaba siendo un juego muy divertido, lo llamé: placer a domicilio.

A las dos en punto llegué a mi cita, sin bragas y con cara de sorpresa al ver un enorme oso de peluche junto con una caja de bombones y una carta. Estaba impaciente por leerla, pensé que era divertido, me preguntaba; ¿qué mensaje contendría su carta? ¿Una nueva cita tal vez? ¿O una carta de amor?

Rápidamente subí a mi apartamento cargada con sus regalos, me pareció tan tierno el oso de peluche que nunca me habían regalado uno y siempre me gustaron. Abrí la caja de bombones, saqué la carta del sobre y comencé a leer.

“Bonita Alma,

Espero que me disculpes, no me atreví a confesarte mi partida, tampoco me gustan las despedidas. Me marché de regreso a mi país, a Argentina, por una larga temporada. Ha Sido increíble conocerte en la intimidad de tu habitación, no podría haber tenido despedida mejor, eres

un amor y una insaciable como yo. Me acompaña la pena de tan solo haber podido disfrutar una noche contigo, me llevo la dulce miel en mis labios de tu sabor. Guardaré cada imagen de anoche en mi recuerdo, cada parte de tu cuerpo. Tu sonrisa alegre la escucharé en los ecos de mi memoria, no tengo duda de que te extrañaré. Tenemos pendiente una partida de póker a mi regreso para dejarte desnuda y devorarte otra vez. Te dejo mi número de Teléfono, me gustaría seguir manteniendo contacto contigo, mi bebé”.

Menudo fastidio me provocó su marcha, pero recordé la carta guardada de Javier y me dispuse a leerla.

MI ALMA TIEMBLA

Mi corazón está lleno de escarcha,
no dejó de creer
que eres la única mujer
que, a mí, solo a mí,
me ha hecho enloquecer.

Yo soy un corsario, un espadachín,
un mosquetero con coleta
jamás fui tu adversario,
y me juego todo tu amor
en aquella ruleta,
y si tú te vas

arrancadme el corazón
y tirarlo en aquella cuneta.

Pero dame una oportunidad,
solo una, y ten piedad,
mi corazón lleno de
explosivos y metralleta
y un francotirador,
que no deja de apuntar.

Pd: Te amo Alma



DELICIA
SABROSA

Esta noche he quedado con las chicas para ir a clase de salsa, tengo ganas de volver a ver ese culito prieto de Daniel, es el nuevo profesor, me hace bailar y sentir el ritmo de la música a la misma marcha que acelera mi excitación. A pesar de solo haberlo visto una vez, su recuerdo persistente me pone muy caliente. Quisiera bailar encima de mi cama al compás de los orgasmos. Esta noche voy a sacar mis armas de seducción, quiero atraparlo con el contoneo sensual de mis caderas, hipnotizarlo con la mirada y captar toda su atención. Me muero de ganas por admirar ese bomboncito de chocolate en pleno momento de su erección. No podría contener mis ganas de lamer dedicando tiempo a saborear su enorme falo, impregnando mi lengua con esas primeras gotas de excitación.

Llegamos a la sala de baile y con cierta impaciencia mis ojos lo buscaban, pero no lo encontraba. Aparecieron mis nervios, dudaba si vendría o tal vez solo ese día vino a cubrir la baja de la profesora que acostumbraba a dar las clases. Me dispuse a pedir unos chupitos al camarero, sus ojos verdes entorpecieron mi habla, podía perderme en el infinito de sus ojos tan transparentes. Bajé de la nube y aterricé al notar que alguien me cogió por la cintura. Unas fuertes manos, pero delicadas, se posaban acariciando mis caderas.

—Hola me alegro de verte Alma, hace tiempo que no veo ese contoneo sensual que tanto me provoca—. Me susurró en el lóbulo de mi oreja, dejándome sin respiración.

—Cuatro chupitos de whisky—dije al bombón de chocolate blanco.

«Me alegro también de poder perder mi mirada detrás de ese tremendo trasero que tienes» me atreví a pensar, pero por vergüenza silencié mi respuesta. Le coqueteé con la mirada y le sugerí brindar, bebí el whisky y calentó mi garganta tanto como Daniel calentó mi sexo con el susurro. No

había visto nunca un mulato tan guapo como él. Me enamora el tono de color de su suave piel, esos brazos musculosos, y ese culito respingón que a gusto apreté con toda intención.

La clase empezó, sentí el ritmo de mis caderas, sus manos enlazadas con las mías, me cautivó con la sensualidad arrebatadora del contoneo de su cuerpo, sensual, ardiente. Fue agradable la sensación cuando sus manos acariciaron despacio mi cintura. El ritmo de la música cambió, la cumbia acercaba nuestros cuerpos a mera provocación, alertando mi deseo y presioné su trasero. Su sonrisa divertida se encontró con mis ojos, coqueteaban al compás de mis labios, cerca de su cuello. Mi vergüenza se evaporó y susurré con intención.

—Profesor, ¿así todo tan duro?

—Tengo una vara bien dura, no desconcentres mi trabajo o deberé castigarte por tu impaciencia.

Pues ahí me dejaba perpleja, ¿qué narices significaba esa respuesta.? Entre el mareo de los cubatas ingeridos, las vueltas del baile y el temblor de mis piernas intranquilas que acompañaban al vaivén de mis caderas, no estaba en condiciones de acertijos. Decidida y desvergonzada, le advertí;

—No hablemos de varas, no quieras castigarme por no saber controlar tu excitación. Si me lo propongo tu polla puede sufrir las consecuencias, hincharse mucho, ponerse bien dura, ¡ves y luego disimula!

—. Se acercó, me dio un pequeño mordisco en el cuello.

—La que no va a disimular vas a ser tú, cuando tenga mi lengua saboreando ese hermoso coño—. Ya nos entendíamos, hablaban nuestros cuerpos y fantaseamos a la par.

Aguardé en la puerta, a la espera de que saliera cuando terminó la clase, me moría de ganas por desnudarlo en mi cama y admirar la belleza de un bombón con encanto. Que delicia fue pasar mi lengua por todas las

partes de su cuerpo, hasta llegar a saborear el dulce licor en su orgasmo. Delicia brasileña al notar lo que tienen entre sus piernas, comprobado que no es un mito lo que cuentan, tremenda anaconda disimula bajo su pantalón. Al salir me besó sin importarle que estuviéramos en la puerta de su trabajo.

—Disculpa mi atrevimiento, pero tú me incitaste a ello.

Sin pronunciar palabra acerqué de nuevo mis labios con los suyos y volví a perder mi lengua dentro, peleando con la suya, mi sexo excitado y su miembro asombroso se saludaban al roce del acercamiento de nuestras caderas. Perdí la noción del tiempo entre sus labios, debieron de pasar quince minutos mientras nos besábamos. Menudo espectáculo para los transeúntes que debieron de pasar, pues a ciegas nos besábamos, poco nos importaba.

Una vez subidos en su Hammer indiqué el recorrido para llegar a mi casa, su mirada se perdía en la carretera, y yo entretenida lo miraba.

—¿Te quedaste con ganas de verla cuando notaste mi excitación? —. Preguntó. ¡Pues claro! ¿Qué pregunta era esa? quería medirla así a ojo y a boca.

—Te confirmo lo que notaste en mi mirada, la impaciencia podría llevarme a una locura sabrosa.

Sin apartar la mirada de la carretera bajó la cremallera del pantalón y liberó su verga, no pude evitarlo y bajé mi cabeza, saqué mi lengua y paseé. A tan solo algunos minutos arrepentida por mi impaciencia paré, podría causar un accidente al descontrol de la excitación. Yo misma me dejé con la miel en los labios.

—¡Bailemos en la playa, Alma!

—¿Estás loco? Con el frío que hace en el mar, mejor en mi alcoba con las llamas de la chimenea caldeando nuestros cuerpos, al gusto de un buen vino, uno de esos que se reserva para las ocasiones especiales. Bailemos,

bebamos que la noche no pare—. Canté divertida.

—Me gusta tu ofrecimiento, ¡bailemos desnudos también!

Entre risas y bromas nos dirigimos a mi casa. Me entretuve también en pensar cómo podría sorprender a mi nueva conquista, con qué prenda de ropa sexy vestirme. Y después de estar un rato pensando di con el mejor, iba a parecer una felina y mi negrito iba a quedar impactado al ver mi cuerpo ceñido bajo el cuero.

Salí por la puerta del aseo enfundada en mi traje y muy excitada, me puse unos botines altos y fino tacón. Bajé la cremallera hasta el ombligo dejando a la vista mis dos montañas, cubriendo mis pezones con lencería de transparencias. Daniel estaba tumbado bocabajo en la cama, me dejó embrujada al verlo desnudo, solo la tira de su tanga blanco destacaba en ese tremendo trasero de piel tostada, un culo Ferrero. No pude resistir, me acerqué con sigilo puesto que no se percató de que estaba en la habitación, tal vez el cansancio y mi tardanza habían hecho que quedase dormido. Acerqué mis labios a su nalga, succioné besando, levantó su cabeza de la cama y me miró.

—Linda, me quedé dormido—dijo, yo acerqué de nuevo mi boca a su nalga y mordí.

—¿Quieres que te despierte a mordiscos? —le propuse divertida y luego azoté su nalga.

—Se me ocurre de otra forma mejor. ¿Y si te desnudo y me concedes un baile como acordamos?

—Tentadora tu propuesta, ¿qué tal después?

Retiré la fina tela del tanga, perdí mi lengua a su gusto, se estremeció, tal vez no se lo esperaba. Perversa provocación la suya al esperarme así, no pude evitar la tentación de probar su trasero respingón. Por supuesto no puso impedimento, me facilitó el camino quitándose el tanga y arrodillando

sus piernas, curvando su espalda. Puso su mano en mi cabeza presionando, preso en la lujuria, se presentaba su excitación dilatada. Metí mi lengua, acaricié mi sexo en busca de mi orgasmo, no me iba a resultar difícil llegar, yo también caí en la lujuria de ver como disfrutaba del placer que le daba, acaricié cada vez más deprisa y seguí lamiendo al desespero. Él movía sus caderas al ritmo de mi orgasmo, sin parar de saborear, pecando de gula. ¡Que placer del pecado! ¡Menudo orgasmo derramé en mi mano! Daniel me desnudó y bajó su cabeza sin demora a mi sexo a lamer mi satisfacción.

Una vez terminó con el festín, se tumbó, su miembro estaba muy hinchado y yo me quería correr en su lengua. Bajé mi cabeza, lamí, puse mi sexo a la altura de su boca. Cuando sentí su lengua, un cosquilleo de sensaciones me provocó a meterlo profundo, bien calentito en mi boca. Él lamía, yo tragaba su orgasmo mientras derramaba el mío en sus labios.

—Que buena compenetración, esto es el buen placer—le dije divertida con mi mano presionando mi sexo, calmando el temblor.

Daniel estaba de pie cambiando la música del reproductor y me miró con sonrisa maliciosa.

—Que no haya demora, aquí mandas tú, déjame que me pierda en tu deseoso sexo, quiero que mueras de gusto en mi polla, amor.

—Que no haya descanso de placer, estoy de acuerdo contigo.

Abrí mis piernas, mi mano se movía abriendo mi sexo bajo su mirada perversa. Se abalanzó sobre mi cuerpo, empezó a lamer mi pezón, con la otra mano pellizcaba el otro duro pezón.

Calambrazos de placer recorrían mi cuerpo candente, mi sexo contento y muy dilatado. Besó mis labios mientras su verga se hacía paso al roce divino de nuestros sexos, entraba despacio, yo lo apretaba con mi vagina.

Las bolas chinas me han venido muy bien para el fortalecimiento del

suelo pélvico, y mejorar el tono muscular. Notan un placer diferente con esa presión al contraer en la fricción.

Empujó fuerte, una vez que entró toda en mi sexo, empezó a moverse despacio, entraba, salía al ritmo de sus caderas, ¡sensual contoneo! Su placer reflejado en su rostro, lo notaba muy caliente, tanto que mi excitación fue prisionera a caer en el orgasmo.

—Me encanta como me follas—gimoteé, mis gemidos y sus jadeos no cesaban.

El éxtasis llegó, me encantaba ver su cara mientras me penetraba una y otra vez. Presioné con mis manos en su trasero, quería sentirla toda profunda, entre el movimiento de mis caderas y sus labios besándome, de esa manera que lo hacía, fueron la clave para enloquecer en un orgasmo largo. Agradecida por tanto gozo, estaba dispuesta a hacerle sentir un orgasmo explosivo, que quedará complacido con mi manera de darle placer.

—Voy a follarte yo ahora, túmbate en la alfombra—. Le ordené con tono de voz autoritario.

—Lo estoy deseando Alma.

Saqué unas esposas, até sus manos y las puse por encima de su cabeza, lo besé y después dándole la espalda y sin bajarme de los finos tacones me puse de cuclillas y fui metiendo su falo en mi sexo muy húmedo, luego apoyé mis manos al lado de su cintura. Disfrutó del espectáculo de mi trasero en movimiento, bajaba subía, seguro deseaba agarrar mi culo, estaba segura de ello, yo dirigía, iba a desbordar su placer, no se arrepentirá de que hubiera atado sus manos. Yo arremetía una y otra vez para hacerlo volar. Cabalgaba sobre su gran falo preparada para el anunciado orgasmo, me invadía la osadía de descontrolarlo, atar sus ganas a mi capricho. Me corrí en su verga, ordené que esperara cuando estaba a punto de verter su placer. Su mirada se volvió furiosa, sus ojos hablaban de

fuego, yo ardía presa de los demonios, de saber que recibiría castigo divino, lo esperaba con ansia. Quité las esposas de sus manos demostrando mi valentía, pensó que me asustaría con su mirada y lo que hizo es que acabará bajo su voluntad por capricho propio, se lo tenía bien merecido.

Me volteó en el suelo, me puso de lado y fue metiendo su polla y agarrando de mi pelo me penetró, embestida tras embestida, tan caliente en el fondo de mi sexo. Fuimos a morir al gusto en un orgasmo a conjunto, desde un principio de gemidos hasta el suspiro final al compás de la satisfacción. Sentíamos el fuego de mi habitación.

—Linda Alma, que volcán de pasión. Valiente provocación, amor. Pero ten cuidado, ya se sabe quién juega con fuego acaba quemándose.

—Bueno yo lo digo de otra manera... Quien prende tu fuego deberá de sacar la manguera. —Reíamos mientras miraba su polla y él la agarraba fuerte, ya tan dura.

—A mí me encienden tus locuras. ¿Quieres mi manguera de vuelta? Mírala, ya lo está.

—Por mí, me la comería toda, todo el rato.

—Pues eso será después de que disfrutes del baile más sensual que hayas podido bailar.

Se marchó a la ducha, observé su silueta por los cristales, al no haber vapor podía ver su verga tras el cristal, aun dura. Era una continua erección, no había visto cosa igual.

Decidida fui a enjabonarle, entré en la ducha y empecé a besar su espalda, acaricié con mis manos su pecho, el agua caía sobre su cabeza. Se dio la vuelta y bajó su rostro para besarme. Cogí el bote de gel, vertí sobre su cuerpo y empecé a deslizar mis manos enjabonando cada parte de su cuerpo. Repartidas las sensaciones cuando deslizaba mi dedo dentro de su ano, su miembro explotaba en tamaño grosor.

¿Cómo me hacía eso? La quería otra vez dentro. Mi intención fue bañarlo y el resultado era que quería bañarme con su leche a lo Cleopatra. Ya quería sentir entrando su falo y sin demora ordené: «Fóllame, la quiero toda entrando otra vez».

Salimos de la ducha y me empotró contra la pared de la habitación, me cogió en volandas, me penetraba, me subía me bajaba fuerte... Me folló de pie, se corrió al gusto de aquel baile y me encantó.

—¡Madre mía que gusto, por favor! —suspiré.

Me sentía tan complacida del placer, una sensación extraordinaria. Lo nunca visto, ni sentido. Qué volcán más caliente mi brasileño bello.

—A mí me encantó mi linda putita, voy a preparar unas caipiriñas, que toca cóctel y baile.

Me metí en el jacuzzi a relajar mi cuerpo tembloroso por tanto placer. Entró en el jacuzzi con las copas, me la dio y saboreé, degusté.

—Qué bueno está, pero no más que tú, mi bombón Ferrero. Estoy deseando derretirte de nuevo—le sugerí provocando, poniéndome de rodillas para mostrarle mi apetecible trasero.

Pero enseguida, arrepentida, volví a sentar mi culo, recordando que no era buena idea andar provocando a la fiera. Este era capaz de encularme y no había escapatoria sin miramiento, sin previo baile de saliva a modo lubricante.

—Solo bromeaba—. Empecé a reír.

Me encendí un cigarro, reposé mi cabeza en el respaldo, se sentó a mi lado y cogió mi mano entrelazando sus dedos.

—¿Dónde has estado escondida todo este tiempo Alma? Voy a confesarte que yo nunca sentí esta locura que siento por tu cuerpo. Me arrastras al laberinto prohibido, una mezcla de lujuria y gula se apoderan cuando mi polla es decorada por tu boca.

—Yo cantarí­a un “Aleluya” con tu polla dentro de mi boca... y rezarí­a una plegaria por un constante “¡Ay dios!” mientras tu miembro me penetra en mi coño—. Sus gruesos labios dibujaban una bonita sonrisa.

No pude evitarlo, me abalancé, lo besé, mordí primero el de arriba, luego el inferior, absorbí hasta que su deliciosa lengua entró guerrera en mi boca, me buscaba, me encontraba y con voracidad me lo comía.

Consiguió apartarme con un buen apretón en mi nalga, me hizo separar mis labios y emitir un jadeo de desaprobación. Él rio y salió del jacuzzi. Sí, se me escapó, pero yo fui detrás desnuda y desbordada de deseo, no iba permitir que se alejara de mi cuerpo, la querí­a pegadita, enganchado a mi coño. Con mi candente cuerpo lo iba a abrazar en un sinfín de provocación. Lo querí­a rendido a mi placer. Yo sabí­a que podía, todo era hacerlo temblar, arrebat­ar sus fantasías para un disfrute sin control.

—No seas impaciente, perversita linda. Esta noche no hay descanso en tu habitación. Más exquisita miel en mis labios, más, toda la que pueda conseguir, te va a doler correrte.

—Menos lobos caperucita, ¿quieres ver a la loba feroz?

—¿Aun más loba podrías?

—Lo dudas gracioso, no tienes al diablo que lo puedo evocar rápido. A la diablita malvada en robar uno tras otro orgasmo, ¿probamos? Que tal ahora un baile donde nuestros cuerpos hablen el idioma de la música y de la suprema excitación, que las caricias paseen al acercamiento en pleno baile.

Sin decir palabra puso una canción perfecta para bailar, cogió mis manos elevando mis brazos, se acercó a mi cuello mientras su trasero no paraba en movimiento.

—Déjate llevar, sigue el ritmo de tu cuerpo.

Así lo hice, él dirigía el baile y caí presa de la excitación cuando su

miembro se rozó en mi trasero, a ritmo de golpe lo movía. Agarró de mi pelo echando mi cabeza hacia atrás.

—Me encantas entera.

Empezó a acariciar mis pezones mientras nuestras cinturas se contoneaban, yo moría de excitación, desprendía sensualidad en la manera de acariciar mi cuerpo, quedándome presa de su manejo. En unos de los pases del baile me dejó tendida en el suelo, empezó a besar de nuevo mi cuello.

—Necesito bailar con mi lengua por tu cuerpo. Ahora solo tienes que ser espectadora del gustoso ritmo de mi gula, voy a devorarte entera. ¡Aquí está tu lobo caperucita!

Me rendí presa de la pasión al mirar su rostro, aquella expresión de deseo. Me relajé, me entretuve en la majestuosa sensación que me proporcionaba su lengua escurridiza, reguero de babas bajaba hasta mi nalga. Bordeó con su lengua mis labios vaginales, bajó directo a bailar su lengua en el interior de mi sexo. Yo no quería que detuviese el ritmo, caprichosa abrí mis piernas, empecé a acariciar mi clítoris. Él penetró un dedo entre mis nalgas, mis caderas se contoneaban, al baile del sexo.

—Me voy a correr— jadeé.

Su lengua castigaba con placer a mi clítoris, mi ano dilatado invitó a meter otro dedo. Tuve un orgasmo muy placentero y fogoso. Increíble, que lengua, que gusto, que majestuosa, cuanta leche me salió, mucha, con toda esa manché su lengua y sus labios. Mientras su miembro seguía tan duro, besó mis labios rozando su verga en la entrada de mi sexo, pero no penetró. Se puso de rodillas abriendo sus piernas, pasando su pene por mis pechos, cuando hice amago de pronunciar palabra, puso un dedo en mi boca para que callara. Perversa, lo agarré entre mis labios y lo chupé.

—Así, vas a lamer, para que me hagas enloquecer.

Puso su miembro, lamí todo, arriba y abajo, a círculos, hasta que la metió en mi boca de golpe. La sacó de nuevo, me penetró la boca a su gusto, en busca de su satisfacción, pero por alguna extraña razón se quitó sin acabar en mi boca, me puso a cuatro patas y poco a poco metió su miembro en mi sexo otra vez, caliente, a punto de estallar de nuevo en el placer de mi coño.

Me atrapas sin evitar calentamiento global,
arde la llama, prende bajo
tus ojos de lujuria,
mira qué tanto es la expectación
de la llegada del roce de tu piel,
súplica desmedida a la voluntad
de atreverte a seguir candente,
obligado a mantener mi sed.

Con ganas de llegada a los
subterráneos del pecado.
Amemos a la perdición que unidos
en mi cuerpo prende lo infinito del placer.
Besa mis labios, siente mis ganas
penetra en el detenido instante
donde se escapa un halo
y estremece mi paciencia
bordea la inocencia perturbadora
del enloquecer.
Goza mi locura desbocada
perdida en movimiento de un baile

al deseo desenfrenado.



SORPRESA
IRREVERSIBLE

Diario de Alma

Hoy, decidida, fui a la panadería de Antonio para preguntarle sobre la cita sorpresa que hace dos semanas me comentó, ya que él no propone que día quedar me tocaba volver a coger las riendas de la situación y ser directa.

—Hola Antonio, ¿cómo estás? ¿Hoy nuestra cita sorpresa? Dame una barra de pan—. Le sonreí.

—Claro—se limitó a contestar. Mientras me ponía la barra en una bolsa de papel me miraba el escote.

Cuando se puso de espaldas para coger unos pasteles, mis ojos quedaron fijos en su trasero.

—Toma preciosa, dalo por pagado. Adiós Alma —me despedí y me marché.

Me dejaba perpleja, este Antonio y sus misterios. Al llegar a casa y sacar el pan de la bolsa cayó una nota al suelo.

“Preciosa, prepárate para saborear los placeres del gozo. A las diez llegaré a tu casa, espérame sucia de tu esencia que voy a chuparte hasta secar tus ansias”.

Recuerdo nuestro primer, único y último encuentro, mi excitación corrió rápida al querer sentir su miembro dentro de mí, era tan apetecible. Dulce reencuentro que esperé con paciencia desde que estuvimos juntos, mi alegre vagina le saludará con un beso bien húmedo. Por cosas del destino sé que su sorpresa es la seductora Begoña, descubierta su sorpresa jugaremos a la inversa,

Begoña llamó a Antonio excusándose de que no podría asistir a la cita, este angustiado dijo en voz alta: «¡Vaya! ¿Qué hago? Sintiéndolo mucho, Alma se quedó sin sorpresa, pero ya pagaré penitencia, sometido a su perversa forma de follarme».

Eran las 21.30h, Bego llegó caprichosa de enseñarme su dominio en lamer, con gran afán y delicadeza, entregando mucho placer. Comprobé que era preciosa, sus labios rojos carmín, su melena de un rizo grueso dejando un semblante de leona acompañado por aquellos ojos negros. La saludé y fui decidida a darle dos besos, pero sin pronunciar palabra sus labios fueron directos a besar los míos, consiguiendo una magnífica conexión. Besando mi boca humedecía mis labios vaginales.

Me empujó hacia dentro sin sacar su lengua de mi boca, ya puestas en el calentón metí mis manos por debajo de su blusa hasta llegar a sus pezones, pellizqué y emitió un gemido, soltó su bolso y sin despegarnos fuimos a la habitación. Me aproximó a la mesa del tocador invitándome a que me sentará, apoyé mi espalda en el espejo, se puso de rodillas y abrió mis piernas. Retiró la fina tela de mi tanga y empezó a lamer los pliegues de mis ingles, luego sin más demora fue directa a saborear mi clítoris. Yo le animaba con mis palabras para sacar por completo a la puta que lamía mi coño.

—Así, más, chupa todo mi coño, quiero correrme. Así, mi putita, estoy muy caliente, no pares —mis gemidos se volvieron escandalosos inevitablemente. —Me encanta como te comes mi coño, estoy a punto de correrme.



Antonio llegó a casa de Alma a las diez ni un minuto antes ni uno después. Siempre tan puntual, así era Antonio, impaciente. Llevó una botella

de vino y unos pasteles especialmente horneados por él para endulzar la velada.

Alma le parecía una mujer atractiva y encantadora, desde que quedaron se sentía afortunado por poder gozar de su espectacular cuerpo y su fascinante carácter lascivo y lujurioso y sin ningún tipo de prejuicios. Sabía que con ella podría seguir aprendiendo como tratar a una mujer, tanto fuera como dentro de la cama. Se sentía un poco frustrado porque su sorpresa se había ido al garete, pero estaba dispuesto a solucionarlo de la mejor manera, haciendo que Alma disfrutara de una cita inolvidable, iba con la intención de sorprenderla. Compró ropa interior femenina comestible, unas pezoneras rojas en forma de corazón, y un delicioso tanga de caramelo. Pensó que podía ser divertido y excitante. Se encontró la puerta de la casa abierta, entró y se dirigió a la habitación. De pronto, escuchó unos escandalosos gemidos que provenían de allí. Creyó que Alma había decidido empezar a calentar su cuerpo antes de su llegada. Se acercó a la puerta y observó por la mirilla esperando verla desnuda, abierta de piernas acariciando su sexo. Al ver aquellas dos mujeres disfrutar, su verga quedó oprimida por sus pantalones, la liberó y empezó a masturbarse despacio, acariciaba su abultado miembro, observando aquel espectáculo, que tan morboso le resultaba. Cuando no pudo aguantar más empujó la puerta y entró.

Al escuchar el chirrido de la puerta dejaron de saborear sus coños.

—¡Me sorprendiste con tu sorpresa! Antonio, ¿no te enseñaron a llamar a la puerta? —Afirmó y sonrió con malicia.

Begoña no pronunció palabra y volvió a meter la lengua en el sexo de Alma. Un nuevo gemido, aceleró las ganas de Antonio para unirse al juego sexual de ellas, sin esperar se desnudó.



Diario de Alma

Al ver a Antonio, mi excitación quedó desbordaba. Estaba a punto de correrme en los labios de Bego. Él se puso de rodillas frente a mi trasero, abrió con sus manos mis nalgas y empezó a lamer. Derramé mi orgasmo en los labios de ella, me envolví en la lujuria de aquellas dos lenguas.



Alma se sentía insaciable, tenían al joven Antonio, el pastelito, a mera disposición de ambas.

—Que sensación más intensa de placer—suspiró Alma.

Se levantó de la cama, sentía un cierto temblor en sus piernas. Su sexo aun con deseo de continuar el juego sacó una fusta del cajón de la cómoda y golpeó su mano varias veces, dedicó una mirada cómplice a Begoña y esta cogió unas esposas escondidas previamente debajo de la almohada.

Antonio ajeno a sus planes no vio venir lo que tenían pensado aquellas mujeres. Begoña empezó a besar sus labios, Alma era acaparadora de la excitación de sus pezones, lamía con sensualidad mientras imaginaba que aquellos pequeños pezones eran los de Begoña. Él se estremecía y en un movimiento rápido, las dos lo esposaron a la cama, apenas pudo reaccionar, entre las dos lo giraron de espaldas. Begoña se colocó encima de él, Alma con la fusta en la mano sonreía divertida, se acercó a su rostro, le besó suavemente y susurró en su oído;

—Mi querido Antonio, tienes un culo delicioso, estoy segura de que un color rosado le sentará divinamente.

—No serás capaz— le retó.

Sin responder a sus protestas y con ayuda de Begoña, pasó la fusta por sus nalgas. Sin darle tiempo a pensar, azotó en un movimiento rápido, él intentó zafarse, pero lo tenía bien sujeto. Animada, le pasó la fusta a su cómplice, y ella juguetona continuó tiñendo de color rojo su apetecible trasero. Cuando consideraron que ya era suficiente, lo giraron para lograr tenerlo a su total disposición. Begoña tapó sus ojos con un antifaz. Él se sentía embriagado y se prestaba complacido bajo el placer de aquellas mujeres a caer en la perversión del juego.

Sonrieron cómplices, miraron a un indefenso Antonio que intentaba asimilar lo que las dos le tendrían preparado. Su miembro lloraba de excitación, sus venas marcadas, se presentaba dura y gruesa. Empezó a sentir las dos lenguas ansiosas, lamiendo desquiciadas y sintiendo estremecer sus cuerpos.



Diario de Alma

No podía ver como nuestras lenguas jugaban con erotismo, pero su cuerpo se perdía en el disfrute de nuestra gula

—¿Quieres ver cómo muere de placer? Juguemos con él, destapemos sus ojos—susurré a Bego.

Su verga estaba deseosa de acabar en el disfrute, se podía sentir el calor de su ardiente cuerpo.

—Lame sus huevos—. Ordené a Bego.

No dudó en alterar aun más su excitación al cosquilleo del placer de su sabor. Puse mi coño mojado de morbo en la boca de Antonio, su lengua peleaba para sentir el orgasmo en su boca. Metí toda en la mía, a punto de dejarse ir, sumergido en el placer de lamer y sentir nuestras lenguas.

Provocar en él un orgasmo insaciable de satisfacción era nuestro cometido.

Vaya si lo conseguimos, no pude tragar toda aquella leche que su miembro derramó y en un beso caliente compartí con Bego nuestro premio, la crema exquisita de nuestro pastelito.

—¡Que delicia de 69! Yo también quiero uno a dos lenguas.

—Yo quiero de nuevo otro—comentó Antonio satisfecho y sonriente.

Los tres nos mirábamos divertidos y aun excitados, refresqué mi garganta con el vino.

—Aquí se vino a pasar una noche de pasión y lujuria, no detengamos el juego queridas.

—¡No, no, que la fiesta del placer no pare! —vociferé divertida y ansiosa por tener más sexo.

—Pon tu trasero a mi disposición, ahora voy a azotar yo, con mis ganas de verte retorcida en el placer.

Azotó fuerte con la palma de su mano, jadeé del gusto, estaba preparada para el disfrute. Abrió mis nalgas, lamió la rojez provocada por su mano hasta que su lengua se escurrió caprichosa en mi culo, provocando un incontrolable movimiento de mis caderas. Bego se unió al juego, empezó a lamer despacio mi sexo, la lujuria me incitaba a abandonarme al gozo de sus lenguas.

—Así, mi puta, mancha sus labios mientras mueves tu culo para mí.

Volvió su lengua dentro, pero ahora de mi sexo, sus lenguas se juntaban en mi coño, mi clítoris sentía latigazos de un placer supremo y desplomada derramé chorros de todo aquel placer.



Las lenguas entremezcladas por el sabor formaban una melodía

deliciosa, el clítoris de Alma era la tecla perfecta para ello. Escuchar su voz derramándose de deseo lujurioso, formando un conjunto de orgasmos continuados resultaba de lo más excitante. Tres cuerpos sudorosos unidos en una oración sacrílega, puro vicio entre pieles. Alma se dejaba hacer por el vicio de Begoña y a las órdenes de Antonio, que había recuperado su rol de dominante, después del juego perverso al que había sido sometido por las dos damas. Alma escandalizó con sus gemidos la habitación, con un orgasmo increíble, de esos que te hacen estremecer cada poro de la piel. Ellos rieron divertidos, por primera vez se sentían poderosos ante la insaciable mujer que lograba dominarlos con tan solo una mirada.

De pronto Antonio se separó un momento de las dos, Begoña se acostó al lado de Alma, jugó con sus pezones duros, mientras ella sentía el placer que le daba su lengua se recuperaba del inmenso orgasmo.

Antonio no tardó en regresar, traía consigo unas cuerdas, miró a las mujeres desnudas, sin darles tiempo a pensar, se colocó de rodillas entre las dos y comenzó a atarlas uniéndolas por brazos y piernas, cuando las tenía totalmente inmovilizadas, les dijo;

—Ahora me toca a mí, mis queridas niñas. Observar como mi polla tan excitada os perturba a las delicias lascivas, voy a pasear por vuestros cuerpos, unidos, excitados y desesperados, atadas vuestras ganas, ahora dirijo yo. Sufriréis mi venganza, malvadas diablillas, arrodillaros ahora—. Su voz demostraba dominación, pero en su mirada solo se apreciaba el desmadre de la gula de saborear el cuerpo de las dos libremente.

Se arrodilló a la altura de Alma, puso sus labios cerca de su oído y susurró.

—Mi putita me encantó tu sorpresa, me vuelves loco vampirilla.

Después besó sus labios con veracidad, su lengua bajó a sus duros pezones, Alma gemía al sabor de sus pezones en labios de Antonio.

—Shhh. Impaciente.

La dejó con la excitación de querer que siguiera lamiendo, pero él decidía y fue a jugar con Begoña.

—Levántate—dijo con mirada seductora.

Arrodilló sus piernas y empezó a lamer sus pies, jugaba con su lengua cosquilleando entre sus delicados dedos. El fuego de la sensación dejaba húmedo su sexo, subió a su ingle derecha y paseó con su lengua arriba y abajo, hasta poner sus labios en la entrada de su vagina, sacó su lengua y bordeó sus labios. Después penetró con su lengua una y otra vez, cuando Begoña empezó a emitir incesantes jadeos paró y se levantó.

—Arrodillaros— les dijo agarrando fuerte tu verga.

Se arrimó a sus caras y pasó su pene que chorreaba un hilo de semen. Alma intentó lamer con su lengua, pero Antonio estiró de su pelo echando su cabeza hacia atrás.

—Quita, no puedes, no te lo permito. Quiero que os beséis mientras mi polla pasea por vuestros cuerpos.

Diario de Alma

Yo miraba a Bego y me encantaba la idea, tenía ganas de saborear el dulzor de sus labios de nuevo. Se acercó, sacó su lengua decidida, para besarme de esa forma tan sensual que ella lo hace. Nuestras babas se mezclaban mientras el miembro de Antonio ahora se rozaba con mi culo. Me sentía muy caliente, abrió mi nalga y escupió, empapó con su lengua mi culo.

—Cómete sus tetas—ordenó a Bego.

Luego empezó a entrar en mi dilatado culo, una vez dentro la sacó y

quise matarlo. Se puso en medio de las dos encerrando por las cuerdas que nos unían.

—Sacar la lengua.

Juntamos nuestros labios en una pelea de tres lenguas, me resultó de lo más excitante.

—Arrodillaros de nuevo.

Pasó su polla por mi labio, golpeó fuerte un par de veces y luego hizo lo mismo en los labios de Bego, después puso su polla en medio de las dos.

—Ahora quiero que saquéis toda mi leche y la compartáis.

Nuestras lenguas devoraban en un baile, en equipo empezamos a tragarla a turnos, yo empleaba todas mis ganas para que su verga entrara por mi garganta. Se derretía en el placer, no nos costó sacar toda su leche.

Cuando estaba a punto de llegar al orgasmo agarró fuerte su polla, golpeó en nuestra cara y en los labios, nosotras sacamos la lengua esperando su corrida. Nos comimos su polla a dos lenguas deseosas, me llenó de morbo, besé a Bego y juguemos a la sensualidad de un beso lujurioso.

—Quiero ver como restregáis vuestros pechos en mi polla.

Mientras nos besábamos su miembro hinchado era estrujado en nuestros senos. Sentía cómo se deshacía de la excitación, estaba perverso mi querido Antonio.

—Traje un regalo, ¿qué os parece si lo compartís entre vosotras? Y cuando quede un instante de sabor, me uniré al juego —. Impaciente abrí el paquete.

—Lo siento querida, voy a ponerme las pezoneras, soy muy golosa, quiero comerme el tanga de caramelo mezclando el salado sabor de tu coño.

—Me siento generosa, dejaré que Antonio comparta el regalo y te deshagas en el placer de nuestras lenguas insistentes a conjunto. —Contestó

Bego.

—*Que empiece el festín*—contestó sonriente y travieso.

Bego empezó a bailar con el tanga puesto, cogió mis brazos invitándome a sentarme en una silla, la música sensual desataba su capacidad de provocar la exaltación de ambos cuerpos, tan sólo tenía que contonearse y dejarse llevar. Se sentó encima, probó el caramelo, succionó y mordió. Después volvió a levantarse y empezó a bailar su trasero cerca de mi cara, no pude evitarlo, me abalancé y mordí la tira de caramelo, la rompí y cayó al suelo. Bego me empujó en la silla, me senté. Levantó una pierna encima de esta, cogió mi cabeza y la empujó a su sexo.

—*Chupa*—ordenó. *Cuando fui a sacar mi lengua retiró mi cabeza con un estirón de pelo.*

—*Tú no, avariciosa putita, observa y disfruta mientras te comes mis pezones.*

Antonio no tardó en acatar sus órdenes, hambriento de ganas lamió su coño mientras yo lamía sus senos, jugaba a morder sus pezones, se estremecía, jadeaba, gemía en un baile de caderas en busca del orgasmo, bajé mis dedos mojados de mi propio sexo a su ano, lo acaricié y lo introduje poco a poco, ya estaba dilatado, probé a meter otro. Entraban y salían de su gusto, mientras Antonio lamía al desespero de que le entregará su orgasmo. La habitación se envolvió de un morbo compenetrado, era magia lo que mi cuerpo sentía.

Me quedé de espectadora, me senté en el sillón con las piernas abiertas, mis dedos hundidos en el interior de mi húmedo sexo. La envidia de ver como su verga se perdía en el coño de Bego me cabreaba, entonces froté rápido mi clítoris, me corrí, me levanté y fui directa a sentarme con mi coño en la boca de Bego, iba a lamer mi esencia.

Cuando decidí que era suficiente, Antonio me miró y sacó su verga

decidido a azotarme desde mi interior.

Así sucedió, provocó muchos orgasmos en las dos. Y él murió del gusto en nuestros sexos. Antonio se quedó con la duda de que nos conocíamos de antes nosotras, silenciamos nuestra verdad. Ya habría tiempo de conversar, quizás en cualquier otro lugar.

Aventurada en la provocación del morbo
bajo miradas distintas a capricho de dos cuerpos.

Insistente desespero por mi placer el primero,
egoísmo del que puede dar
más gozo que el anunciado.

Una entrega a seis manos
un sabor bien degustado,
una delicia de caricias.
Volcán de lava desprendida
de tres cuerpos en la lucha.

Esponjosas nubes de lujuria,
sentir volar y volver a morir
en el éxtasis de la locura.



Carcajadas
de Pasión

Diario de Alma

Tenía ganas de ver en directo su espectáculo, he visto todos sus videos en su canal de internet de Manuel, y es inevitable no echarse unas risas, es muy buen humorista. Sin reparos contacté con él por una red social. Le pregunté cuándo actuaba en Valencia y para mi suerte esa misma noche en un teatro. Tras mis alabanzas sobre su trabajo me invitó, iba a verlo y a escucharlo desde muy cerca.

*Quedamos esa misma tarde en una taberna cerca del teatro, iríamos juntos desde allí. Llegó la hora de marchar a la cita, pero al pisar las escaleras de mi apartamento, los nervios se apoderaron de mi cuerpo, me temblaba hasta el **sexo**. Manuel es tan guapo que despertaba en mí cierta vergüenza. Después de mis andanzas en el diario de Alma puede parecer mentira, lo sé, pero Manuel me derrite con su sonrisa.*

La noche prometía ser divertida entre risas, no había tenido antes una cita donde la chispa de la química del humor en un hombre estaba garantizada, me enamora que me haga reír.



Las mariposas revoloteaban nerviosas en su estómago, mientras esperaba a Alma. Manuel quedó sorprendido por su belleza en las fotos que pudo ver en su red social. Sabía que era guapa, pero en persona le resultaba irresistible. Se sentía halagado por sus amables palabras referentes a su trabajo. Sus pensamientos viajaron libremente y empezó a imaginar a Alma en su cama desnuda, riendo a carcajadas con alguna de esas locuras que inventaba para sus monólogos. Su excitación provocó un levantamiento

inevitable de su miembro.

Sus nervios también se apoderaron de él al tener a Alma a escasos pasos de distancia. Era aun más hermosa que en las fotos y prueba de ello era su abultado miembro pronunciado. Parecían dos adolescentes en su primera cita. Estiró de su camiseta hacia abajo y se decidió a bajar del coche.

—Buenas tardes, preciosa —. Manuel le abrió la puerta del coche como todo un galán.

—Hola, ¿cómo estás? — Besó sus mejillas.



Diario de Alma

Indiqué el camino hacia la Taberna. Por su semblante adivinaba que le gustaba el lugar que había elegido para la cita. Tuvimos conversaciones interesantes, divertidas, incluso me contó anécdotas sobre las admiradoras que le acosaban.

—¿Te sientes acosado por tus fans? ¿O estás encantado por ser el dueño de muchas de esas fantasías?

—Eres mala, traviesa. Sí me ha sucedido, fue un descontrol de excitación con una fan. Y a ti, ¿nunca te empotraron contra el mostrador del salón? —Sonreí con malicia.

—Mmm... ¿quieres que te enseñe mi salón? ¿Tenemos tiempo? Puedo contarte con pelos y señales si lo deseas, con demostración de cómo sucedió el empotramiento. —Bebía vino y reía, lo notaba a gusto. Yo quería conocer más de él, indagar con disimulo.

—Tienes en el ojo una pestaña. A ver, déjame, acércate—cuando se acercó con esos ojos verdes me aventuré, silencié su palabra con mi lengua, jugando al dulce besar. Llevaba bastante tiempo de la velada queriendo atrapar su sonrisa con mis labios.

—Vas a desviar mi inspiración. Voy a estar en el teatro pensando en cuando acabé la función. ¡Mal Alma... muy mal! Tengo que levantar un público con aplausos y provocar sus risas. Estoy preso de que tu vagina escuche todo lo que mi lengua le quiere contar. Quiero provocar tus orgasmos, que caigas al desmadre de un sexo que te haga enloquecer.

Me soltó todo eso y se quedó tan tranquilo. Yo quería follármelo en el camerino, que saliera haciendo algún chiste para disimular su polla tan tiesa y dura.

—No me tientes, que no me conoces, te lo tomas todo a broma, pero quiero tener el privilegio de ver tu camerino. Esta noche voy a ser tu fan número uno para cumplir tu fantasía, porque estoy segura de que esa fan te quiso violar. ¿Te resistirías a mí? —. Bromeé.

—A ti te pondría a cuatro para que gozaras, así de improviso.

—¿Qué te crees?, que no te vería venir ¡ja, ja, ja! —disimulé con una risa cargada de sarcasmo.

—Me verías llegar, me sentirías entrar y te encantaría. ¡Ahí no te ibas a reír! En todo caso sonreiría tu coñito de felicidad y nuestros sexos estarían exhaustos de alegría.

—Vámonos ya, sin demora.

—Pero loquita encantadora que cosas tienes, con lo gafe que soy me pillan con la polla tiesa mientras me la devoras ansiosa.

—Eres un rajado, ¡no lo puedo creer! Que poco sentido del humor, parece mentira señor saca risas. Pues si te pillan, te ríes porque no hay nada mejor que echarse unas risas de uno mismo.

—Pero Alma coño, no fastidies. Qué vergüenza, eres una sinvergüenza—reía el muy cobarde. No se iba a escapar, me lo iba a follar e iba a salir con una de sus mejores sonrisas a contar sus chistes.

—Tú tranquila que cuando lleguemos a tu habitación 69 vas a poder reírte de las cosquillas de gusto que te va a dar mi lengua.

—No digas más, me lo vas a contar en un rato—. Cogí mi bolso, lo invité a que se levantará y nos dirigimos al coche.

—Tus curvas son un misterio que quiero descubrir, que ganas de arrebatarte ese vestido.

—Que bandido.

—¿Qué quieres? Me encantas, preciosa mía. Me descontrolas y me la pones bien gorda.

—¿No puedes anular el show? porque te indicaba directa dirección a mi habitación.

—Mis ganas cariño, pero la recompensa por la espera no te va a dejar indiferente—. Eso pensaba él, que iba a esperar, de eso nada, o bien iba a darle el postre o iba a servirme a mi gusto su sabor en mi boca.

—Vale, seré una chica buena y esperaré paciente. Verás, ataré mis ganas para retenerlas todas, para cuando se pueda.

—Eso suena muy bien, porque quiero mucha, manchando mi cara, bien calentita mi puta.

—¿Qué te parece si te callas pedazo mamón? Me están entrando unas ganas de lamer todo tu grosor.

—¿Y por qué no preciosa? Sería una experiencia religiosa.

—¿Y eso por qué?

—Porque iría rezando mientras me das ese placer celestial. Aunque ahora mismo difícil controlar el volante, la dirección y no puedo apartar mi mirada de ti... Sí... mejor dejemos para después, pero que sepas que no por

falta de ganas, es una de mis fantasías, solo que cambiando el volante del coche con el de la consola.—. Reía excitado.

—Pues vaya fantasía más simple, cuando quieras te la cumplo. Me proclamo el hada de tus fantasías, pero digo que alguna más morbosa tendrás. ¿Cuál? No me vayas a decir la típica de todo hombre, porque se me va el humor. —dije muerta de la risa.

—Yo puedo ser el genio de la lámpara mágica ¿Qué te parece? El genio de tus polvos mágicos. ¡Haríamos buen equipo!

—¡Ya te digo!, unos polvos de campeonato a la depravación.

—Te iba a preguntar por alguna fantasía no cumplida, pero la duda me echaba hacia atrás para hacerte la pregunta.

—¿Duda? ¿Por qué? Ahhh ya.... ¡que cabrito! Pues te vas a quedar con las ganas, voy a mantener mi boca cerrada y que se apodere tu impaciencia, solo te diré una cosa: Tú hoy vas a hacer que cumpla una de mis fantasías, ya te lo puedes currar. Que se abra el telón y que comience la función. ¿Me entiendes?

—Traviesa encantadora, ¿cómo me retas con ese contoneo de tus tetas? Yo por ti abro y cierro el telón con un aplauso de emoción. Es más, cuando te corras en mi polla me corearas tus gracias en muchos gemidos.

—¿Qué nos queda para llegar?

—Unos diez minutos de interesante conversación, no te me despistes que estamos negociando, ¿recuerdas?

—¿Negocios? Tú no sabes que los negocios no se mezclan con placer.

—Claro preciosa, es que todo lo prohibido es lo mejor. Mézclate en mis fantasías bella hada, que aquí está el genio del humor, que tu coño llore alegría de satisfacción.

—Que llore mucho, que tu lengua sea el pañuelo de lágrimas que lo

seque.

—Te limpio todita, no dejo recorrido de tu cuerpo.

—¿Pero quieres callarte ya? ¿Qué manera es esta de torturarme? Ya te vale.

—A mí lo que me vale es tu sonrisa, y escuchar tu risa. Te reto a un juego.

—¿Tú dirás?

—Soy capaz de hacerte reír cuando me hunda dentro de ti, hasta rozar el final de tu coño y cuando tu vagina se contraiga de reír, entonces sentirás como te lleno de mi gozo. ¡Qué ganas de correrme en tu coño precioso, encanto!

—Acepto encantadísima, suena divertido y excitante. Quiero morirme de risa subida en tu polla.

—Te subirás y te troncharás, palabra de humorista.

—Pues no suena muy bien, ¿me lo he de tomar a chiste? Ya decía yo, ¡que vacilón.!

—De eso nada, lo digo en serio, no te lo creas y verás la sorpresa.

Bajamos del coche, notaba cierto mareo de excitación en mi cuerpo, si hubiéramos ido a dejar el coche en un garaje no se hubiera escapado, pero salimos del vehículo y un aparcacoches se lo llevó. Bueno me quedaba el camerino, yo iba a por todas. Él empezó, yo solo iba a seguir su juego con humor.

—¿Cuánto queda para que empiece?

—Treinta minutos, cierra la puerta Alma.

Y tanto que cerré, por si acaso era recatado y se me escapaba. Encajé la llave, le di dos vueltas y la saqué. La metí dentro de mi sujetador.

—¿Sabes que tienes que hacer para salir, ¿verdad?

—Lo sé, ¿pero sabes que te digo? Que te vas a querer guardar la

llave para que no me vaya, y no sería buena idea arriesgar, mejor dejarte con la duda.

—No tendrás valor.

—Valiente es mi apellido, preciosa.

Me acerqué y puse mi escote a la altura de su cara, apreté con mis manos mis pechos.

—¿Las quieres? Arrodíllate.

Lo hizo sin rechistar. Me quitó las bragas con la boca, casi me caigo del tambaleo mientras él reía gracioso. Palmeó mi nalga a modo tambor y siguiéndole el juego moví mis caderas. Me giré y le mostré mi trasero, mordió mi nalga y grité del dulce dolor.

—Cabrón—. Azotó de nuevo mientras reía.

—Shhh, calla escandalosa. Ven a ver como eres de golosa, preciosa.

Levantó una ceja mientras se mordía el labio inferior, miraba en dirección a mi sexo. Me senté en la silla y abrí mis piernas.

—Tengo hambre de ti. Me voy a pasar toda la noche bebiendo de tu dulzor picante que chorrea entre tus piernas.

—No hables, calla y chupa. El tiempo corre y de aquí no te vas hasta que te corras en mi boca. ¡Túmbate ya!

—Esto va a ser un esprint de placer, devorémonos bien. Venga al suelo, voy a lamerte entera.

—Yo sí voy a lamerte entero para que disfrutes, para que te la goces gustoso.

Nuestras lenguas se divertían libres al sabor de nuestros sexos, a la lucha del gozo, no habría tregua a la perversión. Yo iba a correrme en su boca, iba a reírme a gusto, mientras saboreaba su semen caliente.

Me limpié la comisura de los labios pasando mi dedo, Manuel pasó el suyo por los labios de mi sexo. Los mojó y chupó mientras yo chupeteaba

su sabor en el mío.

—Me encanta el sabor de tu néctar, me has embelesado hasta hacerme perder la noción del tiempo. Me has retrasado la actuación media hora, aunque confieso que media hora dentro de tu boca ha sido glorioso. Pero no importa, bien dicen que lo bueno se hace esperar. Ahora mismo siento alegría correr por mis venas y mi polla, estoy preparado para la inspiración del humor.

—¡Venga payasito!, no te demores más, ves a robar sonrisas. Este aun sigue caliente, pero muy sonriente.

Se vistió mientras me fumaba un cigarrito de la risa y me relajaba, después de ese apoteósico 69. Se lavó los dientes, me besó, me quitó el cigarro y le dio una calada que bien valdrían por tres y se marchó. Yo me serví una copa, mientras me vestía daba sorbos animando aun más a mi cuerpo para la fiesta. La jugera de risas que íbamos a darnos en la entrega de una noche a la alegría. Sexo, diversión y con buen dominio lingüístico. Temblorosa salí a la sala del teatro, me acomodé con torpeza en mi asiento reservado posicionado en un lateral, exactamente en la primera fila. Pensé que al menos estaba un poco escondida, porque daba por hecho que me iba a poner muy cachonda con tan solo escuchar su voz y recordar su lengua y su cuerpo desnudo. La gente reía, yo empecé a coger el hilo de la historia que contaba.

—Hay varios tipos de princesas; está la mujer guerrera, esa que te guerrea por todo. ¿Por qué no has bajado la basura? Ya me has cambiado el canal. Infinitas maneras de lucha lingüística. Y si nos sacan el lado princesa del erotismo... entonces, uno se olvida de las peleas, baja el escudo, se quita los calzones y se encuentra firme el soldadito. Pero... ¿y si nos ponemos románticos? Y podemos decir que la diosa de tu cama es una mujer enrollada, ¡eso ya es la ostia! Sí, me refiero a una princesa colega. Yo de

momento tengo muchos príncipes colegas, a este ritmo me paso al otro bando, que todo quede entre colegas, luego ya se verá. Al igual encuentro un amor por pelotas.

La gente reía y a mí me encantaba verlo y escucharlo. Mi Manolito era gracioso. Estaba deseando tenerlo amarradito a mi cuerpo, con música de fondo y con su polla hundida en mi sexo disfrutando de su placer.

Cuando el telón se cerró esperé a que la gente saliera, después me levanté intrigada, si el juego lo había entendido, Manuel debía estar esperando detrás del telón. Decidida a probar suerte, retiré la tela, y tras pasé al otro lado del escenario donde debería comenzar otra función. Sexo salvaje de comedia. Miré a un lado y al otro, pero no había nadie. De pronto sentí su aliento en mi nuca, su perfume delicioso a mi lado. La sorpresa llegó cuando me giré. Me arrancó el vestido literalmente, me lo rompió, ¿qué importaba? su dura polla ya me deseaba y yo quería sentirla de una vez por todas.

—Alma, preciosa, ¿preparada para la función más realista de mi vida?

—Espero estar a la altura de tu fantasía.

—Tú eres toda una fantasía, preciosa.

Me arrancó las bragas, mi excitación se aceleró. Estaba tan cerca de mi coño que pensé que lo chuparía, me quedé con las ganas, pero cuando me penetró con aquellas ganas lo perdoné por su impaciencia. Aquello se había convertido en un disfrute sin freno. Me folló, embestida tras embestida hasta que paró el ritmo y su miembro empezó a regalarme placer. Despacio, conciso, rozando las paredes de mi vagina, la fricción perfecta para caer en el orgasmo. Me giré y puede ver en su rostro todo el placer que sentía.

—Quiero ver tus ojos mientras te corres y poder observar tu risa

dibujada en tus labios. Tumbate—azotó mi nalga.

Obedecí a regañadientes porque no la quería sacar, mi coño la acogía tan agustito. Cuando empezó a entrar de nuevo en mí, colocó mis piernas encima de sus hombros. Mi coño se sentía gozoso. De pronto empezó a hablar mientras me penetraba despacio, tenía mis piernas flexionadas en sus caderas, y las mías no cesaban en movimiento. Me cogió del pelo y me besó.

—Escúchame preciosa, ahora voy a follarme tu coñito hermoso. Va a ser duro, sin miramiento para darte placer desmedido. Y cuando estés a punto de correrte tienes que gritar: Soy Juana la loca de arco, tu puta—No me lo podía creer, pero me encantó el reto.

Intenté silenciar mi risa, agarré su nalga y azoté, volví apretar su trasero mientras mis caderas buscaban la conexión perfecta, sus embestidas eran fuertes, como me gustaban. Cuando estuve a punto de llegar al orgasmo grité; «Soy Juana, loca por tu polla. Me corro, córrete en el coño de tu puta».

A él si le entro la risa, me la contagió y me corrí de risa encima de su polla. Bajo mis órdenes se corrió cogiendo carrerilla llegando los dos juntos a la meta en el orgasmo.

—Oye gracioso, te has dejado llevar por la pasión y me has dejado sin ropa, me has roto la cremallera.

—Perdón preciosa, espera aquí un momento—. Me dio un beso y salió.

Yo estaba más fuera de la ley que nunca, que me detuvieran allí desnuda, pero me iba a fumar un cigarrito cargadito. Cuando volvió Manuel traía con él un vestido parecido al que yo tenía.

—Tendrás que ir sin bragas, encanto.

—No hay problema, trae que me vista.

Se puso el vestido detrás de su espalda, se acercó y me dio un beso que profundizó en mi interior. Unas mariposas muy revoltosas me llevaron a abrazarlo, con mis brazos por encima de su cuello mientras mi lengua le peleaba, le arrebaté el vestido de las manos.

—Deja de calentarme, que no llegamos a mi casa, te llevo directo al camerino—reía al compás de mi risa.

Apresurada me vestí y salimos del teatro triunfantes de placer. Manuel estaba contento por la acogida del público Valenciano, se sentía encantado. Me comentó que le gustaría cambiar de aires, dejar Albacete y hospedarse entre dos ciudades, Madrid y Valencia. Pero tenía sus dudas.

—A mí me ha encantado tu espectáculo, con el final feliz y todo—. Se apoderaba de mí la risa impidiendo continuar. Los valencianos somos más divertidos que los madrileños, los troncos no saben que los tetes somos más auténticos ¡che!

Cuando llegamos a mi casa, quedó sorprendido por el ambiente tan cálido que despierta mi estancia.

—Qué bonita tu casa, ¡me encanta!

—No has visto lo mejor.

—¡Aaah! ya sé, tu habitación 69. Pues yo seré tu invitado de honor y con honor voy a conseguir muchos orgasmos, en todos los lugares de tu casa.

Me siguió hasta la cocina americana, me subió a la barra, me quitó el vestido, mi sexo desnudo lo esperaba ya húmedo. Metió dos dedos en él mientras besaba mis labios. Un jadeo apareció incontrolable, cuando sus dedos acariciaban las paredes de mi vagina. Su boca cambió de rumbo, cerca de mi oído susurró;

—Quiero follarte mucho preciosa, disfruta.

Sacó los dedos, los chupó poniendo cara de estar degustando un

buen manjar el muy payasito. El de abajo, también quería tragar, hambriento y bien abierto esperaba. Se sentó enfrente de mí, acarició su verga despacio. Después empezó a rozarla en la entrada de mi sexo, escupió en su polla para humedecerla, cosa innecesaria porque estaba muy lubricada. Flexioné hacia atrás mis brazos, con un movimiento de cadera conseguí que entrará de golpe. Él cogió mis caderas, apretó y luego soltó. Se movía despacio con su miembro grueso dándome mucho placer. Cuando aceleró el movimiento mi cuerpo cobró vida propia, me envolví en la lujuria, iba ser su puta, me embriagaban sus ansias de follarme con aquella furia. En una de las embestidas alcancé el cielo en un orgasmo, gimoteado y cosquilleando en lo profundo de mi coño.

—Nunca había estrenado la barra de la cocina, ¡queda inaugurada, con este buen polvo!

—Lo haremos tantas veces que quieras, me encantó. Y luego salgamos al jardín, quiero follarte con el morbo de estar bajo miradas ajenas.

—¿Pero tú no eras el de la vergüenza?, sinvergüenza.

—Solo bromeé, me encanta el poder ser descubierto, soy un vicioso. Me gusta follar con público.

—¿Y no has pensado en hacerte actor porno? Mira toda la gente que te vería y en directo—reí.

—Vamos, levanta, quiero ver tu jardín

—Mi jardín de las delicias puedo enseñártelo aquí—. Abrí mis piernas acariciando mi sexo.

Manuel mi payaso “sonrisas vaginales”, había sido una sorpresa, tiene algo que me encanta estar con él. Sobre todo, su humor. Y que decir de su seductora voz, esos labios apetecibles y tentadores que no puedes dejar de besar. Y la sonrisa más bonita que me había cruzado antes. Espero que el

destino se alíe conmigo y que Manuel decida venir a vivir a Valencia, me gustaría tenerlo más cerca y poder disfrutar de su compañía y del sexo a la alegría.



INTERCAMBIO
DE PLACER.

Diario de Alma

Hoy es el día de San Valentín y lo vamos a celebrar ella y yo, le he propuesto a Teresa que vallamos a un sitio de esos de intercambio de parejas, está dispuesta a experimentar cosas nuevas. Tan solo tenemos que fingir que somos pareja y ligarnos a dos bombones lesbianas. Yo sé que son unas expertas en lamer. Mi querida Sofía, me viene su imagen a la cabeza, mujer explosiva y ardiente, la que me incitó por primera vez al disfrute con una mujer, expuesta a su lengua, como deseo volver a verla, pero no en el salón de belleza, sino en mi cama desnuda.

Teresa llegó como siempre puntual a mi impuntualidad, una hora más tarde de la que acordamos por la mañana. Nos fuimos de compras por la tarde, nos queríamos comprar unos conjuntos de lencería para la ocasión, me negaba a pasearme desnuda por ese club, yo quería que sucediera algo, pero en la intimidad. No quería ni camas redondas ni mirones masturbándose por el espectáculo erótico de dos mujeres devorándose.

Mientras estábamos en el mismo probador de la tienda, observé a Teresa, reconozco que tiene buen físico, pero no me despertaba ninguna clase de excitación. Aunque quise probar una cosa, si daba resultado iba a pasármelo en grande por la noche con otra mujer.

Me acerqué para abrocharle el sujetador, pero en un intento de rebeldía, mirándola por el espejo bajé su sujetador, agarré sus pechos masajeando hasta que mis dedos fueron parados por sus pronunciados pezones, estaba excitada y yo me perdí en la lujuria. Bajé una mano a su coño lo libré de la ropa interior, acaricié su clítoris, perdí mi lengua en el lóbulo de su oreja, sin percatarse empezó a jadear. Puse mi mano en su

boca, la notaba muy excitada y me entraron ganas de saborear su sexo.

—Shhh, si me prometes que será un orgasmo silencioso, te dejo que te folles mi boca ahora—susurré con muchas ganas de empezar el festín.

Teresa con una sonrisa picarona afirmó con la cabeza, yo sonreí y bajé despacio por su cuerpo mientras sentía su humedad en mi mano, sentía su piel erizarse al contacto de mi lengua. De reojo la observaba y veía como se mordía la mano para no delatarnos.

A medida que llegaba a su sexo yo más me excitaba y sentía el endurecimiento de mis pezones. Alcé una de sus piernas en alto y devoré muy despacio su vagina ardiente. Mi lengua daba círculos alrededor de su clítoris, mientras se retorció como una serpiente del placer. Mi lengua entraba una y otra vez dentro de ella, mientras reprimía sus gemidos. No tardó en llegar al orgasmo, fue cuando de repente, escuchamos;

—¿Necesitan ayuda?

—No gracias, ya hemos terminado.

Nuestras risas cómplices por nuestro secreto sonaban a modo susurro. Nos vestimos deprisa y salimos del probador con rubor en las mejillas y la respiración notablemente agitada.

Íbamos en el coche hablando, divertidas por lo que había sucedido en aquel probador.

—Teresa esta noche promete, quedaste bien satisfecha. ¡Pues oye, es más cómodo comerse un coño! Te confieso que no es el primero que he degustado, tenías que haber probado más.

—Alma eres muy perversa, lo que ocurrió en el probador lo vas a tener que repetir cada vez que vayamos de compras. ¡Qué morbo, que gusto! Ahora entiendo todos esos hombres que suspiran por tu lengua escurridiza y traviesa, aventurada a entregar placer— reía Teresa.

—¿Tu rol esta noche es de pasiva o te atreverás a degustar un coño?

—. *Por alguna extraña razón deseaba parar el coche en el primer descampado, abrir mis piernas y coger su cabeza para presionarla contra mi sexo, pero seguí conduciendo de camino a su casa.*

—*Alma yo no sé si me voy a atrever, de hecho, no sé si es buena idea lo de ir a ese club—*. Las risas de Teresa fueron aplacadas por su inseguridad, pero allí estaba yo para animarla.

—*Calla tonta, que vamos a pasarlo en grande. Tranquilízate, hagamos una cosa, nos tomamos unas copas y una vez allí decide, eso sí, puede que si te entra el pánico tus piernas dejen de temblar de los nervios y empiecen hacerlo al estremecer de mi lengua traviesa—*. Conseguí de nuevo sacar una sonrisa en su rostro.

—*¡Malvada! A las once te espero, puntualidad Alma, no vaya a ser que lleguemos tarde y no nos dejen ninguna buenorra a nuestro alcance—*. Gritó divertida mientras bajaba del coche.

Miré el reloj, eran las once y había sido más puntual que nunca, toqué el claxon del coche anunciando mi llegada. Media hora más tarde salió Teresa.

—*Lo siento Alma, desconfíe de tu puntualidad—* me confesó al entrar al coche.

—*He estado a punto de irme sola, pero he recordado que solo se puede entrar con pareja—* bromeé quitándole importancia al asunto. Total, yo soy una experta en llegar siempre tarde, no iba a enfadarme por ello.



En los treinta minutos de trayecto en carretera hasta llegar al club permanecieron calladas, Teresa seguía nerviosa y prefería relajarse escuchando la música que Alma puso, su emisora preferida. El Club, Luz De

Luna se encontraba en las afueras de la capital de Valencia, en un pueblo costero llamado Cullera. Aparcaron el coche y se dirigieron con paso decidido, pues ya no había marcha atrás, iban a disfrutar, se decía así misma Teresa perdida en sus pensamientos.

Cuando llegaron a la entrada, se miraron y comenzaron a sonreír. Ambas se quedaron embobadas por el portero de la puerta.

—Alma, ¿puedo elegirme al de la puerta? ¡Madre mía!, es un armario de cuatro puertas— susurró mientras esperaban en la cola el turno para entrar.

—Nena, con ese hombre tenemos para las dos, un trío estaría muy bien, pero dijimos un San Valentín diferente. ¿Recuerdas?

—Sí Alma, nada de hombres, de acuerdo.

Al llegar a él, les dedicó a ambas una sonrisa seductora y abrió la puerta invitándolas a entrar. El ambiente resultaba cálido y atrayente, con luz tenue que despertaba el morbo de ambas. Teresa sonreía, pero se sentía aún muy nerviosa y Alma que bien conocía a su amiga se percató de su inseguridad. Se animó y se acercó, la besó de repente para romper el hielo, consiguiendo el efecto que deseaba. Empezó a besarla con dulzura, atrapando sus labios con los suyos, primero el superior, siguió con el inferior hasta que introdujo su lengua y empezó a besarla perdiéndose ambas en un beso muy sensual. Teresa le dio un pequeño empujón para lograr separarla, aunque no cabía duda de que se había estremecido ante sus labios.

—Alma necesito una copa, vamos—. Teresa la cogió de la mano y la llevó hasta la barra.

—Hola, nos pones dos Jack Daniel con Tía María— pedí a la Camarera.

—Podías haber pedido chupitos, loca. ¡Dos cubatas! yo no estoy acostumbrada a beber y eso es muy fuerte, ¿qué quieres que me ponga mala? Todo esto es una locura aún no sé cómo me has convencido para venir—habló

Teresa echa un manajo de nervios, pero ella estaba convencida de que su bebida preferida le animaría.



Diario de Alma

—Nena estás más sosa que una monja en una orgia, esto te animará, brindemos— alcé mi copa.

—Venga, sí, brindemos por este loco San Valentín, lo único que deseo es que acabe bien—comentó Teresa risueña. Me contagié de su risa hasta que dimos un buen trago en honor al brindis. Sentí como calentó mi garganta, y me di cuenta de que estaba dispuesta a perderme en la boca de una mujer que calentará igual mi sexo.

Decidimos sentarnos en los taburetes de la barra puesto que no era un lugar donde ponerse a bailar, allí la gente iba a mantener relaciones sexuales. Primeramente, a tomar algo en los reservados con los sofás rodeando las mesas, donde la única luz eran la de las velas, no existía pista de baile. La estancia constaba de habitaciones con camas grandes y en la planta de abajo se encontraban los jacuzzis, disponibles para los clientes, nos permitían a nuestra elección, podíamos usar prendas de baño o bañarnos completamente desnudos.

Desde la barra observábamos el ambiente, íbamos por la segunda ronda de copas, cierto era que encontraba a Teresa más animada, pero le resultaba irremediable fijar su objetivo en los hombres, aquello me crispaba los nervios.

—Alma, ¿y no podríamos hacer una cosa?

—A ver dispara, que te veo venir—la interrumpí con sospechas de saber lo que iba a decir. —Mira esa impresionante rubia que está con el

moreno de infarto, allí al final de la barra.

—Sí, los veo, ¿qué propones? ¿Quieres que despiste al moreno y le robamos a la rubia? —bromeé.

—No, para mí el moreno y para ti la rubia—reía Teresa sabiendo que no me motivaba su propuesta.



Alma frunció el ceño y acto seguido se mordió el labio cuando de repente su mirada se cruzó con unos ojos verdes que la observaban fijamente.

—Mira esa pelirroja que no me quita ojo, enfrente Teresa. Tiene unos labios muy apetecibles, carnosos, deben de saber bien sabrosos.

Sin darse cuenta su lengua se deslizó humedeciendo sus labios de un lado al otro.

—Tiene mirada felina, mmm... deliciosa gatita—. Se atrevió a decir Teresa.

—Y la morena de pelo ondulado y ojos violetas es muy guapa también—. Le sonrió Alma con cierta malicia.

—Sí, sí, son delgadas, pero tonificadas, así como nosotras, se me antojan deliciosas—dijo Teresa, el alcohol de aquellas copas estaban haciendo efecto y desapareció su vergüenza aplacando aquellos miedos del principio.

—Se dirigen hacia aquí, disimula que ya hemos ligado nena—susurró a Teresa cogiendo su mano, dedicándole una sonrisa cómplice.

—Hola soy Sara, y mi pareja se llama Elena— intercambiaron dos besos en las mejillas, y prosiguió hablando.

—Os estábamos observando desde que entrasteis, no frecuentáis mucho este lugar, ¿verdad?

—Es evidente Sara, no habrían pasado desapercibidas. Sí es la primera vez relajarnos y veréis que es divertido. ¿Os apetece que bajemos a los Jacuzzis?

—No sabíamos que había y no trajimos ropa de baño—comentó Teresa ingenua a la insinuación de Elena.

—Lo divertido es bañarse desnuda, cariño. No seas tímida—. Intervino Alma.

—Si os parece ir bajando, vamos al aseo y ahora nos encontramos en el jacuzzi— propuso Teresa.

—¡Estupendo! —contestaron a la vez.



Diario de Alma

Bajamos a los aseos y al entrar se coló una mujer medio desnuda con unos ligeros y sin nada que cubriera su sexo. Nos dijo que lo sentía, pero tenía prisa, que su marido estaba en la cama compartiéndolo con otra mujer. Y que ella a disposición también, tenía al marido de la mujer. Vamos, un cuarteto.

—Oye, un cuarteto. Que morbo, ¿qué te parece? — propuse a Teresa.

—Deliciosa idea, putita perversa.

De repente aporrearon la puerta, nos miremos y me subí las bragas a toda prisa.

—¿Qué pasa? —grité.

Cabreada abrí la puerta, me bajé las bragas, subí mi vestido hasta mi cintura sin levantar la cabeza.

—Me estaba desnudando, pasa si quieres.

Noté como una mano acarició mi sexo, levanté la mirada y me encontré con los ojos cautivadores de Sofía y con su sonrisa traviesa.

—¿Quieres que chupe tu orina? —susurró en mi oído.

Sin pensarlo le agarré de su melena simulando una goma del pelo con mi mano.

— Sí, vamos.

Cerré mis ojos, sentí una lengua que paseaba por mi clitoris, pero mi mano dirigía la cabeza de Sofía que lamía mis pezones. Me presté al juego de la sorpresa, me dejé llevar presa del morbo, con los ojos cerrados, sin saber quién era. Sofía mordía mis pezones, y una lengua que apostaba que fuera Teresa, dispuesta a devolverme el placer que le regalé yo en el probador. Estamos en el umbral de la puerta del aseo expuestas a miradas desconocidas, podía sentir las y empecé a imaginar como tocaban su polla mientras yo jugaba al pecado, lujuria, avaricia, y gula. Tremenda locura cuando quedé embriagada del gozo en pleno volcán en erupción. Una mano azotó mi nalga, sentí otra lengua que lamía con furia mi culo. Entró caprichosa, provocadora de una explosión en mi coño. Desbordada del morboso espectáculo. Bajé mi mirada, para que viera el gozo reflejado en mi rostro de mi orgasmo.

Me corrí a tres lenguas, deliciosamente mi satisfacción chorreaba en tres bocas. Vi semen mojando otros labios, esos carnosos de Bego y ansíe por besar sus labios y me acerqué, pasé mi lengua por sus labios que permanecían cerrados.

—¿Quieres que limpie mi leche de tus labios?

Así hice, saboreé mi propio sexo hasta que me permitió que mi lengua se colase dentro de su boca llena del semen de Antonio, mi pastelito. Compartimos su sabor entre nuestros labios igual que la última vez.

Aun agarrando con en mi mano el pelo de Sofía, la miré a los ojos, me acerqué lentamente a su oído y empecé a lamer el lóbulo de su oreja.

—Que ganas tenía de verte, ¿qué te parece si nos vamos todos a mi casa? Teníamos pendiente un trío, ¿recuerdas? Pero vamos a celebrar como toca este encuentro, ¡montemos una orgía! — le propuse.

Solté su pelo, perdiendo mis dedos en su nuca, pasé la otra mano por la humedad de su coño, era el momento de saborearlo, pero besé sus labios, sentía anhelo de volver a besarla y quería marchar del club con impaciencia, nos fundimos en un apasionado beso.

No me quedan renglones de este diario para relatar y es digno no dejarme nada en el tintero, he de comprar uno. Hice un poema resumen para expresar mis sensaciones.

La noche anunciaba sorpresa,
bajo un presentimiento
decidí ir aquel lugar.
Nuestras lenguas jugaron
al sexy besar, pérdidas
en lugares exquisitos para degustar.

Diferentes manos acariciando mi cuerpo,
lujuria desbordada cuando sus lenguas
se saborean en mi sexo.
Beben, comparten elíxir
de toda la excitación que provocan.

Deliciosa mezcla de sabores
mientras los gemidos no cesan

van a compás del placer,
orgasmos gustosos,
orgía explosiva.



LAS ÚLTIMAS GOTAS
DE TINTA
DE MI DIARIO

Diario de Alma

Hoy hace un mes de la fiesta loca sexual. No he tenido relaciones sexuales desde entonces, sexo al teléfono con Joel casi todas las noches. Y con Armando alguna que otra tarde de susurros también, pero a pesar de ello, no ha habido día que Sofía no entrara en mi habitación a través de mi imaginación, yo no sé qué me pasa con ella, pero me sigue arrastrando a mis deseos más lascivos. Eso no es malo, me encanta tocarme e imaginarme su mano. El problema es que tengo muchas ganas de besar sus labios tan tiernos y suaves, y mi corazón se acelera con tan sólo pensar en su roce. Me enamora su sonrisa, como me cautiva su mirada. Podría estar un día entero abrazada a su cintura y que pasaran las horas entre sexo, risas, caricias de un amor diferente que nunca sentí, ni imaginé poder sentir. Hoy he tenido revolución de mariposas, todas saltaban mientras escuchaba la voz sensual de Sofía.

—No quiero censura a esta pasión que siento por ti Alma. No quiero que pienses que eres un capricho para mí. Mis sentimientos son sinceros, no puedo dejar de pensarte.

El silencio dejó paso a mi respiración agitada, sentía un instante de esos de felicidad, las oportunidades llegaban y estaba dispuesta a probar.

—¿Que me hiciste? ¿Cómo pudiste hipnotizarme de esa manera? Cualquier día prendes en la hoguera.

—En la hoguera de tu cuerpo, ahí es donde quiero arder—. Nuestras risas eran cómplices de una buena compenetración. Yo ardía al pensar en su cuerpo desnudo y ella deseaba que mis labios pasearan por el suyo.

—Bueno, ¿cuándo nos vemos? —pregunté directa.

—Mañana en tu habitación para cenar. Cenarte.

—¿Y no prefieres comer? Mmm... ¿comerme?

—Mis ganas iban para allá y te desayunaba. No puedo, lástima, habrá que esperar. De todas formas, una noche de pasión es más atractivo que una comida—. Sofía reía hasta que intervine.

—Vale, mi putita. Te espero mañana a las nueve, no tardes. Te esperaré en mi habitación, dejaré la puerta abierta para que pases y veas que otra cosa también dejé abierta.

—Vale Alma, cariño nos vemos.

Será esto de la atracción que dirigí mis pensamientos, o será una mera casualidad de que Sofía tenga sus mariposas revoltosas por mí. Me siento confundida por lo que me contó de Guillermo: **el hacha dura**. ¿Como seguirá su aventura? ¿Se quedaría espantado por aquella noche que compartió a Sofía entre los asistentes de la orgía? Divertido y complacido. Intuyo que acabó, pero ya se sabe que así no es cuestión de empezar ninguna relación. Tan complicado es el amor. ¿Y sí se dio cuenta de que sus piernas solo tiemblan bajo mi degustación, y mando al canoso George a comprar tabaco de exportación? Veremos qué pasa esta noche, ¿cuál será la sorpresa? ¿Queréis saber cuál es?

Hace tiempo que no voy a la librería porque tengo una excusa perfecta para ir a ver a mi travieso Luis. Me siento más perversa que nunca e imagino un encuentro de tres; dos zorritas a su capricho, mi madurito como se la gozaría. Estaba segura de que no estropearía mi sorpresa, iba a aceptar encantado de la vida.

—Hola mi bella Alma, ¿cómo estás?

Ha sido fácil sin sobornos, se le iluminaron los ojos, sabe quién es Sofía. Ya que fuimos un día después de salir del salón de belleza a la tienda a por unos ejemplares que habíamos reservado.

Cuando llegué a mi habitación 69, una última carta descubrí de

Javier, del poeta triste, como él se apoda en todas sus cartas mandadas.

Alma...

¿Por qué me desangras?

Mis venas son amargas
y tus besos puñales,
y yo en medio de la nada.

Nada tengo que decir
pero todo lo tengo por hacer,
y no puedo más... ¡Joder!
y déjame darte placer,
y penetrar en tu alma
hasta enloquecer,
hasta desvanecer.

Que tus orgasmos sean mis orgasmos,
que mis erecciones
acaricien tus pezones,
y que yo sea el dueño
de tus sueños
de tu lujuria,
y de tus confesiones.

Permíteme hacerte el amor,
yo soy un caballo salvaje,
y tú para mí una diosa
que bajo llave guarda,
su más bella flor,

y yo, ya preso de
tremenda excitación,
me llevo todo tu dolor
y a cambio te dejo,
mis versos, mis rimas,
y todo mi candor
pero tú dame un beso,
y solo una cosa te pido
que no sea el último,
por favor.

Pd: Alma te adoro y al cielo imploro, que me devuelva tu amor.

En la última carta que recibí de Javier me dejó una dirección remitente, con el tiempo que hace que no lo veo me entraron ganas. Su propuesta me invitaba a un hotel en el centro de la ciudad. Me ponía que si no asistía a la cita no insistiría más ya que era su última carta, que sus versos morían por mi adiós hospedado en el silencio.

¿Como iba a hacerlo? Ya había quedado con Sofía y Luis, sin embargo, sentía la necesidad de ver a Javier.

Las páginas del diario se acaban, esta tarde compraré uno y seguiré escribiendo como sucedió, cuál fue mi decisión frente a un reencuentro que pudiera ser el último o tal vez el principio de algo, el comienzo de una relación. Ha esperado tanto por mí que puede que nos merezcamos una oportunidad de conocernos por lo menos. Pero seguir jugando al sexo y asistir a la cita que tanto tiempo esperé es muy tentador. También tengo una cita pendiente con Armando, me ha invitado de vacaciones a su casa en Marbella. Ya se me presenta otra vez la duda, es cierto que me encantó estar con Javier, pero creo que no es el momento de tener una relación, aunque

confieso que me lo follaría todas las noches.

Continuará...

Agradecimientos

Dedico este libro a la persona que consigue alzar mi vuelo para seguir soñando, mi hija, y al hombre el cual despierta mi inspiración.

Gracias a la escritora Katy Molina por creer en mí, por sus ánimos y por brindarme su ayuda desinteresadamente.

Gracias a Armando Ferri por su colaboración en el capítulo: "Susurrador del placer".

Al poeta Javier Federico Roca Pozuelo por su colaboración en el capítulo: " Un amor de instituto" y por sus maravillosas poesías "Mi alma tiembla", "Alma, ¿por qué me desangras?"

A Sofía Lombardo por su colaboración en el capítulo: "Descubriendo sensaciones".

A Alberto Barón Conde por su colaboración en el capítulo: "Un golpe de placer".

A Antonio Linares y Bego B por la colaboración en el capítulo: "Sorpresa Irreversible".

A Manuel García Mora por su colaboración en el capítulo: "Carcajada de pasión."

A Tere Pérez por su colaboración en el capítulo: "Intercambio de placer"

A Luis Hernández por su colaboración en el capítulo: "Madurito travieso".

Fue un placer trabajar con vosotros y fusionar nuestra imaginación. Me siento también agradecida por los seguidores que me ofrecen su apoyo en la Red Social, me aportan seguridad e ilusión para seguir escribiendo. Al grupo de Escritores y lectores, por la función que desempeñan para ayudar a

dar visibilidad al autor independiente y por los talleres que realizan para mejorar la escritura y seguir creciendo como autores. Muchas gracias por vuestra labor.



Dulceida Justin nació en Valencia en el año 1981.

Su pasión por la poesía y las letras, la llevó a iniciarse en el mundo de la escritura, versando sentimientos de amor, melancolía y erotismo.

Participó en una Antología erótica en 2017; "Susúrrame entre las piernas". En la actualidad trabaja en la finalizaron de dos poemarios en el que ha volcado gran parte de las fantasías secretas del mundo femenino. Todo ello para conjugar la plena satisfacción del lector.

Próximamente se embarcará en el proyecto del segundo volumen de Habitación 69.

Se define de vocación soñadora, tanto de metas alcanzables como inabarcables.